

BIBLIOTECA

DE LA

Universidad de Salamanca.

Sala 4 Est. B Tab. 4 Núm. 38



~~32-1-28~~

10

7186

SERMONES

DE

MR. E. S. REYBAZ.

IMPRESION DE LA OFICINA DE D. FRANCISCO DE TORRES
1864



~~82-7-28~~

SERMONES

DE

MR. E. S. RHYBAN.



958696819

SERMONES
DE MR. E. S. RETBAZ,
PRECEDIDOS DE UNA CARTA
SOBRE EL ARTE DE LA PREDICACION;
TRADUCIDOS DEL FRANCÉS.
TOMO II.º

SALAMANCA
EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO DE TÓXAR.
1804.



SERRAÑONES

DE MR. T. S. SERRAÑONES

TRADUCIDOS DE UNA CARTA

SOBRE EL ARTE DE LA PREDICACION

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS.

TOMO II.

SERRAÑONES

EN LA OFICINA DE FRANCISCO DE TOXAR,

1834.



SERMONES
DE MR. RETBAZ.

SERMON VIII.

SOBRE LA EFICACIA DE LA PALABRA
DIVINA.

Oracion para antes del Sermon.

Oh Padre celestial, Criador y conservador nuestro ! humillados ante tí nos tienes , despues de haberte pedido compugidos perdon de nuestras culpas, para adorar tu magestad suprema , é implorar tu divina asistencia en esta solemnidad religiosa.

¡Señor ! el empleo mas grato de

nuestros pensamientos, el afecto mas tierno de nuestro corazon es elevarnos hasta tí , y considerate baxo las relaciones que tienes con tus criaturas. Tú quisiste que el universo existiese , y al momento salió de la nada , colocando en él al hombre como el prodigio de tus manos , y rodeándole de mil maravillas emanadas de tu soberano poder.

Por tu voluntad siempre benéfica se conservan esos cielos , esta tierra , ese sinnúmero de criaturas que la pueblan , y desde el origen de los siglos hasta ahora han perpetuado tus obras de una generacion en otra los testimonios brillantes de tu sabiduría y los milagros de tu Providencia.

Pero no contento con que los cielos anunciassen tu gloria á la tierra y publicase el firmamento las obras de tu poder infinito , ni con

que al abrirse nuestros ojos á la vivificante luz del dia fuesen testigos de tantas maravillas , nos has dado tu palabra divina para que sirva de *lámpara á nuestros pies* , y *de luz á nuestros senderos* , manifestándote en esta segunda revelacion de tu amorosa Providencia con magestad y brillo tal que es imposible dexar de conocer que el Dios de la naturaleza es tambien el Dios de la gracia.

Y pues que nos presentas ¡oh gran Dios! tus oráculos como una antorcha espiritual que debe conducirnos por la senda de la justicia y la verdadera felicidad, abre los ojos de nuestro entendimiento, para que sigamos siempre su luz, y jamas nos apartemos del camino celestial que alumbra.

Si fuésemos nosotros , Señor, como debiamos , bastariate hablar para que te entendiesemos: pero re-

beldes por inclinacion y por hábito, necesitamos de los efectos poderosos de tu gracia, y por lo mismo es fuerza que despliegues contra la dureza de nuestros corazones quanta eficacia y uncion tiene la Religion que para nuestro bien nos diste.

Y habiendo de parar ahora nuestra consideracion en la virtud de tu santa palabra, haz ¡ó Dios mio! que al salir de este Templo, seamos un vivo exemplo que manifieste su eficacia. Asiste para este efecto al que habla y á los que le escuchan: purifica mis labios con una asqua de fuego tomada de tu altar; y que aprovechándonos todos de tus instrucciones para nuestra felicidad en esta vida, adelantémos al mismo tiempo en nuestra salud eterna. Así te lo pedimos, y esperamos que nos oigas benigno, ó Padre de la gracia.
Padre nuestro &c.

████████████████████
Y ELLOS DIXERON ENTRESTE: ¿ NO
ardía nuestro corazón en nuestros
pechos, quando por el camino nos
hablaba, y explicaba las Escritu-
ras? San Lucas cap. xxiv, vers.
32.

¡Qué dichoso momento no sería para los Apóstoles, cuyas palabras nos refiere hoy el Evangelio, aquel en que desprendiéndose el velo que ofuscaba á par que su espíritu sus ojos, reconocieron á su divino Maestro, tres dias ántes clavado en la cruz, pero conforme á su promesa resucitado ya y glorioso, y con quien sin conocerle ni aún sospecharlo, habian caminado hácia el lugar de Emaus hecho célebre por este santo encuentro! ¡Qué movi-

EXORDIO.

mientos tan confusos de sorpresa, de admiracion y de alegría experimentarían con esta aparicion! ¡y qué lágrimas no verterían en este dulce reconocimiento!

Luego que desapareció de entre ellos Jesus, repasan para sí cuidadosamente quanto les ha ocurrido en su camino, y se acuerdan haber notado en las palabras de este desconocido un no se qué de extraordinario, y de que iluminando sus ojos una luz repentina, habia propagado hasta lo mas íntimo del alma su blanda quanto dulce llama, con que recobraron nuevo vigor sus fatigados sentidos, y ellos mismos, en suma, un nuevo ser. Pero entónces ya no extrañan estos maravillosos efectos, sabiendo que es Jesus, su divino Maestro, quien les hablaba; pues ¿quál otro sino, hubiera dado á sus palabras aquel ascendiente vic-

torioso , aquel embeleso incompre-
hensible ? *Y ellos dixéron entrest:*
¿no ardia nuestro corazon en nues-
tros pechos , quando nos hablaba en el
camino , y nos explicaba las Escritu-
ras ?

Meditémos , amados fieles , es-
tas interesantes palabras , y despues
de haberlas considerado con rela-
cion á los discípulos que las pronun-
ciáron , elevémonos á las verdades
generales que nos presentan, y vea-
mos lo que de ellas podemos aplicar
á nuestra instruccion particular. Tres
puntos que harán con la asistencia
divina el asunto de mi discurso.

Prestadme , pues , vuestra aten-
cion ; y si del Evangelio de este dia
pueden saltar por la eficacia de Je-
sucristo algunas centellas del fuego
divino , que abrasaba á sus discípu-
los quando él les hablaba , abrigué-
moslas con cuidado en nuestros pe-

DIVISION.

chos , para que alumbren nuestros entendimientos , purifiquen nuestros corazones , é inflamen nuestro zelo. Amen.

I.^a PARTE.

Imbuidos los Discípulos de Jesus , como lo estaban todos los Judíos , en la lisonjera creencia de que para rescatar á Israël , debia ostentar el Mesías un poder y magnificencia terrenales , veian ya arruinado con su muerte el fundamento de sus esperanzas. Verdad es que se habia esparcido por Jerusalem la voz de haber resucitado ; pero ¿ podian creer sobre oidas un hecho tan extraño ? De estas cosas iban hablando por el camino de Emaus , quando se llega á ellos el Salvador , á quien ora por la escasa luz del crepúsculo , ora por las tinieblas de su espíritu , ora por qualquiera otra causa , ninguno reconoce ; y á favor

de esta ignorancia emprende disipar su divino Maestro por una serie de razonamientos los errores de donde nacia su ofuscacion.

Uno de los efectos necesarios de la verdad es el cautivar á los hombres con irresistible dulzura ; pero hallo yo ademas quatro razones particulares, para que aún fuese mas poderosa su dulce impresion en los Discípulos de nuestro Salvador : la importancia de la doctrina que les explicaba, su maravillosa eloquencia, las disposiciones de sus oyentes, y sus circunstancias peculiares.

1.º La importancia de la doctrina que les explicaba. Luc. XXIV, 26, 27. *¿No era forzoso, les decia, que sufriese Cristo, y que muriese, para resucitar y entrar triunfante en su gloria? Despues principiando por Moyses y continuando por los Profetas, prosigue el Evangelio, les explicaba en las Escrituras todas*

II.

las cosas que se referian á él. Ahora bien, hermanos míos, pongámonos en lugar de estos hijos de Israel, y veremos como á la voz poderosa de Jesus se les presenta un nuevo orden de cosas, y léjos de hallar en su humillacion, su oprobio, su dolorosa muerte nada de incompatible con el carácter del verdadero Mesías, les parecian estas ya por el contrario una nueva señal, un rasgo distintivo para reconocerle.

Á su salida del sepulcro debe revestirse el Enviado prometido á Judá de la gloria que le es propia, y su cruz es la primer grada de su divino trono. El nombre de Jesus les parece ya la llave de toda la ley, y él mismo es esta ley viva, que se muestra realmente y cumplida toda en su persona.

De aquí ; qué luz derramada de repente sobre la conducta misterio-

sa de la Providencia para con su pueblo ! ¡y qué gozo tan vivo no infundiría en sus almas esta divina luz ! Ved , pues , al Rey espiritual, al Libertador de las Naciones tantas veces prometido , que viene no á sacralas de la dura opresión de los tiranos del mundo , la qual termina al cabo con la muerte, sino á librarlas del pecado , tirano mucho mas cruel, cuyo pesado yugo dura y permanece para siempre: no á establecer ni fundar un reyno terrenal, una felicidad fugitiva , una gloria momentánea , sino un imperio eterno , zanjado sobre la ruina misma de los bienes caducos del mundo.

Ya no hay ceremonias ; acabáronse los sacrificios. La tierra va á convertirse en verdadero Templo de Dios , y sus adoradores serán todos los pueblos. La Jerusalem celestial abre sus puertas para recibirles , y

Apoc. XX, 6.

Jesucristo , el divino Pontífice , les introduce en el Santuario , y les hace á todos *Sacerdotes suyos* , para que entonen á su Padre cánticos de alabanza y sean para siempre bienaventurados gozando de su presencia y su felicidad.

Tales son las ideas que se sucedían , se acumulaban , como ráfagas de luz , en el alma de los Discípulos de Emaus , desenvolviéndose entonces á su vista toda la economía de la Providencia desde el principio del mundo hasta su fin , y paseándose su embelesado espíritu , para explicarme así , por las revoluciones de los siglos , conociendo bien claro por lo pasado lo presente , y viendo en lo venidero la mas lisonjera perspectiva.

¡Qué fuerza comunicaria á sus discursos la eloquencia del Salvador!
(2.^a Consideracion.) Consistiendo

todo el nervio de una doctrina en la certeza de los principios sobre que se establece, sube Jesus á la ley, como á un punto inalterable y seguro, para convencer á sus Discípulos, y escudriñando con ellos el depósito de los oráculos antiguos, se les apropia á sí mismo, y les hace ver y admirar la exâctitud y perfeccion con que se cumplen todos en su persona. Muéstrales á *Jacob*, Gen. XLIX, 10. anunciando su venida, y su futuro imperio sobre la asamblea de las Naciones: á *Moyses*, levántando en figura suya la serpiente de bronce Núm. XXI, 9. en el desierto: á *David*, despues Joan. III, 14. de señalar hasta los mismos instrumentos de su muerte, prediciendo Ps. XVI, XXII, L, LXIX, XCVI, XCVIII, CX. su triunfo de sus enemigos, y su exâltacion á el trono de la gloria: á *Isaias*, refiriendo la extension y Is. IX, XI, XL, XLIII, XLIX, LIII, LIX. efectos de su ministerio: á *Jeremías* Jerem. XXIII, XXXI, XXXIII. caracterizando sus circunstancias: á

Dan. ix, 25, 27.

Daniel, fixando la época precisa ; y á todos los Profetas , todos los Predicadores de la ley , contando tan por menor su vida , que nada dexan para despues á la historia que referir de nuevo.

Gen. xlii, 29.

Gen. xlii, 29.

Gen. xlii, 29.

Is. xi, 1, 2.

Is. xi, 1, 2.

Is. xi, 1, 2.

Is. xi, 1, 2.

Is. xi, 1, 2.

En esta congerie rápida de pruebas que empleaba Jesus , nada habia de insuficiente , nada forzado, nada inútil. Ocurrésele en aquel momento toda la ley sin estudio ninguno , y es á un mismo tiempo su panegirista y su héroe , su pintor y su modelo , y sus palabras el órgano de la Suprema Sabiduría , y la expresion sensible de la verdad. *Él es el pimpollo de Jesé , sobre quien reside el espíritu de sabiduria , y de inteligencia , de consejo y de fuerza. Vé-sele reunir en sus discursos con la ciencia el juicio , con la sencillez la elevacion , con la suavidad la fuerza , y la gracia y la uncion con la*

vehemencia. Todo se anima en su boca divina; todo es una vivísima imágen. Las flores con que adorna su doctrina, las halla en abundancia á la mano, siendo como una tierra fecunda que las produce de suyo; y préstalas el fuego del sentimiento los brillantes colores, que hacen su magia y embeleso celestial.

¡Pero con qué ardor sobre todo se muestra poseido de la verdad! Su corazon es el horno siempre encendido, de donde las mas nobles pasiones, el zelo, el amor divino, y la caridad, despiden sus llamas, y se comunican recíprocamente. De estas eminentes perfecciones resalta á los ojos de los que le oian un no sé qué de extraordinario que se observa en su persona. Su voz conmueve, sus miradas traspasan: la menor de sus palabras hace sentir la fuerza que las anima, y quando las dirige

todas al corazón del hombre, no solo le toca, le inflama, sino que le abrasa, le consume.

Luc. 17, 22. Así es que sus mismos enemigos, bien que despreciando su doctrina, se retiraban, dice San Lucas, embelesados de sus discursos, y confesando que *jamas ningun hombre habló del modo que él*. Y los Discípulos de nuestro Evangelio exclamaban admirados: *¿no ardia nuestro corazón en nuestros pechos, quando nos hablaba en el camino, y nos explicaba las Escrituras?*

Joan. VII, 46.

¡En qué grado tan alto poseía el arte de conmover este celestial predicador! Pero observemos al mismo tiempo, fieles míos, las buenas disposiciones de sus oyentes. (3.^a Consideracion.) Quando vivia Jesus, se habian unido con él, teniéndole por el Mesías prometido, y esperando su reyno, si bien es verdad que

ignoraban su naturaleza; y su alma, abierta ya á las dulces impresiones de su palabra, era una cera flexible, preparada por el obrero, y dispuesta para recibir la última forma. ¡Qué interés por lo mismo no sería el suyo en quanto tenia alguna relacion con él! ¡con qué anhelo no escucharían todo lo que podia hacerles recobrar sus perdidas esperanzas!

Poseidos, pues, todos y embobados en su divino Maestro, oyen con ansia la eloqüente boca que les habla de él, y con un recogimiento, un silencio, que es efecto de su respeto á tan sagrado nombre. Ningunas distracciones inquietas, ningunas pasiones tumultuosas, ningun pensamiento frívolo, ningun deseo extraño les impide su atencion, ni se la llama hácia otra parte. Sus palabras les cautivan, y les son todas á qual mas preciosas. Quanto mas

se acumulan los razonamientos, tanto mas se dobla y esfuerza su cuidado , para seguirlos y para retenerlos , creciendo y aumentándose su ardor con el pábulo ofrecido á su zelo.... ¡Qué! ¡llegaron ya á Emaus! ¡quán breve se les ha hecho el tiempo , qué corto el camino con esta agradable conversacion , en la qual *les parecia oir á el mismo Jesucristo!* ¡Con qué anhelo desean que no pase adelante este desconocido, que haga allí noche con ellos , para que les hable mas y mas de Jesus , y les cuente cosas celestiales !

4.º Á disposiciones tan favorables en sus Discípulos se añade por fin el interés de las circunstancias. Cabalmente quando segun la preocupacion nacional se lisonjeaban de que iba á desplegar Jesus su magnificencia y poder Real , venle arrancado de entre sus brazos , conduci-

do como un delinquente al suplicio, y clavado en una ignominiosa cruz. Tres dias habian pasado , y aún no se apartaba de su vista tan sangriento espectáculo , considerándose ademas participantes de los tormentos y la ignominia de su Maestro, y expuestos tal vez á igual suerte por sequaces suyos. Sacrificios inútiles, promesas burladas, peligros eminentes , muchos escarnios, y riesgos de toda especie para lo sucesivo ; ved aquí lo que les acongojaría, y llenaría del mas doloroso abatimiento. Así es que *caminaban* , dice la Es-

Luc. XXI V, 17.

critura , *llenos de tristeza* , y comunicándose mutuamente sus penas y aflicciones.

¿ *No hay bálsamo en Galaad?* ¿Qué

Jer. VIII , 22.

mano caritativa aplicará alguno á esta penetrante herida? Verdad es que quando nos abate una aficion profunda , nos parecen frias , y no

pocas veces insufribles, las personas que intentan consolarnos: pero lo es así mismo que si por acaso acierta alguna con el language que conviene á nuestro dolor, y aplica á nuestros males el competente remedio, entónces se despierta nuestra atención, se ensancha y alivia nuestra alma, y escuchamos por último y nos entregamos á sus saludables consejos.

¡Ó divino Jesus, médico celestial, tierno amigo de los hombres! Tú te llegas á tus Discípulos, y viéndoles llenos de tristeza y aflicción, sacas del tesoro de las Escrituras consuelos con que templarla, les hablas segun su corazón, y en breve te haces dueño de él, y substituyes á el temor la esperanza, á la incertidumbre la convicción, y el júbilo á el abatimiento. *Y ellos dixéron entresí: ¿ no ardía nuestro cora-*

zon en nuestros pechos , quando en el camino nos hablaba y explicaba las Escrituras ?

Ahora bien , si separando de II.ª PARTE. nuestro asunto las circunstancias del dia , le consideramos baxo un aspecto mas general , hallarémos comprehendida en él esta proposicion fundamental que forma su basa : que nada es tan á propósito para obrar poderosamente sobre el corazon humano , como las verdades augustas de la Religion. Y para ceñirnos á aquella parte de su eficacia, que desplegó Jesus sobre los Discípulos de Emaus, dirémos entre otras muchas cosas, que la Religion resuelve nuestras dudas ; que en nuestros infortunios nos consuela ; y que nos eleva sobre los objetos terrenos. Tres principales causas de su imperio sobre el corazon del hombre.

I.º La Religion resuelve nuestras dudas. En efecto ; qué de incertidumbres nos rodean en esta vida, qué de tinieblas ! No es mi ánimo hablar de los misterios de la Naturaleza , sobre los cuales exercita el hombre la sagacidad de su espíritu, y juzga y pronuncia, segun le parece, sin perjuicio de la Religion, que nada tiene con ellos , sino de aquellas otras quëstiones, que deben ocupar á todo ser racional , y con las cuales tiene al parecer tan estrecho enlace nuestra suerte eterna. ¿Qué es el hombre? ¿Acaba con la muerte su existencia? ¿Vela sobre este universo una sabia Providencia? ¿Cómo es que hay en él tan extraña mezcla de bienes y de males? ¿No habrá jamas un restablecimiento, una retribucion general?... Vivan en buen hora sumidos en una estúpida indiferencia sobre tan im-

portantes objetos , ó agitados por una cruel incertidumbre los que desechan las luces de la Religion sobre estos puntos : pero para nosotros , ó cristianos , que hacemos de ella todas nuestras delicias , nada de esto es misterio. La sencillez de nuestra fe nos eleva á su conocimiento , miéntras que en rededor suyo ve condensarse las tinieblas el sabio del siglo , que quiere sondear estos abismos.

Mas quando descorre la Religion á nuestros ojos el velo del mundo ; quando nos descubre el órden de sus inmutables decretos , segun los quales todo se prepara , se desenvuelve , se executa para bien del hombre ; quando saltamos , para decirlo así , la noche del sepulcro , para leer mas allá nuestro destino , ¡ah ! entónces sí que nace de la luz el calor , y dentro de no-

sotros sentimos aquel vivo gozo, aquellos dulces raptos del alma, fruto de una ciencia divina, y de los conocimientos, de que depende nuestra felicidad.

2.º La Religion nos proporciona alivios y consuelos en nuestras desgracias. Si desde ahora gozasemos de una dicha completa, tal vez la Religion que nos presenta en lo futuro una tan lisonjera perspectiva, perdería para con nosotros gran parte de sus bellezas. ¡Pero cuán distantes estamos de semejante felicidad! ¿Qué bienes hallaríamos en la tierra, que en sí no contengan alguna semilla de afliccion, que acibare, con el tiempo, el placer que en ellos tendríamos? Y en las desgracias que nos acongojan ¿qué indemnizacion hallaríamos que no nos amenace en torno con otras adversidades y trabajos?

Por demas en este mar borras-
 coso pasamos de una ola á otra,
 porque todas son igualmente peli-
 grosas, pérfidas, inciertas. ¿ Adón-
 de, pues, nos acogerémos? ¿ dónde
 puerto seguro buscarémos? Fuera
 de este mundo, hermanos míos;
 fuera de este mundo: fuera de las
 riquezas, de los honores, de la glo-
 ria, de la amistad, de todos los bie-
 nes de la tierra, y de todas las di-
 chas que en ella puede figurarse la
 imaginacion mas risueña y fecunda.
 ¡ Religión santa, abrigo necesá-
 rio, puerto siempre abierto y siem-
 pre en calma! en tí debemos echar
 el áncora de la fe, acogernos con
 alegría, y descansar seguros, pues-
 to que nos ofreces refugio en todos
 los peligros, reparaciones á todos
 los daños, motivos de consuelo en
 todas las penas; y puesto que nos
 muestras un Dios que nos prueba

porque nos ama ; un Dios que compensa los males de la tierra con los bienes del cielo, la muerte del cuerpo con la inmortalidad del alma, y con recompensas eternas los sufrimientos momentáneos.

Hablad aquí sino, almas afligidas, y decidnos que paz inesperada, que repentino alivio no experimentasteis, quando viniérais á derramar á los pies de los altares lágrimas que no alcanzaron á enxugar todos los consuelos del mundo; quando poniendo un ministro de la Religion su consagrada mano sobre vuestra llaga, derramó en ella el bálsamo de la piedad, y juntando su sagrada voz con la de vuestros infortunios, acabó de desprenderos de los falsos bienes, del acibar y engaños de la tierra. ¡Ah! Entónces sí que se volvia todo vuestro afecto hácia las cosas celestiales, y todo vuestro amor há-

cia á Dios , no queriendo vivir sino por él y para él: una alegría interior se mezclaba con los nobles deseos que la Religion os inspiraba, y en vuestro corazon se encendia aquella santa llama , que aún sola bastaria para recompensa del justo, quando otras celestiales y eternas no le estuviesen preparadas.

3.º La Religion , por último, nos eleva sobre los objetos terrenos. ¿ Á qué se reducen en efecto, amados míos , todas nuestras ocupaciones , todos nuestros negocios ? Estudiad á los hombres en los Tribunales , en las asambleas políticas, en sus juntas públicas y particulares, en todas partes , en fin , donde se encuentran , se reúnen , confieren y debaten; y vereis como el asunto continuo de sus discusiones, sus proyectos y tareas no es otro que intereses humanos , miras terrenas,

objetos por lo comun demasiado frívolos, y siempre limitados, siempre perecederos.

En vano apura todas sus artes la eloquencia para adornar con engañosos colores estas vanidades, y con ella se junta la inclinacion de nuestro corazon á fin de seducirnos, pues siempre será poco sólida esta felicidad, y poco durable esta ilusion. Yo no sé qué tédio secreto circula con nosotros en esta estrecha esfera que recorrémos, y que sentimiento de hastío y de disgusto va en pos de estos vanos objetos. Nosotros mismos conocemos que no fuimos criados para ocuparnos siempre en cosas de este mundo, y que los placeres que en él gustamos, no son mas de una introduccion á otros placeres: celestiales placeres que solo gozarán los que desdeñan las cosas de nonada que tanto ocupan

y embebecen á los mundanos. Menester han un objeto mas vasto nuestros pensamientos, bienes mas nobles nuestras afecciones. Uno y otro, amados fieles míos, nos presenta la Religion, y al pie de los Altares erigidos en honor suyo en nuestros Templos es donde deponiendo el hombre el peso de los negocios terrenales, y libre de sus frias ocupaciones, de sus intereses groseros, de sus aficiones y gustos pueriles, oye una voz que eleva su alma, y la engrandece y regocija.

Todo es magnífico en los objetos de la Religion, todo proporcionado á las mas nobles facultades de nuestra naturaleza. Sus argumentos se dirigen á lo mas vivo de nuestra sensibilidad; y mostrándonos un origen divino, un destino celestial, nos inspira con grandes pensamientos y elevadas ideas agradables y lisonje-

ros sentimientos. No se limitan nuestras especulaciones á pequeñas partes del tiempo, no á algunos años, generaciones, ni siglos, sino que abarcan la misma eternidad. No comunicamos con seres apocados como nosotros, sino con inteligencias superiores, y con un Ser eterno é infinito, que reúne en sí todas las perfecciones, y no tiene otros límites que la inmensidad. No ansiamos ya la reunión de algunos bienes frívolos, caducos, codiciados por otros, sino una felicidad completa, pura y perfecta en su naturaleza, é infinita en su duración, como el Dios de quien dimana.

Este desasimiento de los objetos sensibles, y á esta contemplación de los bienes inmortales está anexo un sentimiento tan vivo de gozo, un arrobamiento tan puro, que (no temo decirlo) aún quando ser pudie-

se que la Religion no viniere de Dios, sería al ménos la mas admirable de las obras del hombre, y mas digna esta chîmera sublime de ocuparnos que las mas brillantes realidades de la vida humana. Así pues, quanto mas exceden en dignidad los objetos de la Religion á todos los de la tierra, tanto mas se aventaja la santa palabra, que es su órgano, á la palabra humana. De aquí la hermosa figura del Apocalipsis en la qual Jesucristo, el Verbo por excelencia, nos es representado con *una espada aguda de dos cortes* en la boca: imágen que encarece San Pablo, representándonos la palabra divina como *mas penetrante que esta misma espada*, y pasando á través de las mas escabrosas sendas hasta los últimos escondrijos del corazon humano, para sojuzgar sus afecciones, y someterlo todo.

Apoc. I, 16.

Heb. IV, 12.

¿Qué mucho, pues, que de los primeros siglos acá se hayan executado tan asombrosas mudanzas, por el ministerio de esta palabra? Ella es la que despues de haber inflamado en sus principios el corazon de los Discípulos de Emaus, y creado los primeros héroes del Evangelio, convirtió de una vez por la predicacion de Pedro tres mil almas á la fe cristiana: la que encendiendo sus sectarios en un zelo divino, hizo pedazos las estatuas de la idolatría; y derribó sus Templos, erigiendo por todas partes sobre sus ruinas santuarios al verdadero Dios: la que venciendo los obstáculos casi innumerables de las preocupaciones, de los vicios, de la autoridad, confundiendo á los sabios, aterrorizando á los impios, despreciando á los perseguidores, ha hecho sentir su imperio hasta en los mismos Tronos,

sometido los Reyes, y mudado la faz del universo; la que ha conservado triunfante á la Iglesia por espacio de diez y ocho siglos de turbaciones, de contradicciones, de violencias, hasta la edad presente, en que aún resiste firme á los ataques y asechanzas de sus enemigos reunidos: la que, por último, nos habla y amonesta diariamente en las sagradas páginas, siempre viva, siempre pura, siempre penetrante como en su origen; y la que despues de haber sido antorcha del mundo por tantos años, será señora y árbitra suya por toda la eternidad.

¡Quánto podríamos decir ahora, III.^a PARTE.
amados míos, si hubiesemos de manifestaros las numerosas reflexiones á que dá margen el asunto del día! Entre ellas preferiré dos, por ser en mi sentir las mas dignas de vuestra

consideracion. Jesus inflama el corazon de sus Discípulos, explicándoles las Escrituras: éstos se muestran conmovidos por su fuego divino, y le mantienen y abrigan por medio de su continuo recuerdo. ¡Qué modelo para los Predicadores del Evangelio! ¡qué leccion para sus oyentes! Pastores y rebaño, Doctores y discípulos, humillaos todos igualmente ante *Jesucristo*, que es el *único Maestro*; y sean sobre todos dociles á sus instrucciones los que quieran hacerse sabios en el alto exercicio de instruir á otros y enseñar la verdad.

Mat. xxiii, 8.

¿De qué manera, y por qué medio llegó el Salvador á transformar el alma de sus Discípulos, y á los hielos del abatimiento y la tristeza sobstituir en ellos el fuego de la alegría y la esperanza? *Explicándoles las Escrituras*, dice nuestro Texto.

Hé aquí el origen de tanto calor, de tanta luz; y he aquí donde, á exemplo suyo, deben los Ministros Evangélicos formarse, y aprender á mover los corazones.

¡Desventurado, pues, del Predicador del Evangelio, que abandona esta sagrada antorcha! ¡qué substituye á la uncion de la doctrina celestial el árido language de la filosofía del siglo, y dexa las armas de Dios por los debiles rasgos de una eloqüencia profana! Una mortal tibieza en el alma de sus oyentes será el fruto de su ministerio: ó si es que llega tal vez á excitar en ellos alguna admiracion, ¿ganará almas para Cristo? ¿las llevará cautivas á el yugo de su ley? Qualquier otro suceso es una desgracia; qualquiera otra gloria un deshonor. No- 2. Cor. iv, 5.

nosotros no nos predicamos á nosotros mismos, dice un Apóstol, sino á Jesucristo, en quien nos ha dado Dios á

Ephes. 1, 13.
2. Cor. vi, 7.

conocer su gloria. En la Santa Escritura, esta palabra de verdad, y del poder de Dios, segun San Pablo, deben tomar nuestros discursos todo su nervio, toda su substancia, y no solo beber en ella su doctrina, sino hasta sus expresiones, sus imágenes, y sus palabras.

Guardémonos, sin embargo, de que despreciando todo ornato extraño, demos en otro extremo, y tomemos por sencillez evangélica la aridez de un discurso desnudo de gracias y vehemencia. Cerremos en buen hora las puertas de esos Lyceos modernos, de esas famosas escuelas en el arte de bien hablar, donde se aprende á disfrazar con un vano luxo de palabras la pobreza de ideas; pero acudamos á la escuela de los Autores Sagrados, de los David, de los Isaias, de los Jeremías, de los Ezequiel; á la escuela de San Pablo, el Orador por excelencia, y sobre todo

á la escuela de *Jesus*, su divino Maestro. Seamos sencillos como ellos; es decir, no usemos de medios afectados, de rídícula ostentacion, de ciencia vana, de sutilezas, de nonadas pomposas, que degradan una Religion santa y divina. No la carguemos de frívolos adornos; pero que respire en nuestra boca algo de su grandeza y dignidad.

¿Se habla por acaso de Dios, de su Providencia, de la magnificencia de sus obras, de los tesoros de su gracia, de la salud, de la eternidad, como de qualquier otro asunto vulgar? ¡qué alma no se enardece con cosas tan sublimes! ¡ó qué lengua no cobra entónces elevacion y vehemencia! Perdonanos, ó gran Dios, si como solo polvo y ceniza que somos, no sabe dar su fuerza á tu palabra el mas encumbrado vuelo de nuestro zelo. Pero ¡ay, amados míos,

de nosotros si nos manifestamos frios en las cosas divinas , y somos mas indolentes respecto de ellas que de las mundanas!

Sigamos , pues , los pasos de nuestros santos modelos; y ya que no podamos igualarlos , porque hablaban inspirados por la Divinidad, imitémoslos hablando como ellos. No es esto decir que hayan de tener siempre nuestros discursos la sublimidad y elevacion, que les comunica el espíritu de Dios; porque así como los torrentes impetuosos que todo lo arrastran y llevan por delante , se vuelven mansos arroyos que riegan blandamente y fertilizan, sin dexar por eso de ser las mismas aguas , como que nacen de una misma fuente , así del mismo modo el language de los Predicadores debe, sin perder de vista su objeto , arreglarse con maestría á los lugares , á

los tiempos, á los objetos y las circunstancias.

No se limita Jesucristo en nuestro texto á indicar á los Ministros de la palabra la fuente de donde deben sacar sus argumentos, sino que les enseña tambien la parte sensible del hombre, á donde les conviene dirigirlos. Si el espíritu, amados míos, es la residencia del juicio; si á él es á quien dirige su antorcha la razon, y donde se obra el convencimiento, en el corazón está el resorte de las pasiones activas, y el principio de los sentimientos que nos determinan. Y como en la Religion se trate de las obras, quiso Dios que ella hablase por medio de la razon al sentimiento, para que de este modo produxese todos los actos y sacrificios de una vida santa.

Así que, á el corazón principalmente debe dirigirse la predicacion

cristiana. En este retrete obscuro debe penetrar el relámpago de la palabra, y hacerse oír su trueno: en él buscar las pasiones criminales para confundirlas y desarraigarlas, y las semillas de la virtud para desenvolverlas y hacerlas fructificar la salud y la vida.

Mas ¡cómo inflamaremos el alma de nuestros oyentes, si la nuestra, qual la de Jesus, no arde la primera en una santa llama! ¡Ah! ¿Faltan acaso en estos tiempos objetos á propósito para encenderla? ¿Luego á qué esperamos? ¿para cuándo guardamos los impulsos de nuestra piedad y nuestro zelo? ¡Ó vosotros que á la libertad del ministerio evangélico juntaís una inmediata autoridad sobre la Iglesia! levántaos; tronad, fulminad vuestros anatémas contra los vicios que la deshonoran: cread para nuevos dolores nuevos

llantos : gemid sobre las ruinas espirituales de nuestra Sion , y sobre la desolacion de su Santuario. ¿ No son imágen de los presentes aquellos desgraciados tiempos en que el Eterno decia á Ageo : *habla á los Gobernadores de Judá , á los sacrificadores, y á los demas del pueblo, y diles : ¿quién de vosotros vió esta casa en su primer esplendor ? ¿y es hoy ni aún sombra de lo que entónces fué?* Ag. II, 3.

¡ Ah! nuestros ojos están vendados como los de los Discípulos de Emaus. Luc. XXIV, 16 El dia declina , llega la noche, y ya no conocemos á nuestro Maestro. Pero nuestras tinieblas son obra de nuestras pasiones , y nuestra ceguera es voluntaria. ¿ *Quándo, pues, soltarémos la venda que nos ciega?* Id. v. 31. ¿quándo sentiremos á la voz de la Religion aquel fuego interior, aquel vivo ardor , prelude de nuestra conversion á la verdad ? ¿quándo diremos;

sí; Jesús es, nuestro Salvador es quien nos habla: á sus pies abjuramos nuestros errores pasados, ante su divinidad nos acatamos, su poder glorificamos, y solo baxo sus leyes queremos ya vivir?

Al fin, los Discípulos de Emaus confesaron al Salvador y le tributaron su veneracion y rendimiento. Pero nosotros, hermanos míos, ¿quántos obstáculos oponemos á su palabra? ¿De qué sirve á la Religion su gran poder sobre nuestra alma, si la cerramos nuestros oídos; si de antemano no está bien dispuesta nuestra voluntad para recibirla; si mil enemigos, mil monstruos, la incredulidad, la obstinacion, las preocupaciones, el orgullo, la presuncion, el desprecio, la ligereza se unen contra ella, y la cierran todas las entradas? Y si llega por último, á poder de repetidos esfuerzos, á penetrar has-

ta nuestro corazon, ¿ cuántas pasiones no halla en él que combatir, cuántos malos hábitos que vencer, cuántos vicios que desarraigar? Allí, allí es donde debería desplegar todo su poder, donde debería tronar y confundir; pero el filo de su espada está ya embotado, su fuerza aniquilada, y queda por sus enemigos la victoria. Y para valerme de la expresion de la Escritura, nosotros echamos la santa semilla, y para algunos granos que caen en una buena tierra, y fructifican, ¿ cuántos se pierden á las á las orillas del camino, cuántos entre los pedregales, cuántos entre las zarzas y malezas?

Matth. XIII, 4.
8.

Si solo, pues, debe llamarse un verdadero oyente de la palabra aquel en cuyo corazon no solo hacen impresion sus instrucciones, sino que las lleva dentro de sí, las abraza, las pone en práctica, ¿ á qué

corto número! ¡oh gran Dios! ¡se reducen para contigo nuestras asambleas más solemnes! ¡y qué soledad son tus Santuarios!

Pero aún quando recibamos con ansia esta palabra de vida, ¿quál será su fruto, amados míos, si nos falta la precaucion mas necesaria para que no se borre de nuestro corazón? Ved á los Discípulos del Salvador despues que se separó de ellos su divino Maestro, y observareis como traen á la memoria sus lecciones, con quanto placer las repasan, y como excitando de nuevo aquel vivo ardor, que acababan de experimentar con sus palabras, se decian recíprocamente: *¿no ardia nuestro corazón en nuestros pechos, quando nos explicaba las Escrituras?*

¡Y cuán distantes estamos nosotros de parecernos á ellos! Verdad es que asistimos á los Templos; qué

manifestamos en estas solemnidades un zelo mas vivo , un mayor anhelo por las cosas santas , un exterior mas notable de recogimiento y devocion : que oimos esta palabra tan útil para *convencer* , para *corregir*, ^{2. Timot. III, 16, 17.} para *instruir en la justicia* , y para *hacer cumplido y perfecto á el hombre en las buenas obras*: que participamos de los Santos Sacramentos : que el mismo Jesus por todas partes procura por boca de sus Ministros insinuarse en nuestros corazones. Pero si experimentamos algunos movimientos de compuncion , si nos penetra algun rayo de este fuego sagrado , se desvanece con mas prontitud que *el rocío de la mañana* , y ^{Oseas. VI, 4.} bien pronto perdemos hasta su memoria ; ó por mejor decir , mudan de objeto estos movimientos é impulsos , porque toma el mundo sobre nuestro corazon el ascendiente

que tenia, volviéndose toda nuestra actividad y anhelo hacia las pasiones que nos inspira aquel.

Ea pues, amados; al salir de estas ceremonias religiosas, de estas concurrencias santas, en donde la palabra divina ha movido nuestros corazones, traigamos á la memoria sus lecciones, abriguémoslas con cuidado y reflexionemos bien sobre la impresion que nos han hecho, alimentemos por nuestras consideraciones su llama errante y fugitiva, que á poco se disipa por falta de pábulo; que de este modo trasformaremos en sentimientos vivos y duraderos estas emociones pasajeras, en firmes resoluciones estos vagos deseos de la enmienda, y esta vida por último vacía de virtudes en dias llenos de buenas obras.

Por último , para retener mas Recapitua-
cion. fácilmente en la memoria lo que dexamos dicho , y poder mejor hacer el repaso de que hablamos , resumirémos en pocas palabras todo este discurso. Las verdades particulares que exponia Jesucristo en su conversacion , su eloquencia divina, las felices disposiciones de sus Discípulos , y sus particulares circunstancias contribuyéron ciertamente á los maravillosos efectos de su palabra.

Pero su poder sobre el corazon humano es mas general por un efecto de la naturaleza misma de la Religion , como que esta disipa con sus luces nuestras dudas, nuestras incertidumbres , posee sola el único lenguaje capaz de consolar nuestra alma acongojada y abatida por los infortunios de la tierra, y ennoblece nuestra existencia, ofreciendo á nuestros

pensamientos y afecciones objetos altos y sublimes. De aquí proviene el que en todos tiempos produjo la Religion predicada con dignidad extraordinarios y asombrosos efectos. Por lo mismo, pues, deberán buscar sus Ministros en las Santas Escrituras, depósito precioso de su doctrina sacrosanta, la materia y los modelos de la verdadera y eloqüencia, si quieren, como Jesucristo hizo, inflamar el alma de sus oyentes.

Y puesto que la Religion está hecha para el corazon, á este habrán de dirigir principalmente sus lecciones los Predicadores, ardiendo ellos mismos en el fuego de que quieren penetrar á los que les escuchan, y para el qual hallarán sobrado pábulo en el presente estado de la Iglesia. Mas como á pesar de toda su

fuerza se rompan, é inutilizen las armas de la Religion contra el endurecimiento del oyente que le rehusa ciego la atencion de que tanto necesita, es fuerza en primer lugar, que escuchemos con gusto, y abramos nuestro corazon á la palabra; y que mantengamos despues interiormente su llama divina, para que dirija nuestros pasos en esta vida, nos anime en la carrera de la santidad, y nos conduzca por último á la gloria. *Amen.*

SERMON IX.

SOBRE LA FELICIDAD DEL JUSTO

A LA HORA DE SU MUERTE.

*ENTÓNCE*s oí UNA VOZ DEL CIELO,
que me decía: *Escribe; bienaven-*
turados los que mueren en el Señor.
Si por cierto, dice el Espíritu: ellos
descansan de sus trabajos, y llevan
consigo sus cbras. Joan. Apocal.
cap. xiv, vers. 13.

Psal. xcyi,
v. 11.

PROV. xv, 8, 15.

*D*ichoso el que camina por la ley del Señor, y observa sus preceptos. Su corazón goza de una alegría pura y tranquila, y está, dice el Sabio, en un festin perpetuo. Mas por grandes que sean las utilidades y ventajas de la piedad en este mundo, ¡ah! ¡quán poco duran! Un mismo fin está pres-

crito á todos los hombres; semejantes á las hojas de los árboles, que al cabo, no hay remedio, han de desprenderse de las ramas, y despues de rodar por la tierra, convertirse en polvo.

¡ Y qué! ¿ verá el justo acabar con sus dias su merecida recompensa? ¿ Verá, despues de haber gustado aquí baxo las delicias puras, que acompañan á la virtud, verá al frio sepulcro, donde por siempre debe descansar, destruir con su cuerpo el premio de sus *obras*? Una luz celestial nos ilumina sobre esto. La muerte, que al parecer lo confundia todo, lo pone todo en su debido lugar: con ella se descorre el velo, el pecador se juzga á sí propio, triunfa el justo, y son los consuelos, que entónces experimenta, la prenda de su eterna felicidad. Tal es el quadro que voy á exponer

á vuestra vista , amados fieles míos.

La felicidad del justo que muere en el Señor ; es decir , que muere en los sentimientos de piedad , principio á un mismo tiempo y fruto de una buena vida , y los consuelos de que va á disfrutar. *Bienaventurados los que mueren en el Señor : ellos descansan de sus trabajos , y llevan consigo sus obras.* Primer punto.

La certeza de esta felicidad , y la importancia de esta certeza. *Toí una voz del cielo , que me decia: Escribe : si por cierto , dice el Espíritu.* Segundo punto.

Ved aquí las ideas que me ha parecido encierra en sí esta augusta vision del Apóstol. Tanta es la importancia del asunto , que no juzgo necesario , amados fieles míos , encargaros la atencion ; pero ayudadme sí á pedir á Dios que preste vi-

gor á mis palabras , y que no en vano me escucheis. *Amen.*

Nada es tan agradable á los Dioses , dixo un antiguo , como las luchas y combates de un hombre de bien con la desgracia. Ahora bien, santifiquémos nosotros , amados mios , este pensamiento. Si alguna vez derrama Dios con mano liberal sus gracias sobre el justo , es sin duda alguna en sus últimos instantes. El amor á la vida, el sentimiento de perderla , los remordimientos del crimen , el temor de lo futuro, que tan tremenda hacen al comun de los mortales su última hora, son para el justo otras tantas victorias, otras tantas armas arrancadas de antemano á la muerte.

I.ª PARTE.

1.º ¡La muerte! Á esta sola palabra un terror involuntario embarga nuestra alma. ¿Será acaso por el

aparato lúgubre de que desde niños la vemos rodeada? ¿por los vestidos fúnebres, el melancólico silencio, el abatimiento doloroso, las tristes reflexiones, que la acompañan? ¿Consistirá en que deslumbrada la imaginacion se atemorice y sobrecoja, pensando que ha de convertirse en polvo el cuerpo? ¿qué se amedrente con la idea del dolor, que la precede? ¿ó vendrá, por último de un sentimiento íntimo y profundo, que haya grabado en nosotros la Naturaleza? Como quiera que fuere, tan general es este horror, que parece natural en el hombre; dimanando de aquí el que le sea sumamente doloroso contemplar en la muerte, y que por lo mismo le coja, casi siempre ésta descuidado y como de sorpresa.

¡Ah! ¡quál se estremecen la carne y la sangre con la idea de su des-

truccion! ¡cómo se atemoriza con su futura nada, el que solo tiene puesta su esperanza en esta vida! ¡Consoladora inmortalidad! ¡Esperanza sagrada! vosotros sois el verdadero escudo del fiel. *El justo vive de la fe*, dice Habacuc II, 4. la Escritura, y se regocija con la esperanza. Si el aguijon de la muerte le Rom. XI, 12. punza, no será profunda la herida: si por algun tiempo es presa del sepulcro, de él saldrá para siempre vencedor un dia. ¿Dónde está, I. Cor xv, 55. ó muerte, tu aguijon? ¿dónde está, ó sepulcro, tu victoria?

No es este, fieles mios, el lenguaje de una alma atribulada y miserable, que buscando por todas partes un refugio, se acoge, por decirlo así, á el cielo, no hallándole en la tierra: es lo sí, de una alma engrandecida por la Religion, y que sufoca los terrores de una naturaleza debil y abandonada á sí propia,

en virtud de una convicción íntima, de una costumbre reflexionada. De esta esperanza estaba siempre poseído el justo , y de ella hacia las delicias de su corazon, el objeto de sus mas lisonjeros pensamientos. No presenciaba el círculo de los años, no le movia á sueño la noche, no le advertia el tiempo de su veloz curso, sin que no se dixese á sí propio , *tú eres mortal* ; y á estas palabras iba siempre unida como de suyo la idea de la inmortalidad.

De este modo se le ocurren para consuelo suyo en su última hora aquellos pensamientos sublimes, con que por un dulce hábito se ha familiarizado, sosteniéndole entónces por su fuerza , y ensalzándole por su dignidad. Léjos pues de acabar su carrera , principia la de la inmortalidad. En esta vida caminaba entre densas tinieblas , y á su muerte ve

rayar la aurora de un dia eterno.
Bienaventurados los que mueren en el Señor.

2.º Pero ¿no volverá con sentimiento el fiel sus ojos hácia los bienes, que para siempre dexa acá? Sin duda que sí, pues que no era insensible, y sabe que *nos diera Dios con abundancia todas las cosas para gozar de ellas* ? como dice el Apóstol, habiendo hecho mas gustoso el uso de estos beneficios con su continúa gratitud á el cielo. No miraba al hombre sin ver y respetar en él la imágen de su Criador que le formá-
 ra; y teniendo abierto siempre su corazon á las dulces afecciones del parentesco, de la amistad, de la humanidad, dispensaba á sus semejantes quantos alivios y consuelos estaban en su mano, para conformarse de este modo con las benéficas miras de su autor.

Así , miéntras que aún ántes de su muerte atormentan á el mundano tantas separaciones crueles , el justo se muestra en ella con apacible firmeza y resignacion. ¿Y qual otra es la causa sino el que siempre conoció el verdadero valor de las cosas , el mérito real de los objetos terrenos? Con efecto , él sabia dar á el mundo el debido lugar en su corazon , y léjos de mirar los placeres de esta vida como el objeto mas digno de sus deseos , el fin único de su existencia , considerábalos por el contrario como un medio de elevarse , por el reconocimiento , á el Criador , que es la fuente de todo bien , el centro y el fin de todo lo criado.

Sí ; yo os dexo , dice entónces , distinciones humanas , y ya no gozaré mas de la consideracion frívola , que os dispensan los hombres. De antemano me habia desprendido

de este postizo mérito, haciendo consistir mi principal gloria en llevar y merecer el nombre de hijo de Dios.

Os dexo, dignidades, empleos, honores. Ya no ocuparé la silla de Juez sobre las Tribus de Israel, ni las bendeciré como sacrificador en la nueva alianza. No; jamas me sorprendió el orgullo en el ejercicio de estas respetables funciones, habiéndome contentado siempre en ellas con desempeñar dignamente mi vocacion, y teniéndome por dichoso de permutar algun dia este lustre pasajero por honores eternos.

Os dexo, riquezas percederas, prosperidad mundana. De hoy mas no reuniré por vuestro medio en rededor de mí los objetos que lisonjean los deseos del hombre. Tiempo habia que *tenia puesto mi corazón en donde reside mi verdadero tesoro*; y en breve gozaré de riquezas inaltera-

bles , fruto inmortal de mis sacrificios.

Os dexo , sociedad deliciosa , amigos fieles , tierna esposa , hijos queridos que erais mi delicia. Ved aquí , fieles míos , la mayor prueba del justo. Él ve estos objetos amados alrededor de la cama , en que yace postrado , tal vez vertiendo lágrimas , y por última despedida les alarga con trabajo una mano pálida y medio yerta. ¡ Ah ! que momento este tan cruel , si un triste *para siempre* , *para siempre* fuesen entónces sus únicas palabras , su único sentimiento ! Pero no : en su desfallecida voz aún se nota la confianza que inspira la piedad , y con ella parece decirles : Yo me separo de vosotros , no para siempre sino por algunos momentos : vosotros sois los que quedais expirando , en tanto que yo voy á recobrar una nueva vida : en

breve me seguiréis, y nos reuniremos todos en la eternidad. *Bienaventurados los que mueren en el Señor.*

3.º ¿Qué son en efecto todas las cosas, todas las dichas de este mundo, para el que va al instante á salir de él? El rico en este momento queda á el nivel del pobre, el poderoso á el del desvalido, á el del humilde pastor el Monarca. Entónces no se trata de las cosas terrenas, sino de su buen ó mal empleo; no de la opinion sino de las *obras*; no de las vanas exterioridades sino de la conciencia. ¡Ah! ¡y qué enorme es el peso de los remordimientos aún en el seno de la prosperidad! ¡quán sordamente oprimen el corazon! ¡qué dolorosa y cruel hacen la vida! Pero en este terrible instante con especialidad, es quando penetra Dios al hombre del sentimiento de su miseria, y se le

muestra mas en claro : quando la conciencia levanta su grito para acusar , para confundir al pecador , y por el contrario para consolar , para animar con lisonjeras esperanzas á el justo.

Entónces se le representa á el moribundo este universo como cubierto de un lúgubre velo , y embargándosele sus sentidos , borrándosele sus pensamientos , solo ve , en medio de su desconsuelo , la triste soledad del sepulcro. Pecados , virtudes , son los únicos bienes , los únicos males que le restan : Dios , la conciencia , la eternidad , las únicas realidades de la Naturaleza. Quanto mas aterra á el culpable este aspecto , con tanta mas fuerza y verdad se le representa , saliendo entónces de tropel sus pecados de los mas escondidos pliegues de su corazon á pasarse , por decirlo así , delante de

su imaginacion , sin que en su mano sea el apartar tan desoladora perspectiva. No siéndole ya posible vivir , no se atreve á morir , y en medio de estos horrores expira , pero sin que terminen sus miserias.

¡ Ah! ¡ con cuánta razon miraba el justo la vida como una escuela de la muerte , y á menudo meditaba en su última hora! Vele aquí pues ya en ella. Ahora conoce quán bien hacia en no mirar como su principal negocio , sino lo que decia relacion con la eternidad; y con quanto motivo se preguntaba siempre á sí propio , ¿ cómo te parecerian á la hora de la muerte este discurso , esta accion , este proyecto , este deseo ? Y ved aquí como de esta manera no tiene entónces ni errores ni maldades que llorar.

Repasa en su memoria con modesta confianza el empleo que ha he-

cho de sus años , y lo que halla son flaquezas mas bien que delitos , deslices y no costumbres malas , una vida, en general, consagrada á Dios, y faltas purgadas con un sincero arrepentimiento. ¡Qué bálsamo en esta memoria! ¡qué poderoso apoyo en su debilidad! Figúrome ver la tropa sagrada de las virtudes , la justicia, la templanza , la fe , la dulzura , la paciencia, la caridad, cercar su lecho fúnebre , y estar como de centinela en rededor de su alma , para apartar de ella el temor y la desconfianza, y penetrarla de paz, de alegría , de esperanza , y de una santa impaciencia porque llegue el dia del Señor. ¡Tus Tabernáculos , ó Eterno ! ¡tus Tabernáculos , ó Eterno , ó Dios mio! ¡quándo entraré en ellos , y me prosternaré ante tu faz! Así es como se duerme el justo en el seno de su Criador.

¡Ay! amados míos, ¿quién de nosotros no se alegraría de acabar de este modo su carrera? ¡oh muerte triunfante! ¡quán dignamente coronas las virtudes de una vida cristiana! ¡oh muerte deseable! la vida misma no es preciosa sino para gustar al fin tus dulzuras. Sí: *bienaventurados los que mueren en el Señor.*

4.º Con ella se muda enteramente la escena. El resto de tinieblas que aún ofuscaba los ojos del justo, se disipa, al paso que se ha desvanecido aquella pequeña esperanza, con que se lisonjeaba el pecador. Uno y otro desaparecieron ya de la tierra; y si en ella parecía sumido todo en la confusión y en el desorden, pues que no pocas veces hacia el malo que recayese sobre el hombre de bien el menosprecio, de que él solo era digno, en esta nueva economía que entra, ¡qué mu-

danza tan terrible , ó gran Dios! Pero no : no hagamos mas amarga la suerte del pecador dirigiéndole la sentencia de S. Pablo : *Por tu obcecacion y la impenitencia de tu corazon te has utraido la cólera para el dia de la cólera y la declaracion del justo juicio de Dios que recompensa á cada uno segun sus obras.* Volvamos mas bien nuestros ojos hácia el justo , que ya descansa de sus trabajos y lleva consigo sus *obras.* ¡Qué encantadora pintura! El fin de todas las penas y la plenitud de la felicidad! No ; ni la victoria despues de un sangriento combate , ni el recobro de la salud despues de los largos sufrimientos de una cruel enfermedad, ni el puerto tras una peligrosa navegacion, ni una feliz vuelta al propio hogar despues de los disgustos de una larga ausencia, nada, nada de esto puede entrar en comparacion con el reposo del jus-

to despues de sus pruebas en esta vida.

Por el reposo suspiran ciertamente todos los mortales, contemplándole como el fin de todos sus afanes, el término de todos sus pasos, el objeto de sus mas lisonjeras esperanzas. Despues de haber atendido á sus diferentes necesidades, y á las pasiones aún mas diversas de todas las edades, miran el tiempo del reposo como el premio de tantas fatigas y el principio de una vida feliz. Todos le desean, pero pocos le gozan; y aún aquellos que llegan á lograrle, solo hallan por lo comun en él una uniformidad que les enfada, y aún á menudo le ven perturbado por desgracias.

Mas el reposo del justo en la eternidad es qual la causa de donde dimana, puro, perfecto, inalterable: un reposo que jamas cansa, un reposo animado por los mas dulces

sentimientos, las mas gratas ideas. Su trabajo dió fin, está concluida su tarea; y así es que descansa gozándose en la memoria de sus combates y en el premio de sus victorias. Libre ya de la seduccion de los placeres, puede entregarse sin temor á ellos: incapaz de viciadas afecciones, solo experimenta sentimientos nobles y generosos: lleno de zelo, de agradecimiento, y de las demas virtudes, arderá de suyo su alma en un santo fuego por todos los siglos; y por último, exênto de los extravíos de la ignorancia; de los escándalos del vicio, de las locuras de la impiedad, disfruta de la compañía de todos los Santos que viven en la luz.

Ad Col. I, 12.

Por fin, llegó á la tierra prometida, desde la qual ve de léjos el pais de su cautiverio, el árido desierto en que habitó, y todos los lu-

gares señalados por sus pruebas y su constancia. Allí, enxuga *Dios las lágrimas de sus ojos*; *la muerte ya no existe para él, ni el luto, ni los dolores, ni el trabajo*; ninguna de las miserias humanas le amenaza, la gloria y la santidad le circundan, y sus obras le siguen. ¡Qué bello acompañamiento! ¡Pompa mundana vuelve á sepultarte en la nada! Condecorado el justo con sus obras se acerca triunfante hácia la eternidad; y ellas son las credenciales, los títulos que le aseguran la entrada en la corte celestial, el acceso á el Trono de Dios y los favores del Soberano del Mundo. ¡Ó *puertas, levantad vuestros umbrales; abrios!*

De este modo consigue la felicidad suprema el justo que muere en el Señor. Sus trabajos le han alcanzado la bienaventuranza, y su justicia durará por los siglos de los si-

glos. *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: ellos descansan de sus trabajos y llevan consigo sus obras.*

II. PARTE.

Quanto mas interesante nos es una verdad, tanto mas apreciable se hace para nosotros su evidencia. Y ved aquí como se conforma en este punto el espíritu de Dios con este deseo natural del hombre, pues que no contentándose con mostrarle en una muerte feliz el fruto de su piedad, insta de nuevo, y le asegura á un mismo tiempo la dulzura y la seguridad de esta esperanza. *Si por cierto, dice el Espíritu.*

No es esta, amados míos, una conjetura aventurada, una de aquellas pinturas vagas, buenas solo para embelesar la imaginacion que las produce: es sí un objeto real, cierto; tomado en la naturaleza de las cosas, una verdad indubitable fun-

dada sobre las perfecciones de Dios, atestiguada en cada página de nuestras Santas Escrituras, contestada por la experiencia, y demostrada por la misma razon, esta preciosa antorcha concedida á el hombre por la Divinidad.

Con efecto, aún consultando solo la razon, hallarémos al nivel de las mas patentes verdades los principios de nuestro texto, y de consiguiente el mismo texto. Ella ciertamente nos demuestra que es el hombre de un ser moral; que tanto influye en su felicidad el buen estado de su alma como el del cuerpo: que tan imposible le es á éste gozar de alguna tranquilidad, quando está agitada el alma, como á esta, quando están turbadas las funciones de aquel: que pueden los mas agudos dolores calmarse, ó no sentirse, como mas de una vez se viera, en una

gran pasion de ánimo ; y que las raices del mal son mas profundas, quando tiene su origen y fomento en ella.

Demuéstranos igualmente que nuestro bien ó mal estar depende en un todo del estado de nuestra alma: que la mas verdadera , la mas sólida felicidad de que puede gozarse, consiste en la paz del corazon , en el testimonio de una conciencia pura: que es susceptible el corazon de sentimientos dulces , puros , elevados, que le ennoblecen y le ensalzan ; y que estos traen su origen de la Religion por el amor divino que nos inspira , por las esperanzas que nos infunde , por el premio con que corona nuestros sacrificios , y por la gloria que ofrece á nuestra ambicion, de lo qual resulta un vivo gozo, que solo puede experimentar el justo.

Aplicad estos principios al mo-

ribundo, y les vereis mas poderosos, mas activos en aquella hora, que en lo restante de la vida. Entónces sí que no estorban su influencia las pasiones, las preocupaciones, las distracciones, en medio de las quales apénas se conoce el hombre á sí propio: en aquellos momentos se le representan con viveza sus grandes intereses, se manifiestan sus verdaderos sentimientos, ve el justo su justicia, y el pecador puestas en claro sus iniquidades. El hombre aparece sin disfraz qual es, y la Naturaleza le fuerza, por decirlo así, á volver á entrar baxo el yugo de la Religion, de que ántes queria sacudirse.

Si por cierto, dice el Espíritu.
 Á vosotros mismos apelo, amados fieles míos; á vosotros, que no dexareis de haberos hallado alguna vez junto al lecho de un moribundo. ¿No visteis á el impio, obliga-

do en su desesperacion á recurrir con una vergüenza mezclada de terror, á el Dios á quien con frecuencia ultrajára? ¿No os dexó su muerte la impresion indeleble de las angustias del vicio, y la mas terrible leccion? ¿No habeis visto á el fiel, por el contrario, convertir en alegría el sentimiento tan comun de salir de esta vida? ¿no presenciasteis en él con la imágen mas consoladora de los frutos de la piedad un saludable exemplo?

Si por cierto, dice el Espíritu. No nos alegueis, pues, aquellas muertes repentinas, que no dexan ni un solo instante á la reflexion; aquellos dolores agudos, en que están como embotadas todas las potencias del alma; ni aquella espantosa tranquilidad con que á las veces parece sumirse en el abismo el pecador endurecido. ¿Qué prueban estas raras

excepciones, quando está en contrario la comun experiencia? ¿qué prueban, sobre todo, cuándo se las opone la suerte inevitable del hombre en la eternidad? En esta, en esta es donde la turbacion y los remordimientos son la pena inevitable del vicio, y el reposo y la gloria el premio seguro de la piedad.

Mas ¡ah! gusanillos anidados en la tierra deseáramos presenciar la otra vida para creer en ella, y quisiéramos experimentar la gloria del parayso para desearla, y los tormentos del infierno, si así puede decirse, para evitarlos.

¡Qué lástima, que ya que nuestras almas mundanas no pueden elevarse á la sublimidad y altura de la fé, ya que para creer, necesitamos ver, ¡qué lástima que no nos fuese dado anticiparnos á lo venidero, rasgar por un momento el velo que

nos encubre nuestro destino! ¡Ánge-
 Apoc. xx, 13. les del Eterno, Ministros de su ven-
 ganzas, que tenéis las llaves del abis-
 mo, levantad su tremendo sello! ofre-
 ced á nuestra vista esa morada es-
 pantosa del crimen y de la miseria!
 herid nuestros oídos con el ruido de
 las cadenas de obscuridad que les apri-
 sionan! Ó mas bien ¡oh Dios omni-
 Exod. xxiii, potente! *manifiestanos* tu gloria, des-
 cubre á nuestros ojos tu seno pater-
 nal, y haz correr por delante de
 nosotros aquellos ríos de delicias que
 nacen de tí, qual de un inagotable
 venero, y aquellos torrentes de ale-
 gría en que se anegarán las almas
 fieles.

Pero ¿ adónde se extravían mis
 deseos? ¿qué es lo que pedimos, ama-
 dos fieles? ¿No están ya sobradamen-
 te manifiestos estos abismos en las
 sagradas páginas? ¿No nos testifica
 el mismo Dios esta gloria?

Si por cierto , dice el Espíritu.

Yo soy la misma verdad , y mis pa- Joan. xviii,

labras todo verdad ; soy la luz verda- 17.

dera que alumbró á los que me con- S. Juan i, v. 9.

templan. He criado á el hombre , y

conozco su naturaleza ; he hecho el

tiempo, y dispongo de la eternidad:

de mi depende el destino de todos

los séres : creed , pues , en mi justi-

cia , mi santidad , mi fidelidad , mi

poder : yo os lo aseguro ; bien así

como he condenado al crimen á la

desesperacion , para el justo he crea-

do la felicidad. *Si por cierto , dice*

el Espíritu : él descansa de sus traba-

jos , y lleva consigo sus obras.

Así es que quiso el Espíritu de

Dios , amados fieles míos , que que-

dase consignada en los sagrados ar-

chivos esta solemne promesa , man-

dando al Apóstol una voz emanada

del cielo que escribiese esta solemne

declaracion.

Escribe , pues , santo depositario de los secretos del cielo : estampa para siempre las verdades que te revelo , para que no desaparezcan con las palabras que las expresan. Mas veloces que estas mismas palabras , lleguen , lleguen hasta el hombre en todos los instantes , y triunfen del error que las obscurece , del aturdimiento que las cierra los oídos , de la indiferencia que las abandona. Haz servir el primero de los artes á perpetuar de una edad en otra la primera de las verdades : escribe para la instruccion de los siglos ; escribe para alentar al fiel , para corregir al pecador , y para santificar á todos los hombres.

Con razon parecia que debiera ser esta consoladora verdad el objeto principal de la meditacion de todas las edades. ¿ Y era posible imaginar que vendria un tiempo en que

serian como vanas las revelaciones divinas? ¿En qué casi estaria sin uso el maná celestial, y sin honor entre los cristianos los vasos preciosos que le contienen? ¿En qué (me extremo al decirlo) en que causaria hastío la misma abundancia de este celestial alimento?

¡Oh dolor! Pero ya que ha llegado á tal punto nuestra indiferencia, ya que por una culpable ingratitud no despiertan vuestra atencion las sagradas letras, ¡ Ministros del Señor! ¡ augustos sucesores de los Apóstoles! obligacion vuestra es herir continuamente con ellas nuestros oidos, echar mano *de la espada del espíritu*, armaros de las palabras de vida. Encended vuestras palabras á el fuego de los Escritos Sagrados; prendedle con ellas en los corazones; y que semejantes á la *punta de diamante*, de que habla un Profeta, tras-

Ad Ephes. vi,
17.

Jerem. xvii, 1.

Prov. XIII, 21.

Is. III, 10.

pasen las conciencias mas empedernidas , y anuncien sin cesar al justo que *para él será el bien*, y á el malo, que *no tiene que esperar paz*, como dice el Eterno , ni en esta vida , ni en los momentos de la muerte , y ménos en la eternidad.

Ni teneis que decirnos que os presentamos solo ideas lúgubres, que os paseamos por entre los sepulcros; y que llegamos á vosotros , envueltos , por decirlo así , en los negros velos de la muerte. ¡Qué! ¡subiremos á este sagrado lugar, Ministros del Siglo y no de Cristo , á echar nuevos nudos á la venda que os ciega, y apacentar vuestros errores con el lenguaje de la vanidad! ¿ Y cuál es la palabra que os anunciamos, amados hermanos? una palabra de paz , de felicidad ; una palabra, que acogeriais con ansia , si os viniese de otra parte que de la Religion.

Porque, al cabo, todos quisiéramos preveer lo venidero, y así empleamos toda la sagacidad de nuestro espíritu, en conjeturarlo, quedándose á las veces nuestra temeraria curiosidad, de que haya envuelto el cielo en una impenetrable obscuridad nuestro destino. ¿Y á que se reducen por lo comun nuestros deseos? á el buen éxito de algunos asuntos ya mas ya ménos interesantes, á nuestra elevacion, nuestra fortuna, nuestros placeres. ¡Insensatos! ved aquí puesto bien en claro nuestro mas principal negocio, y expuesto á nuestra vista el rasgo capital de nuestra vida, la última página de nuestra historia; nuestra suerte en la eternidad.

Ea, pues, ¡vosotros todos con quienes habla el Evangelio en todos los payses y todas las edades, viejos y jóvenes, ricos y pobres, de todo

sexô, de todo estado! escuchad estas palabras proféticas, que os dirige el mismo Dios por medio del Escritor Sagrado, y os repito yo ahora : *Escribete: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Si por cierto, dice el Espíritu : ellos descansan de sus trabajos y llevan consigo sus obras.* Ved aquí el quadro que debemos tener siempre á la vista : ved el último fin de nuestras acciones, el objeto mas digno de nuestros deseos, el principio que debe animar nuestra conducta, caminando toda nuestra vida, si así puede decirse, alumbrados de fúnebres antorchas.

APLICACION.

Así qué, oyentes míos, no buscaremos otra aplicacion de este discurso, que la que de suyo se presenta. Supuesto que es inevitable la muerte, y tan esencial á nuestra naturaleza el vivo deseo de una dicha

constante, *morir en el Señor* es la felicidad que nos espera, y los *trabajos*, las *obras*, el camino que para alcanzarla, nos está indicado.

No lo disimulamos, fieles míos; si el premio reservado al justo es glorioso, su tarea es grande, su vida un *trabajo* perpétuo. Este es un camino donde se cogen las flores, hollando las espinas; un viage cuyos peligros se vencen solo á poder de animosidad y vigilancia.

¡Léjos, pues, de nosotros aquellos falsos cristianos, que sin otro mérito que una fe ociosa, abundan en prácticas de poca importancia, y omiten las obras, porque son trabajos á su corazón! ¡Léjos de nosotros aquellos cristianos negligentes que pasan sus días entregados vergonzosamente á sus inclinaciones sensuales; días sin actividad, sin vida; almas letárgicas, sepulcros

vivos y anticipados de sí mismos! Por medio de recompensas nos convida el espíritu de Dios á ejercicios continuos , á combates frecuentes contra el vicio , á victorias señaladas sobre nuestras pasiones : no hay *reposo sin trabajo*, no hay gloria sin virtudes, no hay virtudes sin esfuerzos , no hay *reyno celestial sin violencia*.

Math. xi, 12.

55 Deténgome aquí, fieles míos, y en vista de tan estrechas obligaciones permitidme que os pregunte , si es igual con ellas vuestro ardor en desempeñarlas. Volvamos la vista hácia lo pasado , y mirémos que provision de buenas obras hemos hecho : tendámoslas por lo presente y veamos que cuidados , quales intereses nos ocupan. En vez de esforzarnos á reparar á una el tiempo perdido , y desempeñar la tarea del presente , lo reservamos para lo fu-

turo , y dexamos acumular la *obra*, hasta que supera por último nuestras fuerzas, y llega á hacerse imposible.

¡En qué fatal error vivimos sumidos ! En vano arrastra cada momento consigo una parte de nuestra existencia , pues que miéntras vivimos , juzgamos tener á nuestra discrecion el tiempo , y la facultad de disponer de él , segun nos cumpla, para nuestra salud. ¡Ah ! Mil voces me parece oír que para desvanecer tan loca esperanza , nos claman desde los sepulcros : creed , que como lo acredita una experiencia demasiado fatal, se muere como se ha vivido , y que solo haciendo una vida santa , puede uno prometerse una muerte tranquila.

¡ Y qué ! ¿ podemos reflexionar sobre la incertidumbre de la vida, la importancia de la *obra* , lo precioso del tiempo , y el estado actual de

nuestra alma , sin que nos sobrecoja un saludable terror? ¡Qué! me entrego tranquilamente á el sueño á la misma orilla del precipicio ! Si me sorprehendiese la muerte en este mismo dia , ¿ qué sentimientos , qué ideas serian las mias al verme en sus agonías? ¿ cuál seria mi suerte en lo futuro? ¿ Gustaria aquel feliz reposo , fruto de una vida cristiana, y de una conciencia pura? ¿ ó me acongojarian el temor y los remordimientos? ¿ Á qué trabajos pondria fin mi muerte? ¿ qué *obras llevaria conmigo* á la eternidad? ¿ Me presentaria delante de Dios con sobresalto , ó con una humilde confianza ? ¿ Le diria: aquí me teneis , Señor , con *obras* de justicia, de caridad, de zelo, de constancia, de misericordia; ó por el contrario con *obras* de mundanidad, de perfidia , de disolucion , de orgullo, de venganza? ¿ Moriria, por fin , en

la condenacion , ó en la gracia ?

¡Oh gran Dios! ¡cómo es que vivimos inciertos , ó mas bien que inciertos , demasiado seguros tal vez del destino fatal que nos aguarda! ¡Ó estúpida indiferencia! ¡extraña y lamentable ceguedad! ¿esperaremos para despertar á que reluzca sobre nuestras cabezas la espada de la muerte? ¿á qué nos sobrecoja de terror el dia de la eternidad? Pero cuenta que siempre está pendiente esta espada; que nos estrecha por todas partes la eternidad , y que ya nos da la sombra de la *noche en la qual ninguno* Joan. ix, 4. *puede trabajar.* Dexemos pasar un solo instante , y vednos sepultados en ella para siempre.

Veamos pues ántes que llegue: Math. xxv, 12 Trabajemos ahora que es tiempo: corramos á encontrar á el esposo, que ya viene , con las *manos llenas , la* la. v. 7. *lámpara encendida* ; y procurémos

Job xviii, 14

que brille la luz de la fe y con ella la de las *obras* á la venida del Rey de los *espantos*, tanto mas tremenda, si nos sorprende en las tinieblas.

¡Ó saludable memoria de la muerte! conserva en nuestras almas un religioso terror, para que descansemos en paz quando llegue nuestra última hora. ¡Santo reposo del justo! penétranos de antemano en tus dulzuras, para animarnos al *trabajo*, á que sirves de premio. ¡Felicidad celestial, gozo de los bienaventurados! haznos presentir tus divinos éxtasis, y con ellos desasirnos de los falaces bienes del siglo: y para reunirlo todo en un solo deseo; haz, ¡oh gran Dios! *que ora vivamos, ora muramos, vivamos y muramos en tí. Amen.*

Rom. xiv, 2.

S E R M O N X.

SOBRE LA BAXEZA Y DIGNIDAD
DEL HOMBRE.

QUANDO CONTEMPLO LOS CIELOS
que fabricáron vuestras manos, y miro la
luna y los brillantes astros que colgaisteis
en ellos y que forman toda su hermosura,
lleno de admiracion y de asombro no
puedo ménos de exclamar: ¡Señor! ¿qué
es el hombre para que así le ensalceis, y
empleeis en él vuestros pensamientos y
cuidados? Es cierto que le hicisteis de
condicion algo inferior á la de los Ange-
les, pero al mismo tiempo le colmasteis de
honra y de gloria. *Psalmo VIII, v. 4-6.*

¿Qué desproporcion puede haber
mas notable en la naturaleza que
la que se advierte entre la vasta ex-
tension de los cielos, y el hombre
su contemplador! De una parte to-

dos esos enormes cuerpos luminosos que circulan en un espacio sin límites, su brillo incomparable, su prodigiosa multitud, la distancia inmensa que les separa y el eterno arquitecto de tantas maravillas; y de otra un ser que por su pequeñez desaparece en este abismo, un punto obscuro que se pierde en la inmensidad.

Pero en breve reflexiona y contempla el Rey Profeta que suele por lo comun haber mas maravillas en una obra que admira por su pequeñez, que en otra cuya grandiosidad nos asombra; y elevándose con este pensamiento, y viendo estampados tantos caracteres divinos en el hombre, bien que sea solo un átomo respecto de los cielos, se convierte su humillacion en noble orgullo, y en medio de los éxtasis del reconocimiento y del amor, exclama: *Quando contemplo los cielos que fabricaron*

vuestras manos , y miro la luna y los brillantes astros que colgasteis en ellos y que forman toda su hermosura, lleno de admiracion y asombro no puedo ménos de exclamar : Señor , ¿qué es el hombre para que así le ensalceis y empleeis en él vuestros pensamientos y cuidados? Es cierto que le hicisteis de condicion algo inferior á la de los Ángeles ; pero al mismo tiempo le colmasteis de honra y de gloria.

Para conformarnos con el espíritu de estas palabras , manifestaremos algunos de los atributos que demuestran en su Autor la creacion , á fin de dar á conocer así mejor la miseria del hombre (Primer Punto); presentando despues los rasgos de grandeza y dignidad que engrandecen en él la obra de Dios (Segundo Punto).

De esta suerte aprehenderemos á conocer y apreciar nuestra digni-

dad por el conocimiento de nuestra miseria, y nos elevarémos sobre esta por el sentimiento de nuestra grandeza. Dios será glorificado en todas las cosas, que es el fin que me propongo en mi discurso y deseo conseguir. *Amen.*

L.^a PARTE.

Considerando los cielos, su inmensidad, su riqueza, y el curso ordenado de los astros que circulan en su seno, naturalmente exclama admirado nuestro espíritu: ¿Cuál es el autor de tantas maravillas? Fuerza es que tengan una causa primera; y el que las ha creado, debe existir sin causa.

Luego *Dios es eterno.* Solo él contiene en su naturaleza el principio de su existencia, y existe por su misma virtud. Sea que subamos, pues, por decirlo así, mas arriba del origen de los siglos, sea que penetre-

mos hasta lo mas hondo de los abismos de lo futuro , en todas partes encontramos á Dios , *el principio* , y Apoc. 1, 8. *el fin de todas las cosas* , el que *era* , *es* , y *será*. Mas ¡qué digo! Para Dios no hay sucesion de años ; en un solo instante goza de la duracion de todos los siglos , y su existencia absorve el tiempo y constituye lo que llamamos la eternidad.

Nace el hombre: su origen es la nada , y un poco de polvo su cuerpo. Y como si le fuese penoso el vivir , lucha por salir de este mundo desde que entra en él, siendo la misma sangre que circula por sus venas y le da la vida, un veneno lento que le va conduciendo al sepulcro. Dias de luto , de llanto , y de tristeza son todos los suyos desde que sale del vientre de su madre hasta que le arrebatada la muerte.

Que suba sino con la reflexion

á algunos años ántes de el instante presente que corre presuroso , y díganos donde estaba: y fixándola despues en el futuro, asegúrenos donde estará. Su vida es un punto luminoso que brilla enmedio de una noche lóbrega : de todas partes le rodean densas tinieblas ; y en el momento que alumbrá , va á confundirse en la obscuridad que le cerca. Pasó ya lo presente , y en breve ofrecerá lo venidero , este momento actual que se vuela. Así que , nunca esta fixó el tiempo en que exíste el hombre ; ó por mejor decir , no exíste verdaderamente, sino que se desliza, se huye, se precipita hácia el fin de su carrera, y se apresura á entregar su cuerpo á la muerte.

Por largos, pues, que sean nuestros dias , el tiempo en que todavía no exístiamos , y el en que no exístiremos , forman un espacio inmen-

so y hacen un relámpago nuestra vida. Luego ¡qué es el hombre!

Dios es omnipotente. Llama las cosas que no son como si fuesen, manda al abismo, y oye éste su voz; y al Sol dixo: aparece y sirve de antorcha al dia; y á la Luna, sal y preside á la noche. Él estiende el Job xxvi, 7.
cielo levantándole sobre el vacto, y suspende la tierra en el ayre; mide las aguas con la palma de la mano, y pesa Is. xl, 12.
las montañas con la romana, y los collados en la balanza.

De un soplo de su boca fuéron creados los diez mil millares de Ángeles que le rodean y todas las Potestades Celestiales. Su poderosa voz ha producido quanto existe, y una sola palabra es suficiente á aniquilarlo todo, y á hacer aparecer un universo nuevo sobre las ruinas del cielo y de la tierra. *Las columnas de los* Job xxvi, 11.
cielos se estremecen, y tiemblan á una

amenaza suya. Y si dice: ¡ Hijos de los hombres, mirad! desfallecen y se vuelven polvo.

Pero el hombre, este ser tan limitado que se pierde entre la multitud de los otros seres ¿qué es lo que puede? y aún quando alcanzase grandes cosas ¿de quién le vendria este poder? Todas sus facultades se estienden solo á obrar sobre una pequeña porcion de materia que labra para su uso, y quando á fuerza de trabajo logra imitar la menor de las producciones de la naturaleza, la mira y la proclama iluso como un prodigio en su especie.

Dueño tan solamente de las formas, no le es dado mudar la esencia de las cosas: reune sí, las partes separadas, y divide las que estaban reunidas; pero nada puede crear de nuevo, ni nada aniquilar de lo creado.

¿Y se extenderia á gran distancia su poder, miéntras que es tan limitado él mismo? Una quarta de tierra es por junto lo que ocupa, y para tocar un objeto dos pasos distante, le es forzoso pasar de un lugar á otro, sin que su ciencia baste á evitar lo que puede sucederle en tan corta mudanza. El menor uso de su actividad, su misma existencia, le fatiga y le agovia, necesitando á todas horas de socorros extraños para reparar sus resortes que se gastan continuamente y sostener su cuerpo que descaece. En vano se precave contra los peligros que le cercan, pues por mas que haga, nunca puede ponerse á salvo de ellos, y el único uso eficaz de sus fuerzas que le resta, es sufrir su miseria. Luego, *¡qué es el hombre!* Dios es sapientísimo. Su vasta inteligencia vé lo que hay de mejor

en las cosas posibles, y su ciencia infinita le presenta los medios más adecuados á su fin, los quales pone luego en obra su inagotable poder. ¡Qué grandiosidad en el plan de la creacion! Gozando de sí mismo, es decir de la eterna felicidad, se propone hacer resplandecer su gloria ante los ojos del ser pensador, y dar á gustar la felicidad suprema al ser sensible. ¡Y qué riqueza en los medios! Verdad es que ha poblado la tierra de seres limitados; pero estos seres, malgrado su miseria y pequeñez, contienen en sí mismos aquella facultad de ser felices que nunca se apaga ni perece.

Él estableció al hombre señor de los animales de toda especie; puso á su disposición los minerales, las plantas, los frutos y las flores que hacen el adorno de la tierra; sometió á su industria la naturaleza para

perfeccionarla y hacerla servir á sus necesidades ; y sembró el espacio de innumerable multitud de globos refulgentes que llevan la gloria de su nombre hasta las extremidades del universo , viéndose estampados en todas sus obras los rasgos de la mas sabia inteligencia.

¡Pero el hombre! ¡ah! ¡amaneció para él jamas dia alguno en que pudiese hablar de Sabiduría! ¡Ó Sabiduría! ¡qué somos nosotros para pronunciar tu sagrado nombre! Despreciada continuamente de los mortales , te has acogido á los cielos , de donde ya no baxas á visitar la tierra. Tus principios inmutables han trazado al hombre reglas de conducta que por demasiado exâetas , teme poner en práctica ; pero que siéndole absolutamente indispensables , las acomoda , las aplica á los tiempos , á los lugares , á las circunstancias.

Siéndole trabajoso arreglarse á la ley, tuerce la ley segun sus deseos, y da el augusto nombre de sabiduría al error que le es lisonjero.

Para él es este mundo un borrascoso mar donde por lo comun siempre navega sin direccion y sin piloto, viviendo en una continúa agitacion, y siempre meditando, siempre combinando cosas que al parecer son importantes. Mas no: muy poco le conoce quien crea que estas sean en efecto así: el tédio, el momento, la ocasion, son las causas que le determinan; y así es que ni aún á sí mismo sabe darse á las veces cuenta de sus designios.

Quando se propone algun fin, suele ser este por lo regular tan vano, que quizá está su dicha en que no se le logre; y si alguna otra vez es laudable, ó no acierta á elegir los medios, ó le impide su execucion algun

obstáculo imprevisto. Si sabe evitar un escollo , no dexará de estrellarse contra otro.

Mas sobre todo, apénas han so-
juzgado su alma las pasiones, su jui-
cio se ofusca , y la pureza de sus
costumbres desaparece , haciéndose
criminal de ligero , é inconstante
que ántes era. Ved aquí el hombre.
Y si de sus dias se descontase el
tiempo en que obra sin objeto , el
en que no corresponde el éxito á sus
designios , y ademas sus faltas y sus
quimeras , se le rebaxaría una gran
parte de su vida, y tal vez por la que
mas suspira. Luego, ¡qué es el hombre!

*Dios es inmutable , y en él no hay
variacion* , como dice Santiago. El
mismo que era ayer , es hoy, y será
eternamente ; y como que existe de
absoluta necesidad, posee necesaria-
mente quanto es consiguiente á esta
existencia , no pudiendo bien así

como nada perder, nada adquirir. o
SESTA ¿Y qué nos indican esta armonía constante que observamos en la Naturaleza, estos movimientos tan bien combinados que continuamente se repiten con un orden y precision admirables, este concurso de variedades que todas se enderezan á los mismos fines, y entran todas en el plan general, sino que son eternas en el Sér supremo sus determinaciones; que siempre sigue unas mismas reglas, y que todo se rige por los mismos principios y la misma voluntad? Sentado junto á la corriente de los siglos, tú ves, ¡oh gran Dios! rodar sus olas sin cesar, y arrastrar hácia sí todos los séres: tú solo eres inmovil en tu duracion, y jamas acaba ni pasa tu existencia. o

SESTA La vida del hombre, por el contrario, no es otra cosa que un tejido de inconstancias. Su duracion pa-

rece, digamoslo así, una sucesión de diferentes vidas que se confunden, las unas en las otras: nuevos seres se suceden en la misma persona, y de aquí nuevos principios, nueva voluntad, nuevas miras. Dependiente de quanto le rodea, participa de la variacion general, y agrega la inconstancia de su propio corazon al torrente del mundo que le arrastra, y lleva por delante.

Sucesivamente atormentado por los pesares y distraído con los placeres, turbado por los temores y consolado con las esperanzas, ya se entristezca, ya se alegre, camina siempre entre fantasmas y descansa confiado en el error. Él vé la luz que podría guiarle y la huye; conoce el abismo, y cae en él. Siempre en contradiccion con los sucesos y consigo mismo, se irrita con los obstáculos y desmaya quando están

vencidos. Con quanta mayor ansia desea , goza despues con mayor indiferencia , y llora la pérdida de lo que queria no conocer. Quando tiene en su mano la felicidad , la mira con abandono , al paso que corre desalado tras las apariencias que de ella se figura y ve á lo léjos.

Tan pronto fuerte y magnánimo, todo lo emprende con denuedo, y á veces hasta lo imposible ; y tan pronto tímido y cobarde, teme y se asombra hasta de sí mismo. Vésele en unos momentos ocuparse gravemente en bagatelas , y discutir con importancia fruslerías ; y en otros tratar las cosas mas graves de un modo ligero ó desdeñoso : aquí esforzándose en adornar con todos los colores de la verdad las mas falsas congeturas ; y allá combatiendo con furor las verdades mas útiles. Él levanta el edificio y le arruina ; abre

hojas y las ciega ; hace juguetes y los rompe.

De esta suerte , burlado continuamente por sí mismo , siempre frívolo y siempre engañado , siempre advertido y jamas enmendado, vaga por el mundo sin hallar punto fijo en donde descansar , hasta que rendido de sus perpétuas agitaciones , sucumbe en fin, y pone término la muerte al curso de sus inconstancias. Luego, *¡qué es el hombre!*

¿ Y se dignará acordarse de él ese Dios perfectísimo ? ¡ Ó prodigio de bondad ! Sí: de esa criatura débil y mortal , miserable conjunto de contradicciones é inconstancias , está escrito que *Dios la visita; que la hizo de condicion algo inferior á la de los Angeles , y que la ha coronado de honor y de gloria :* asunto de nuestra segunda Parte.

II.^a PARTE.

Compuesto el hombre de dos sustancias diferentes , tiene tambien diferentes relaciones. Considerándole por la parte terrenal, todo participa en él del barro de que fuera formado, y nada otra cosa presenta sino vanidad y miseria. Pero respecto de su esencia espiritual , Dios le ha distinguido con los mas gloriosos favores. Aun durante su corta existencia en este mundo ;de qué privilegios tan admirables no le vemos dotado !

Único ser pensador sobre el haz de la tierra , reyna sobre innumerables criaturas , y Dios le ha cedido una parte de su imperio sobre los otros séres. Nacido para la sociedad, ;con cuántos descubrimientos no la enriquece diariamente! Su inteligencia sondea los abismos y mide los cielos , se lanza á lo futuro , y hace volver á pasar por delante de sí el

tiempo que ha corrido, demostrando de este modo por mil rasgos de superioridad que Dios le ha establecido Rey de la Naturaleza. *Tú has hecho al hombre poco menor que los Angeles.*

¿Pero deberán ser tenidas en mucho todas estas ventajas terrenales á que en breve pondrá fin la muerte, reyna y señora de este mundo? Sin duda que no, puesto que debe mirar esta tierra como un pais estraño lleno por todas partes de miserias, donde solo ha de estar como de paso. Otros objetos mas altos se presentan ciertamente, y la dignidad del hombre se conoce por títulos mas realzados. En medio de las imperfecciones que al parecer desmienten su origen celestial, le ha dotado Dios de cien rasgos gloriosos que dan indicios de él. Conocimiento de mi Dios, comunicación de mi

alma con su Hacedor, ciencia sublime de la virtud, sentimiento de la inmortalidad ¡vosotros sí que constituis la verdadera grandeza del hombre!

¡Qué gloria en efecto! Á través del velo de la ignorancia que le ofusca, ve brillar esta verdad: que hay un Dios en los cielos, que es el padre de su alma, y el señor del universo. Desde la prision estrecha en que está encerrado, contempla la Alteza primera y medita la inmensidad; se lanza enagenado desde el seno de la corrupcion en que yace sumido, hácia el venero de vida que anega en un santo ardor su corazon; se acerca á la santidad original, y raya con la eterna verdad, con cuya contemplacion se inflama y engrandece su alma, bebiendo en ella en abundancia las ideas de la mas pura virtud y de la perfeccion moral.

Ni es ménos glorioso el privilegio que tiene de poder acogerse á todos momentos , digamoslo así, en los brazos de este divino Sér. En qualquier lugar que respire, le halla presente á su corazon quando le invoca , y la alegría vivísima de que se siente penetrado en estas meditaciones sublimes , le convida á renovarlas continuamente. Contemplar en su origen celestial y procurar aproximarse á él , es cumplir con la voluntad del Altísimo.

Si reflexiona el hombre sobre su propia existencia ¡cómo no la ha de contar entre los mayores beneficios! ¡Con qué delicias debe decirse á sí mismo : Me basta con conocer al que me ha criado , á este gran Dios criador y conservador de quanto existe! Sin duda que otros séres mas elevados que yo , los Ángeles, tienen ideas mas exáctas, sentimien-

tos mas verdaderos de su grandeza y magestad; pero al cabo, yo le conozco, y le invoco, y me oye: privilegio que me aproxima á las mas altas inteligencias, y hace en gran manera inferiores á mí todos los vivientes de la tierra: *Tú has hecho al hombre poco menor que los Angeles, y le has coronado de honor y de gloria.*

Mas si se entra, por decirlo así, dentro de sí mismo, aún reconocerá otros caracteres gloriosos estampados en él por la mano de su Creador, quales son el fundamento de la justicia, la ciencia de sus deberes, el sentimiento de lo verdadero y de lo falso. Ni están ocultos en lo mas íntimo del alma estos rasgos: una sola ojeada basta para descubrirlos, y ellos se hacen sentir de suyo en las ocasiones y le dirigen quando debe obrar, siendo como una ley viva

que lleva á todas partes en su corazon para que le inspire acciones laudables , y le dicte virtuosos sentimientos.

Si sus pasiones le seducen , una voz mas poderosa que la suya le clama interiormente , y venga a la verdad de la traicion que le esta haciendo. Tal es en efecto el sentimiento interior de todos los mortales , que por mas que el particular tenga interés en ser culpable , la voz general está siempre en favor de la virtud. De este modo el corazon del hombre se me figura un templo augusto en que baxa á habitar el mismo Dios , haciendo sentir en él igualmente que en los cielos, supresencia santa , y brillar los destellos de la mas pura inteligencia , y pronunciando desde él sus divinos oráculos por medio de la conciencia que toma prestado su language : Tú

has hecho al hombre poco menor que los Ángeles, y le has coronado de honor y de gloria.

¡Oh! ¡qué gran cosa sería, carísimos fieles, haber solo existido poco tiempo, pero haber disfrutado en él de tales privilegios! ¡Quién no preferiría esta corta vida á siglos de placeres terrenales! Pero lo que hace sobre toda comparacion este favor, es que sigue y acompaña al hombre en la eternidad. ¡La eternidad!... ¡qué! ¡acaba el hombre de nacer, y contendrá en sí una alma inmortal! ¿y de dónde le viene un sentimiento tan sublime? Del mismo Dios, cristianos; no lo dudemos.

En medio de las riquezas y de los placeres, en el seno de la gloria y de la prosperidad mundana, un vacío perpétuo le inquieta, le acosa, le persigue, sin que nada sea suficiente á atraerle, á fixarle. Al modo

de un fuego activo , su alma devora quanto alcanza , y vuela siempre tras objetos nuevos ; pero fastidiándose y cansándose luego de todo , sin que ni la posesion del mundo entero fuese capaz de satisfacer sus inmensos deseos , y hallando solo en mas altas esperanzas el objeto de su felicidad. Reconoced , pues , por tales rasgos á esta alma que vive en el mundo y es superior á él , y cuyo instinto de la inmortalidad se dexa traslucir por su cuerpo mortal.

Si meditando en el silencio del retiro se pregunta el hombre á sí mismo sobre su destino , un cierto sentimiento íntimo le inunda de gozo y alegría , y allá dentro le parece oír una voz que le dice : tu alma no será como el cuerpo víctima del sepulcro : ¡qué!... ¡habria de convertirse en polvo esta sustancia inalterable que vive , piensa , y siente en

tí: ! este sér , el único entre todos que conoce á su Dios y que le adora ¿habria de acabar confundido con la materia que cae y se desmorona para siempre ?

¡Ó testimonio permanente de un alma que ha conservado alguna señal de su grandeza ! ¡quán dulce es tu language ! ¡qué poderosa tu voz ! Tú triunfas de los extravíos de la ignorancia , de los sofismas de la incredulidad , de los temores de la cobardía , y de los horrores de la desesperacion: *Dios ha hecho al hombre poco menor que los Ángeles , y le ha coronado de honor y de gloria.*

Con este solo título ¡quán noble me parece la humanidad , amados fieles míos ! ¡quánto me complazco en admirar esta cadena admirable que une al hombre con su Criador, al cielo con la tierra, al tiempo con la eternidad ! Los Imperios y los

Reynos acaban; los siglos se amontonan sobre los siglos y desaparecen; la misma tierra cansada de tragar los séres que la pueblan, perecerá un dia; el sol no alumbrará; se disolverán las estrellas; y *los mismos cielos se arrollarán como un libro*, dice la Escritura. Tal será el fin de todo lo criado. Mas el hombre, solo el hombre, libre de esta catástrofe universal, reposará en el seno de su Dios. Ciudadano de un mundo nuevo que se levantará sobre las ruinas del antiguo, compañero fiel de las Inteligencias felices, adorador eterno del Sér infinito, ¡qué es, exclamará entónces considerándose á sí propio, que es del sol con todo su brillo, de la tierra con todas sus bellezas, de los cielos con toda su magnificencia! ¡qué es del universo entero con toda su gloria y magestad! Los siglos pasaron, y él no existe ya: pero

mi alma se ha enriquecido con la muerte del tiempo, y solo vive verdaderamente desde que la eternidad comienza; y así como esta nunca acabará, tampoco aquella. *Tú has hecho al hombre poco menor que los Ángeles, y le has coronado de honor y de gloria.*

Por fin, en aquellos deplorables tiempos en que olvidándose de su Dios, se preparaba el hombre una desgraciada inmortalidad; por qué admirables acciones de amor no nos procuró reconciliar consigo este Padre de las misericordias! Él acortó por decirlo así, la inmensa distancia que le separaba del hombre enviando continuamente del cielo á la tierra Ángeles y hombres divinos para comunicarle su palabra é instruirle de su voluntad; y aún no satisfecha con esto su bondad, humanaróñse las virtudes celestiales, templó su

explendor con la obscuridad de nuestra naturaleza para que no se deslumbrasen nuestros debiles ojos, la eternidad se sometió á la ley del tiempo; y para decirlo con S. Pablo de una vez, *Dios se manifestó en carne humana.*

El hijo único del eterno Padre vivió entre nosotros para instruirnos con sus lecciones, y darnos perfectos exemplos. Una Religion sublime se establece por su medio sobre los fundamentos de la moral natural; las verdades conocidas se ponen mas en claro; adquiérense nuevos conocimientos, fortificánse las esperanzas; se gravan en los corazones los grandes principios, los hombres son llamados hijos de Dios, y su Unigénito es hermano suyo. Un mismo destino se les anuncia á todos, y la participacion de una eterna felicidad es el punto que debe

reunir á todas las Inteligencias , los
 Ángeles con los hombres , los hom-
 bres con Cristo , y todos con Dios.
*Tú has hecho al hombre poco menor
 que los Ángeles , y le has coronado de
 honor y de gloria.*

APLICACION.

Acabamos , pues , de considerar
 al hombre baxo dos aspectos bien
 diferentes : por una parte le hemos
 visto debil y miserable ; y por otra
 siendo el objeto de la predileccion
 del Altísimo , y asociado de algun
 modo á su gloria. ; Mas por qué es-
 traño trastorno del órden se estima
 mas el hombre por lo que tiene de
 ménos noble , y casi nunca piensa
 en lo que constituye su verdadera
 grandeza! El uno nos alaba una her-
 mosura frívola , el otro riquezas pe-
 recederas ; este ciencias vanas , aquel
 dignidades quiméricas ; y todos mil
 bienes fútiles , mil cosas de ningun

momento, miéntras que no hay casi uno que ponga su gloria en su verdadera nobleza y en sus eternas esperanzas.

¡Ó engaño! ¡ó miseria! ¡ó mortales enemigos de vosotros mismos y víctimas de un loco error! ¡Qué no pudiese yo arrancar de vuestros corazones vuestros ídolos favoritos, y abriros con la verdad los ojos! Yo envolveria en el sudario esos títulos, esas dignidades, esas riquezas, con el mortal que en ellas se confia, y os le mostraria baxando á las regiones subterráneas donde todo vá á sepultarse para siempre. En ellas condenada la humanidad á una noche y un silencio perpétuo, no solo es una yerta sombra, sino que la muerte no abandona su presa hasta haber disipado el mas mínimo rastro de ella. Esperad un poco, y en breve vereis desaparecer los cuerpos

de los sepulcros , sin quedar otra cosa en todos ellos que un asqueroso polvo.

Mas salgamos , salgamos de estos lugares espantosos que amenazan ruina por todas partes ; demos á nuestro afecto un fundamento mas sólido , y tengámonos por dichosos de poder, enmedio de tantos objetos percederos, acogernos dentro de nosotros mismos , y hallar allí alguna cosa contra la que sean impotentes los golpes de la muerte.

Desde el primer momento de nuestra existéncia ha marcado aquella con su sello una parte de nosotros mismos , y tarde ó temprano hará valer sobre ella sus derechos; pero tambien ha colocado Dios en nosotros un principio imortal de sentimientos y de luces que debe volver á su seno. ¡Ricos ó pobres, grandes ó pequeños! tal es nuestro doble destino.

Desapareced , pues , ¡ ó distinciones pasajeras! por medio de las quales pretenden los hombres , abatiendo á sus semejantes , engrandecerse mas, como si careciesen de una verdadera nobleza ! Aprehendamos á conocer nuestra naturaleza, y pensemos de un modo conveniente á su dignidad : enlazennos á los infelices como á hermanos nuestros , las miserias comunes de la humanidad ; y pues que igualmente que nosotros, son llamados para tan altas esperanzas , respetemos en ellos lo que nosotros mismos tenemos de grande y respetable.

¡ Ah! ¡si olvidándonos por desgracia de nuestro destino , no fuese qual debiera nuestra conducta , y se convirtiese la inmortalidad que corona todos los bienes haciéndoles perpétuos , en el mayor de los males, eternizando nuestra miseria..! Pero no

quiero hablar de esto, amados fieles míos, y la censura de vuestro corazón, mas fuerte que la que yo pudiera hacer, justifica nuestro silencio.

Hondamente penetrados de nuestro divino origen, que es la prenda de nuestro destino futuro, conozcamos desde ahora lo que un día seremos, y sobrepongámonos aún á la misma vida. Seméjante á los lugares elevados donde alumbra un sol clarísimo, miéntras que serpean los relámpagos, y retumba el trueno por baxo de ellos, el alma elevada sobre el mundo, y que retiene en sí un destello de esta luz celestial, menosprecia las tempestades de la vida, y espera serena su última hora.

¡Oh muerte, destructora inexorable! acercate; ven á romper los mas estrechos lazos; yo te veré llegar sin que me amedrente tu guadaña, y

aún entónces mismo exclamaré : ya no existe este objeto querido de mi corazón ; pero enxuga mis lágrimas la idea de que miéntras hollan los hombres sus cenizas , vive el alma que las animaba, en el seno de Dios, y habita la mansion de las ternuras eternas y de la felicidad perpétua.

Ved aquí, oh cristianos que nos escuchais, nuestras esperanzas, nuestros títulos , nuestro soberano bienhechor. ¡Qué hymno, qué cántico de agradecimiento no debemos entonar en loor suyo ! Védnos aquí Señor , digamos todos juntos , védnos aquí: un poco de polvo y no mas somos, agitado por el viento ; pero Dios ha desplegado en medio de nuestra misma debilidad su poder , se ha acordado de nosotros , y nos ha hecho poco menores que los Ángeles. ¡Ah! ¡qué no tuviesemos el santo fuego de estos para ensalzarle y alabar-

- le dignamente! Pero ya que nos falta éste, *bendigan al ménos nuestras almas al Señor; y unanse todas nuestras potencias y facultades para alabar su santo nombre, y darle gracias de que rescata nuestra vida de la muerte y derrama á manos llenas sobre nosotros sus misericordias. ¡Benedicid á vuestro Criador, Sol, Luna, y hermosos astros que comunicais vuestra luz al universo! ¡Benedicidle vosotros, poderosos Ángeles suyos; exércitos de su celestial milicia, ministros escogidos, y fieles executores de su voluntad! Reyes, Pueblos, Grandes y Jueces de la tierra; mancebos, doncellas, ancianos y niños, venid todos á ensalzar su nombre, porque solo él es el que por sus maravillosas obras debe ser engrandecido en todo el universo! ¡Bendigan al Señor por do quiera que se estienda su imperio, todas sus criaturas! Pero sobre todo, ¡oh alma mia! ¡nunca ceses*
- Ps cii, 1.
- Ibid. 4.
- Ibid 20.
- Ps cxlviii. 11.
- Ps. cii, 22.
- Ibid 2.

de alabarle y darle bendiciones, por los grandes beneficios que tienes recibidos de su piadosa mano! ¡Alma mia, bendice al Eterno! ¡Alma mia, bendice al Eterno! Amen.

XX

SERMON XI. (*)

SOBRE EL AMOR DE DIOS

MANIFESTADO EN NUESTRA

REDENCION.

Tanto amó Dios al mundo que dió por él su Unigénito Hijo, para que no perezca quien creyere en él, sino que consiga la vida eterna. Joann. cap. iii. vers. 16.

EXORDIO.

Act. xiv, 16.

¿Qué lengua será capaz de explicar dignamente cuán grande deba de ser en este dia el júbilo de los fieles, cuán tierno su agradecimiento, cuán afetuosas sus acciones de gracias? Verdad es que á cada paso se descubre la benéfica mano de Dios dispensándonos numerosos bienes, y que

(*) Predicado en un dia de Pascua.

por lo mismo todos los tiempos son unos para celebrar sus favores; pero ¿hay ninguno entre estos tan señalado como la venida del Salvador al mundo? Así es que tiene la Religion consagrados particularmente estos dias para celebrar la memoria de tan inefable beneficio, y hoy se entona en la Sion sagrada una voz general, y por todas partes se repiten estas palabras de alegría: *el niño nos ha nacido; Cristo nos ha sido dado.* Is. ix, 6.

Y pues que hemos acompañado; oh cristianos! con nuestros himnos los de la Iglesia universal, y tomado parte en esta sagrada fiesta, contemplémosla con reflexiones importantes sobre el grande objeto que nos recuerda. Con esta mira hemos escogido las palabras que acabais de oír; palabras muy conocidas por su excelencia, y por las que nos descubre el mismo Autor de la Reden-

cion todo su misterio. *Tanto amó Dios al mundo, que sacrificó por él su Unigénito Hijo, para que no perezca quien creyere en él, sino que consiga la vida eterna.*

DIVISION.

Por ellas vemos claramente manifestadas (1°) los paternos desig-
nios de Dios para con los hombres: esto es, *que no perezcan, sino que consigan la vida eterna.* (2°) El medio de que se valió para realizarlas, *dando por ellos su Unigénito.* (3°) La causa de este don tan inestimable: *tanto amó al mundo.* (4°) La condición que nos está prescrita; *el creer en su Unigénito.*

Tal es el orden que observaremos en nuestras reflexiones. Oxalá correspondan con las intenciones del que habla, los corazones de los que le escuchan; y unas y otros con los fines de la solemnidad que nos reúne, con la voz de la Religión que

nos llama , y con los designios de Dios por nuestra salud. *Amen.*

Si entrándonos dentro de nosotros mismos , exâminamos cuidadosamente la economía de nuestra naturaleza , con facilidad descubriremos las benéficas intenciones de Dios para con el hombre. Bien así como quiso nuestra felicidad temporal, dándonos la facultad de conocerla y los medios de gustarla , quiso tambien nuestra felicidad espiritual, enriqueciendo nuestra alma con los mas bellos dotes , y dispensándola el conocimiento de su Criador , el discernimiento del mal y del bien, y el amor del orden y de la sabiduría.

Mas no solo discierne el hombre el bien , sino que le ama , y halla, en executarle, la felicidad : por consiguiente conoce el mal , le odia , y labra con el vicio su desgracia. Si se

introduce el desorden en su corazón, los remordimientos se lo advierten para que aplique el remedio; así bien como el dolor le avisa de la enfermedad que aflige al cuerpo, para que busque su alivio, y recobre la salud con los medicamentos.

No basta él que el hombre no padezca, ni consigo lleve la pena de sus extravíos y sus vicios, sino que Dios le llama además á la felicidad, no tal qual la anhelan la mayor parte de los mortales, sino la mas adecuada á su naturaleza, la mas completa, la mas pura que cabe en sus facultades y potencias; una felicidad, en suma, que los principios que la forman en esta vida, la aseguran y hacen durable por toda la eternidad.

Para ello puso Dios en su alma este germen de grandeza, ésta elevacion de pensamientos, ésta insacia-

bilidad de bienes , éste deseo de gloria, éste instinto de la inmortalidad, que le son tan particulares. Por estos rasgos característicos reconoced á el hombre , y por la excelencia de su naturaleza venid en conocimiento de los paternales designios de Dios para con él. Dichas en la vida presente , y felicidad eterna en la venidera, tal era su patrimonio natural, y el privilegio de su inocencia.

Pero ¡ay! Á poco un fatal abuso de su libertad le despojó de él , y causó su perdicion. Introduxóse la perversidad en el corazon humano, obscureciéronse progresivamente las luces naturales, olvidaróse los verdaderos principios de la moral , el vicio y la virtud se hicieron problemáticos, el culto del corazon fué substituido por vanas ceremonias, domináronlo todo las mas vergonzosas pasiones , una grosera ignorancia

arraigó mas y mas los vicios, y para complemento vióse por todas partes una deplorable supersticion, que desconociendo al verdadero Dios buscaba anhelosa en sus menores obras Dioses dignos de ella.

De este modo se subtrajo el hombre á las leyes de su Criador, en quanto puede una criatura hacerlo; y dexando de ser el homenaje correspondiente á la soberanía, el reconocimiento á los beneficios, y al imperio la sumision, extendióse y dominó orgulloso por toda la tierra el mas espantoso desórden.

¡Quán distantes estaban entonces los hombres de su glorioso destino! No hablo de la pena positiva en que incurriéron por tan manifiesta rebeldia: considero el vicio en sí mismo, y descubro en él aquel principio de perdicion y muerte, que tan funesto hace el estado del pecador.

Sí , queridos fieles : el pecado es la muerte del alma; porque así como debemos nuestra exístencia á Dios, solo de nuestra union con él podemos esperar la felicidad. Y *siendo sus ojos demasiado puros* , como dice un Profeta, *para ver el mal*, debe el pecado apartar á el hombre de su Dios y hacerle desgraciado y miserable, puesto que le roba el principio de su verdadera vida y el fundamento sólido de su felicidad, desordena todas sus potencias , turba su economía, destruye el resorte de la vida, y convirtiendo el alma, en que reyna, en un cadáver espiritual , una substancia degenerada , un objeto de aversion y disgusto , no la dexa producir sino frutos que participan de su corrupcion , y *obras muertas*, como ella.

Habac. 1, 13.

Heb. ix, 14.

Ved aquí , amados mios , como debemos considerar el pecado : ved

aquí su fealdad , ved la degradacion que causa en el alma , y la vileza y los males en que la sepulta y abisma.

Mas ¡ah! si solo hubiese decaido el hombre de su inocencia por algunas debilidades , aún habria podido levantarse por sí mismo de su caída , y mas poderosa que el mal, hubiera atajado la naturaleza sus progresos , y recobrado la perdida salud. Pero el pecado es semejante al orin , que aunque al principio parece no pasar de la superficie , y ser leves sus manchas , muy luego cunde , corroé , y acaba por alterar de todo punto el cuerpo en que se ha fixado.

¿Quién sanará , pues, esta alma, herida mortalmente por el vicio? ¿quién restablecerá en ella la imágen de su Dios desfigurada , ó casi destruida por el pecado ? No : no basta para ello todo el poder humano , y

solo á su Criador es dado el levantarla y repararla.

En efecto, desde lo excelso de su trono echa una mirada paternal sobre esta tierra miserable, y contemplando la suerte de los hombres, se representa de una parte la gloria á que les tenia destinados, y de otra el oprobrio, en que están sumidos; la felicidad para que les criára, y todas las desgracias y males que ahora les afligen. ¿Y dexará que perezca sin remedio su obra predilecta? No; no cabe esta resolucion en sus entrañas compasivas: primero apurará todos los recursos, tentará los últimos medios. Toda su omnipotencia va á unirse con todo su amor para salvar al mundo, y á este fin *envia su Unigénito Hijo.*

En los beneficios ordinarios que dispensa la benéfica mano de Dios

II. PARTE.

á los hombres , la vemos seguir las leyes generales y uniformes que tiene prescritas ; leyes fundadas sobre su bondad, y cuyas emanaciones son otros tantos nuevos favores. De este modo nos comunica diariamente el sol su luz , se renuevan con las estaciones las producciones de la tierra , y hallan nuestras necesidades siempre repetidas continuos medios de satisfacerse en los inagotables tesoros de la Naturaleza, bastando este maravilloso orden una vez establecido en el universo , para que cojan sus frutos de una edad en otra las criaturas que le habitan.

Pero todo sale de la regla sencilla y uniforme en el distinguido beneficio de la Redencion. Entónces ya no emplea la Providencia los medios quotidianos y comunes , sino unos acaecimientos sin exemplo , y su proceder es en todo extraordinario

y admirable : dexa de ser su ministro la naturaleza , y obrando inmediatamente por sí misma , dá un golpe de poder , y asombrada la tierra , reconoce el de Dios.

Y ved aquí lo que se observó de un modo tan visible en la venida del Salvador al mundo. Varias veces habia enviado Dios á los hombres mensajeros celestiales para declararles sus designios ; pero estos tenian por único objeto un solo pueblo , y aún á las veces un solo hombre , siendo por consiguiente temporáneos y de una importancia limitada. Pero en aquella se dirige Dios al mundo entero , como que se trata de establecer una ley univesal , de redimir al género humano , y de unir á la eternidad el tiempo por lazos de amor , de caridad , y de misericordia.

Por lo mismo debe estar investido el Enviado de una dignidad

correspondiente á las grandes funciones de su ministerio ; y para tal es escogida la primera de las Intelligencias celestiales , el hijo del Eterno Padre , *su hijo unigénito* , como dice la Escritura , no tanto para expresarnos lo que es en sí mismo y en su origen el Salvador del mundo , como para demostrarnos su íntima union con Dios , y lo que es con relacion á nosotros : es decir , el Sérmas á propósito por su excelencia , para desempeñar cumplidamente su divina mision , y de consiguiente el digno objeto de nuestra confianza , nuestra sumision y nuestros homenajes.

Mas aunque descendiente de la sangre de David , dexa para el orgullo de los Reyes la pompa exterior , de que se rodean , para exígir el respeto , y hacer olvidar que son hombres ; y no solo desprecia su ce-

lestial magestad todo el fausto mundano , sino que se humilla hasta el punto de escoger por cuna un pesebre , por domicilio las aldeas , los lugares públicos, los desiertos y por patrimonio la pobreza. Efecto admirable de una singular elevacion, que no se desdeña de abatirse , y que nunca aparece tan patente como quando triunfa sin esfuerzo alguno de una condicion tan arriesgada y miserable. Tal es el presente que envia Dios al mundo.

En él habia esparcido densas tinieblas la ignorancia , y Jesucristo las disipa , derramando á manos llenas la luz entre los hombres. Á medida que se adelanta en su carrera este *Sol de Justicia* , se desvanecen los errores , bien así como las sombras quando se acerca al cenit el astro benéfico del dia. El coloso de la supersticion cae derrocado , y que-

dando sentadas por una mano divina las grandes verdades de la existencia de una Providencia , de la inmortalidad del alma , del juicio futuro , recibe con ellas la moral su mas seguro y firme apoyo.

Los vicios , funesto efecto del error , tenian infestada toda la Sociedad. Jesucristo despues de haber ilustrado el espíritu , corrige las costumbres , y sirviéndose de su profundo conocimiento del corazon humano para moverle por sus mas queridos intereses , desarraiga de él el pecado , como el principio de sus mayores males , y sobstituye en su lugar la virtud , como el fundamento mas sólido de su felicidad.

Considerando al hombre en sus mas estrechas relaciones con Dios , con el próximo , y consigo mismo , le prescribe la piedad , la justicia y la templanza como el sumario de

esta virtud y la condicion indispensable para esta felicidad , cifra en la caridad la perfeccion de la justicia, y endereza hácia el bien comun todas las afecciones particulares , estrechando mas y mas de este modo los lazos de la Sociedad, y haciendo de todas las Naciones una misma familia , y de todos sus individuos unos verdaderos hermanos.

Pero sobre todo , habiendo decaido el hombre de su primitivo estado y nobleza original, y hechóse por consiguiente viles sus inclinaciones , y su vida mundana y disipada , le llama de nuevo Jesucristo á su primer destino , y le manifiesta su celestial origen, y el fin á que debe aspirar.

¡Levántate, oh mortal! ¡sal de ese abatimiento vergonzoso! ¿Hasta cuándo te ignorarás á tí mismo? ¿Recibiste del cielo el entendimien-

to, para apagarle en una vil sensualidad? ¿ Está dotada tu alma de la inmortalidad, para alimentarse de vanos y caducos objetos? Mira que el tiempo huye, que debes caminar hácia la eternidad, ocuparte en otros objetos que los de este mundo, y referir á Dios tus pensamientos. Observando sus leyes, le honras y adoras, y yo mismo te enseñé el camino, pues que si tomé carne humana, ha sido para caminar delante de tí, y *alumbrar al que está en las tinieblas, y enderezar sus pasos por el camino de la paz.*

LUC. I, 79.

De este modo nos da Jesucristo con las lecciones el exemplo, y nos las da, teniendo que sufrir por ello quantas contradicciones, ultraxes, y males puede suscitarle el pueblo mas bárbaro é indocil. Pero no importa: á pesar de todo sigue la obra comenzada, y despues de ha-

ber consagrado su vida á la salud del hombre, le consagra tambien su muerte.

Sí, amados míos. El Evangelio nos presenta la muerte de Jesus como el dechado mas perfecto de las virtudes mas difíciles, y como el testimonio á un mismo tiempo de nuestra reconciliacion con Dios, y la prenda mas cierta de su elemeucia eterna.

Así, Cristo nos ha sido dado por su Eterno Padre, como sabiduría, justicia, santificación y redencion. Dios nos le ha dado, pero baxando del seno de la gloria para revestirse de nuestra carne mortal, y participar de nuestras miserias. Dios nos le ha dado, pero brillando entre nosotros con una luz toda divina, manifestándonos nuestros errores, purificándonos de nuestros vicios, enriqueciéndonos en nuestra miseria.

I. Cor. xv, 55. Dios nos le ha *dado*, pero arracando á la muerte su aguijon, quitando á él sepulcro su victoria, saliendo de él glorioso, y por su resurreccion demostrando la nuestra, y confirmando su divinidad. Dios nos le ha *dado*, en fin, pero dexando lleno de gloria este valle de lamentos, subiendo á su celestial morada, llevando atado el mundo á su carro, dándole parte en su triunfo, y arrastrándole consigo á la mansion segura de la felicidad.

Y en vista de esto ¿no califica con razon el Salvador del mundo en nuestro texto de *don*, de beneficio su divina mision? ¡Ah! si miramos como grandes favores algunas pequeñas ventajas que graciosamente nos conceden nuestros semejantes, algunas gracias frívolas, que son únicamente un testimonio corto y pasagero de su benevolencia con noso-

tros , ¡con cuánto mayor motivo no debemos tener por un beneficio, un don inestimable de Dios hecho al género humano , aquel *Unigénito Hijo* , en cuya posesión están contenidas todas las cosas! ROM VIII , 21.

Tal es el medio empleado para nuestra salud. Dios ha enviado al mundo su *Unigénito Hijo*, dice la Escritura : ¿ Y qual es el principio de tan grande don ? El amor. *En tan gran manera amó Dios al mundo, que le dió su Unigénito.*

No siendo la vida del hombre otra cosa que un tejido de inconse- III. PARTE.
qüencias , de miras interesadas , y artificios, no puede su conducta abonar siempre sus sentimientos, y aún sus mismas virtudes son á las veces sospechosas , y lazos verdaderos sus beneficios. Mas en el Sér perfectísimo todo es consiguiente , todo ar-

mónico, y entre los actos por los que se da á conocer, y el principio que les determina, reyna una fiel conformidad; y bien así como el arroyo denota un manantial, las gracias manifiestan en Dios el fondo de amor de que dimanan.

Y ved aquí ya el gran principio que ha obrado nuestra creacion, la virtud de quien ha tomado vida todo quanto respira, y por quien todo se conserva. Ni es otra cosa la Providencia general, que este mismo amor aplicado á mantener la exístencia y armonía de todas las obras de la naturaleza, pudiéndose decir de la particular que es una explosion de este mismo amor, que demasiado vivo y ardiente para contenerse en las reglas universales, se manifiesta de un modo especial en favor nuestro segun los tiempos y las circunstancias.

Sostengan otros en buenhora los

derechos rigurosos de la Divinidad: demuestren que su suprema independencia nada debe á el hombre ; que podia haberle dexado en la nada, de donde le sacó su poderosa mano , y decaido despues de su divino origen, cargado de delitos , lleno de miserias, quedarle justamente abandonado en este estado deplorable. Ministro del Dios de gracia y de piedad, yo no le representaré hoy sino baxo los rasgos con que se ha dado á conocer , celebraré su naturaleza sumamente bienhechora , y las paredes de este Templo resonarán con los testimonios de su infinita misericordia.

Sí, Cristianos : tal es el atributo con que se nos pinta Dios á si mismo en las palabras que hemos referido , y de ese modo quiere sin duda que le contemplemos. Á la vasta extension de los cielos , á las in-

numerables obras de su gloria y poderío dexa el que asombren, que pasmen, que confundan nuestro entendimiento, y poco zeloso de nuestra admiracion se dirige solo á nuestra sensibilidad, nuestro agradecimiento, tendiendo, digamoslo así, un denso velo sobre las demas perfecciones de su sér, para no desplegar sino su clemencia, su paternidad, á fin de que en ella le vean todo entero, y le hallen todo caridad, todo amor. Y como si su felicidad, bien que inalterable, pudiese recibir algun menoscabo de parte de nuestra miseria, nada perdona para sacarnos de ella, siendo las afeciones mas vivas del corazon humano un emblema de sus ternezas, y pintandonos sus poderosos efectos el mas asombroso sacrificio de que cabe idea en el hombre.

Con efecto, él es un Padre que

gusta en la comunicacion de su *hijo único* quantas delicias lleva consigo tan tierna relacion ; hijo que digno en un todo del amor de su padre, le corresponde con un entero rendimiento , y á quien sin embargo entrega éste á la muerte por salvar al mundo. El heredero se sacrifica por extraños , el hijo legítimo por los adoptivos, el hijo predilecto por infieles y desagradecidos. Ved aquí el Dios de la Redencion , el Dios del Evangelio, el Dios de los cristianos. *Tanto amó Dios al mundo que dió por él su Unigénito Hijo.*

¡Ó caridad suprema! ¡amor perfectamente generoso! ¡Quales eran nuestros méritos para con Dios! ^{Tit. II, 13.} ¿*en qué tiempo se apareció su gracia?* Justamente en el tiempo , en que si eran mayores nuestras necesidades, ménos la mereciamos : en que desconociendo la perversidad del hom-

bre toda ley , solo se complacia éste en sí mismo, justificando mas y mas de este modo por su orgullo todo abandono de parte de un Dios, cuyo imperio supremo parecia menospreciar altamente. *Quando eramos insensatos* , dice San Pablo , *rebeldes, en extremo malvados , dignos de odio , y enemigos unos de otros , entónces mismo se manifestó el amor de Dios para con los hombres, y nos salvó segun su misericordia, derramándola con mano liberal sobre nosotros.*

Ad Tit III, 3-5.

Si nunca resplandece tanto el mayor de los afectos humanos como quando intenta vencer por multiplicados beneficios la ingratitud y la dureza que se le opone ; si es tan poco comun aún entre iguales semejante generosidad ; y si, como dice la Escritura, *apénas se ve que muera un hombre por su bienhechor* , ¿cómo se podrá encarecer la conducta de

Ad Rom. v , 7.

Dios para con los hombres, tan poco merecedores de ella, y quien estará bastante *arraigado en la caridad*, segun la expresion de S. Pablo, *para sentir y pintar la largueza, la longitud y la profundidad de la que nos ha manifestado Dios por medio de Jesucristo, muriendo por nosotros, que no eramos mas de unos miserables pecadores?*

Ad Eph. iii,
17.

Ad Rom. v, 8.

¡Oh prodigioso y excesivo amor! Aún parando solo la consideracion en la vida presente, ¿de qué felicidad puede gozar el hombre, quando reyna en su alma el envilecimiento, en su conducta el desórden, y la turbacion y los remordimientos en su conciencia delinqüente? Este tal estado es un infierno anticipado, en que el vicio nos abisma y sepulta. ¿Y no es darnos una nueva vida en cierto modo, y hacernos otra vez nacer para la felicidad, el volver la tranquilidad á nuestra alma arreglando

nuestras costumbres , y santificando nuestra vida ? Pero aún no satisfecho con librarnos de la miseria en este mundo , arracándonos del pecado que es de donde dimana , nos exime Dios por medio de Jesucristo de la pena que nos esperaba en el otro.

Ad Rom. vi,
23.

Pero aún hay mas. *El estipendio del pecado es la muerte , y el don de Dios la vida eterna.* Si nos hace este Padre amantísimo participantes de su santidad , es para hacernos participantes de su gloria , y soberanamente felices por los siglos de los siglos , por toda una eternidad , siéndole necesario á su divino amor este vasto campo , esta infinita duracion , para exercerse plenamente con nosotros , y desplegar su inagotable actividad.

Así que , ora considéremos nuestra vida terrenal , ora la espiritual ; ora nuestro cuerpo , ora nuestra alma ; ora el tiempo , ora la eternidad , de

todas partes nos ciñe , nos penetra el amor de Dios por medio de Jesu-
cristo ; y alumbrándonos con su luz
los rayos de este sagrado amor , y
enardeciéndonos con su fuego , co-
munican á nuestra naturaleza algu-
na parte de la excelencia divina , y
de la suprema felicidad.

¡Ó amor universal , que en tu
extension abarcas toda la posteridad
de Adan ! Todos nosotros somos
obra de Dios , el mismo barro for-
ma nuestro cuerpo , el mismo soplo
le ánima , el mismo deseo de la feli-
cidad reyna en nuestras almas ; y si
los bienes perecederos de la natura-
leza no están repartidos con igual-
dad entre los hombres , para eso
Dios les ha dado á todos un mismo
derecho á los bienes inmortales de la
gracia.

Ya no hay , pues , exclusion para
ningun pueblo , para ningun hombre:

acabó toda predileccion, y hála sucedido una benevolencia general. El amor de Dios se extiende al mundo entero, y por el mundo entero *da su Hijo* querido. Llegaron los tiempos, en que rompiendo su amor todos los diques, se derrama por toda la tierra, y la inunda de bendiciones sin medida. *Ya no hay Judío, ni Griego, ni Bárbaro, ni Escita, ni esclavo, ni libre. Cristo es todas las cosas y está en todos.* ¡Ea pues, ó pecadores, cualesquiera que seáis, en qualquier estado que os hubiere la Providencia colocado, en qualquier rincon del mundo que habiteis, fuesen qual hayan sido vuestros extravíos hasta hoy, acudid y bebed todos en este inagotable manantial de gracias!

¡Oh! ¡qué espectáculo tan agradable ver á los hombres, de todos los paises y todas las edades, convertidos en un pueblo innumerable de

Ad Col. III, II.

hermanos , comprehendidos todos en el mismo amor , y llamados sin excepcion á una comun luz y una comun felicidad !

73 Pero es fuerza abrir los ojos á IV. PARTE. esta luz , y merecer esta felicidad, para lo qual debemos creer en Jesu-
cristo, como nos lo prescribe el Evan-
gelio. *Para que no perezca quien cre-
yere en él , sino que consiga la vida
eterna.*

Toda vuestra atencion , amados
míos, quisiera yo que fixaseis ahora
en este punto capital de mi discurs-
so. Ya hemos visto quanto ha hecho
Dios por el hombre sin mérito nin-
guno de su parte: ¿y no pondrá este
nada de suyo en una obra tan gran-
de , executada solo para su bien y
su provecho? Háenos hecho Dios un
don inestimable y sin igual : con
que para disfrutarle , debemos sin

duda alguna recibirle, y puesto que es su Hijo quien nos le presenta, reconocerle por tal, y creer en su mision divina. ¡Y qué! ¿habrá de consumar la violencia la obra del amor en el Evangelio de la libertad? ¿y no repugnaria á nuestra naturaleza el ser puestos en posesion de la salud á fuerza y como á pesar nuestro?

Recibamos, pues, por la fe á este divino Jesus, como á libertador de los hombres, ministro de la nueva alianza, y mediador entre su Eterno Padre y nosotros. Confesemos con una boca libre, sincera, y diligente su nombre glorioso, como el *único que nos ha sido dado para salvarnos de la perdicion, y grangearnos la vida eterna.*

Act. Apost.
EIV, 12.

Y Mas ¡ay! á vista de los frecuentes extravíos del espíritu humano, de la inconstancia de nuestros vanos deseos, de la violencia de nuestras

pasiones, de la debilidad de nuestras virtudes, ¡qué necesidad continúa no tenemos de una luz segura que nos ilumine, de una regla invariable que nos fixe, de un freno poderoso que nos reprima, de un aguijon santo que nos estimule, de un celestial socorro que nos sostenga! ¿Quién es el que triunfa del mundo, dice S. Juan, sino el que cree que Jesus es hijo de Dios? 1. Epist. v, 5.

Perosin embargo, no nos engañemos, creyendo que basta la fe sin las obras. *Para Jesucristo lo que vale es la fe animada y acompañada de la caridad.* En las obras, pues, está el espíritu de la fe; y bien así como el cuerpo pierde toda su vitalidad y movimiento, y pasa á ser un yerto cadáver, quando se separa de él el alma, del mismo modo *la fe sin las obras es muerta.* Por esto si Jesucristo se declara *autor de la salud,* es Ad Gal. v, 6.
Ep. Jac. II, 26.
Ad Heb. v, 9.

- únicamente para los que le siguen y obedecen. ¿Y qué es lo que nos manda, y prescribe? Que renunciemos á las pasiones mundanas, y vivamos en este siglo sobria, justa y religiosamente.
- Ad Tit. II, 12.
- Ibidem 11. Ved aquí lo que nos enseña esta gracia manifestamente aparecida: ved la religion pura y sin mancha ante Dios nuestro Padre.
- Ep. Jac. I, 27.
- Ad Rom. VI, 11. Sabed, pues, dice San Pablo, que estais muertos para el pecado, y vivos para Dios por Jesucristo: palabras que debemos meditar detenidamente. Otras veces yaciamos sepultados y muertos en el pecado, y ahora estamos muertos para él, ó por mejor decir, ha muerto el pecado en nosotros, y estamos vivos para Dios por Jesucristo; esto es, unidos por medio de Jesucristo á el principio y fuente de toda vida, consagrados por la virtud de su ministerio á la vida santa que Dios exige de

nosotros , y á la felicidad eterna, que es su recompensa.

Nosotros no podemos ya eximirnos de esta deuda contraida , y en virtud de ella se ha hecho la santidad para el cristiano una obligacion rigurosa , un empeño sagrado.

Y bien sabeis , amados mios , que terrible suerte anuncia el Evangelio

á los que *despues de haber recibido el* Ad Heb. x, 26.

conocimiento de la verdad, se entregan voluntariamente á el pecado. ¿Y cómo se librarán de ella ? pregunta S. Pa-

Ibid. II. blo. ¡Estremecete , ó pecador, y vuelven tí , porque este es el término fatal de las misericordias!

Pero este dia es un dia de gracias : las palabras que os anuncio, son palabras de caridad , y no quiero helar con el temor los corazones que debe abrasar el amor divino con sus dulces llamas. Sí , amados mios: la voz del amor es la que emplea la

Religion para atraernos , y á ella debemos responder con el amor.

Bien concibo yo que para los corazones tibios y duros pierde esta divina antorcha su mas fuerte ascendiente , su mas dulce embeleso. Caridad , beneficios , compasion , misericordia , promesas , tal es su language: todo habla en ella al corazon , todo le conmueve , todo le deleyta. Ella es un desahogo continuo del amor de Dios , y para el hombre tierno y afectuoso un exercicio quotidiano de gracias y reconocimiento. Y siendo la sensibilidad la llave del corazon humano , ¿qué no podrá obrar en nosotros , tan poderosamente excitada por la Religion! Así es que el amor divino se hace en una alma santa el principio mas fecundo de virtudes , y el mas eficaz remedio contra el vicio.

Así ¡oh cristianos! quando peca-

mos , ya ha desalojado nuestro co-
razon de sí el amor de Dios. El pe-
cador es á un mismo tiempo duro
consigo mismo, rebelde á la ley, in-
grato á el amor ; y ó no se acuerda
ya de los beneficios de su Criador,
ó se acuerda con tibieza , de modo
que es su caída obra toda del olvido
ó de la indiferencia.

Amémos á Dios , fieles míos , y
odiarémos lo que él desapruueba , y
hará nuestras delicias lo que le es
agradable. Amémosle, puesto que es
soberanamente amable : amémosle,
puesto *que nos ha amado él primero* :
amémosle , pues que *tanto nos amó* ;
y amémosle, si nos amamos á noso-
tros mismos , pues que este senti-
miento es á una el mas justo y el
mas dulce empleo que podemos ha-
cer de nuestra vida.

Ep. I. Jona. iv.
19.

Pero aún no satisfecho este di-
vino bienhechor con enviar á su

Unigénito, en el tiempo prometido, ha querido renovar entre nosotros hasta el fin de los siglos la imágen de este precioso don , y ahora mismo acaba de representárenos la caridad de Jesus en su último grado. *¡Ó momento aún presente á mi pensamiento!* Sobre ese altar estoy viendo todavía los símbolos de su muerte y de sus sufrimientos , su cuerpo descoyuntado, su sangre derramada por nosotros. *¡Qué espectáculo!* Pero tambien oigo salir de ese cuerpo , de esa sangre una voz que nos clama : *hijo mio , dame tu corazon!* Sufro por tí, ¡y no tendré parte en tu amor! espiro por tí, ¡y destruirás por tu resistencia el fruto de mi muerte ! No ; no te pido que me sacrifiques tu vida , sino que vivas feliz amándome , que respire yo en tu memoria , que anime tus sentimientos, que reyne en tu conducta.

Prov. xxiii,
26.

¡Hijo mio, dame tu corazon! Nuevo Abraham, llamado por mí no á *Morixa* sino á el *Calvario*, paga con un justo agradecimiento mi ofrenda. Sacrifica al pie de mi Cruz esa pasion favorita, ese ídolo de tu corazon. Inmola ese espíritu de venganza, que te inquieta, de sensualidad que te degrada, de envidia que te atormenta, de orgullo que te ciega, de concupiscencia que te tiraniza. Prueba-me tu fe por la obediencia, y tu amor por el sacrificio que te pido. ¡Hijo mio, hijo mio, dame tu corazon!

Á tan tiernas y consoladoras palabras, ¿quién de nosotros, fieles mios, no responderá enternecido: ¡qué! Señor, ¿no es tuyo ese corazon que me pides? ¿no te está ya consagrado de antemano? ¿en cuál otro que en tí podré hallar la dicha y el placer en este valle de lágrimas?

¡Oh Iglesia visible de que soy miembro , asamblea invisible de los *primogénitos* , habitantes de los cielos, á que aspiro ; y tú ¡oh gran Dios! que conoces mis pensamientos mas secretos, sed testigos de mi absoluta sumision y rendimiento!

¡Oxalá acepte el cielo este justo tributo de nuestros corazones! ¡Oxalá que nunca se apague este presente ardor de reconocimiento y de piedad, y segun que ha animado nuestra devocion en este dia, anime á todos , todos los instantes de nuestra vida! *Amen.*

S E R M O N X I I .

S O B R E L A F A L S A C O N F I A N Z A

Q U E I N F U N D E L A P R O S P E R I D A D .

Quando estaba en el colmo de la prosperidad , orgulloso y desalunbrado me decia á mi mismo: en mí no habrá mudanza. Psalm. xxix, vers. 7.

Grandes son los riesgos y numerosos los peligros que acompañan á la prosperidad. Seguida por lo comun de amarguras é inquietudes, estimula las pasiones con la facilidad de satisfacerlas; excita la envidia, la sátira, la calumnia; hace de los placeres un hábito que nos debilita y apoca; apetece la adulacion, y rehuye la verdad; aumenta la irrita-

Exórdio.

bilidad del amor propio, y hace mas sensibles los pesares.

Pero de quantas tristes consecuencias acarrea este estado , ninguna es tan temible como la fatal impresion que hace en el corazon. Los enemigos exteriores que la cercan, son nada en comparacion de otro que lleva siempre el hombre feliz consigo , y es la misma felicidad de que disfruta. Crece con la abundancia el orgullo del mundano , y engriese con una larga prosperidad. Esta es la historia del mundo : esta la de un gran Rey , cuya inconstante suerte , faltas , y arrepentimiento os han sido mas de una vez presentadas para vuestra instruccion; y ved aquí sus propias palabras, que he escogido por tema de mi discurso: *Quando estaba en el colmo de la prosperidad , orgulloso y desalumbra- do me decia á mi mismo; en mi no habrá mudanza.*

Bien conoceis , amados mios, que se habla aquí de aquella falsa confianza que infunde la prosperidad , y para que podais precaveros de ella, voy (1°) á exponer en pocas palabras algunas de las señales que la dan á conocer : (2°) descubriros las causas que la producen : (3°) haceros sentir su criminal gravedad, y ningun fundamento : (4°) y ofreceros por último algunas saludables máximas , de que podreis serviros con fruto.

Estadme pues atentos; y acogiendo benignamente mis palabras, cuidado de mantener y fomentar la saludable impresion que hagan en vuestros corazones: y oxalá con ellas consiga yo santificar la prosperidad de los unos , y por la exposicion de los peligros que la cercan y acompañan, hacer mas llevaderas á los otros sus desgracias. *Amen.*

I.^a PARTE.

No creais, fieles míos, que debe solo darse el nombre de prosperidad á aquel estado raro, compuesto de la posesion de todos los bienes y la reunion de todas las ventajas, que puede el hombre disfrutar en este mundo. Hay pocos que lleguen á este grande auge; y no se necesita tampoco de tan alta fortuna, para que sean temibles sus consecuencias. Igualmente se ha de decir que gozan de prosperidad las personas de sobradas facultades, á quienes facilitan estas los medios de subvenir á sus necesidades y caprichos, y procurase aquellas conveniencias que contribuyen á hacer mas agradable la vida. Quanto mayores son las facultades, tanto mas fáciles su abuso, y mayor la dificultad de evitar sus lazos y asechanzas.

Bien sabemos, y lo confesamos con un santo gozo, que hay perso-

nas en esta iglesia , que dotadas de una piedad sólida y una vigilante razon , están en arma contra las funestas conseqüencias de la prosperidad : que las hay que en el colmo de la fortuna conservan aquella sencillez de costumbres, aquella humildad , aquellas virtudes , que parecen ser fruto de la adversidad. Pero son por desgracia poco comunes estas excepciones ; y todos pueden fácilmente notar que el orgullo , que suele siempre andar con la miseria, es tambien uno de los no menores escollos de la prosperidad.

Mirad sino á ese mortal, á quien alhaga risueña la fortuna , y observareis quán vano y orgulloso se manifiesta hasta para consigo mismo. Sobre sus labios se ve asentada la confianza , en sus miradas se la advierte, y todo su exterior la está denotando. La modestia que tan bien

dice en todos los estados , le parece un sentimiento poco digno del suyo, y propio solamente de la pobreza. Su aire desafia á la desgracia , é insulta al parecer á el infelíz ; y en su loca ceguedad , contemplando esta tierra como una deliciosa mansion en que debe habitar eternamente, exclama á vista del oro: *en tí tengo puesta toda mi confianza , y nada se resiste á tu poder.*

Reyne Dios en buen hora en los cielos , y sea desde ellos el pródigo dispensador de todas las gracias , pues basta el que se oculte su mano generosa , para que le desconozca el poderoso , y deslumbrado del orgullo que le domina , se precipite de un desierto en otro , olvidándose tanto mas de sí mismo, quanto se hace el centro de todos sus deseos , y dando de este modo á el sabio con su vanagloria un espec-

táculo mas lastimoso que el de la misma desgracia.

Si me pedís , amados míos, que os ponga á la vista las causas ocultas de este vicio , pasaré desde luego vuestra consideracion en los desaciertos del amor propio. Parece que del seno de la prosperidad salen vapores que deslumbran , que fascinan al mortal feliz sobre las ventajas de que se gloria. En vano ciertamente debe á el acaso su distinguido nacimiento , y á una suerte feliz , ó á la industria de sus antepasados sus riquezas, pues que compone sus méritos de todos estos títulos prestados , y se atribuye á si mismo el lustre y esplendor que de ellos le proviene.

II. PARTE.

De aquí nace el imaginarse luego que solo á si propio es deudor de las distinciones que obtiene ; y tal

vez en vista de los respetos que por ellas le tributa la sociedad , poco le falta para que se tenga por un sér de otra clase que todos los demas. Desde entónces solo existe ya en su fortuna, se confunde, digamoslo así, con los bienes de que goza, se admira en su propio lustre y nobleza , se estima por ésta, y queriendo únicamente deslumbrar á los otros , se alucina á si mismo.

2.º Á los desaciertos del amor propio se agregan los extravíos que traen consigo los placeres. En todas las situaciones de la vida tiene el hombre abierto su corazon á las alhagüañas seducciones de estos; pero mas que nunca en la prosperidad le tienden mayores asechanzas, de modo que sin que se les busque, se presentan de suyo , reuniendo á sus encantos su destreza , para hacer mas seguro su poder , y manteni-

do su actividad con alicientes siempre nuevos. Conviértese en una existencia habitual la vida de los sentidos , y embebido todo en sus goces, fixa en ellos el voluptuoso toda la sensibilidad de su corazon. *Bien estamos aquí* , dice en su delirio: *coloque- mos en este sitio nuestros tabernáculos. Bastantes riquezas has juntado, ó alma mia , para muchos años : descansa ya , come , bebe , y regalate.* De este modo se adormece con el dulce language del deleyte , y entre la risueña perspectiva de los nuevos placeres que se le preparan.

3.º Añadid á las causas que dexo expuestas, la disipacion que es consiguiente á la vida del mundo. ¡ Ah! Si en la mas sencilla y retirada halla el hombre grandes dificultades en verse descubiertamente y sin rebozo, y bien que ningun objeto le impida ni distraiga de su vigilancia, se hace

sin embargo no pocas veces desconocido á su propio corazon , ¿ qué será de aquel á quien acompaña la prosperidad , y con ella todos sus encantos ? Para él las ocasiones favorables se anticipan á sus deseos, el mundo se reviste de mil formas diferentes , ya para vencer su indiferencia , ya para excitar sus pasiones, ya para impedir sus disgustos, y apenas le sobreviene algun daño, quando es al momento reparado , consolándole un bien de la pérdida del otro. La imaginacion, á la qual sola deben casi toda su vivacidad los placeres , prolonga su duracion , se complace en sus memorias , se entretiene con nuevos proyectos , y en suma, la idea de las diversiones llenan los intervalos que hay en ellas.

¿Quién en este torbellino tan recio disipará tan ruidoso enxambre de preocupaciones? Apartaos , ó re-

flexiones serias , razon importuna: dirigid á otra parte vuestras quanto tristes severas lecciones. Aún falta tiempo para oiros , ni está dispuesto ademas á favor vuestro el corazon.

Así es como evita una disipacion perpétua los consejos de la experiencia y la sabiduría, impidiendo que atienda y reflexione el alma sobre los acontecimientos exemplares, que podrian hacerla entrar en sí; y no siendo las vicisitudes de la vida, que de tan saludable leccion sirven á muchas personas , sino un círculo y una variada sucesion de placeres, le infunden una confianza falsa , y una peligrosa seguridad.

4.º Á ello contribuye tambien la sumision y rendimiento de los inferiores. El hombre reducido á un estado miserable , está abandonado á su debilidad, y sufriendo solo todo el peso de sus penas y la importuni-

dad de sus necesidades , su insuficiencia que á todas partes le acompaña , le da lecciones de desapego y humildad. Por el contrario, el estado de abundancia nos encubre nuestra miseria natural ; y la suma facilidad que tenemos de acallar nuestras necesidades , agregada á los medios brillantes que empleamos para satisfacerlas , nos evita la humillacion y nos infunde un cierto orgullo.

Todos descargamos sobre nuestros inferiores una gran parte de los cuidados y obligaciones de la vida. Los que por su necesidad ó interes se sujetan á servirnos , nos imponen de un cierto modo por su misma dependencia, espiando nuestros gustos , y anticipándose á nuestros menores deseos , y nosotros les miramos como los individuos de un numeroso cuerpo que nos pertenece, y

cuyos movimientos rige á su arbitrio nuestra poderosa voluntad. De esta suerte adquirimos, apropiándonos los servicios de los otros, el triste privilegio de ser , sin advertirlo, debiles , limitados, dependientes y miserables.

5°. Los aplausos , por último, de los que nos rodean. Gozad de *prosperidad* , y os atraereis no solo las miradas lisonjeras de la muchedumbre , sino que deseosos de complaceros los que andan á vuestro lado, emplearán para conseguirlo, el artificio de las alabanzas. La verdad os será únicamente presentada por la parte mas favorable, y aún á menudo se la disfrazará para contemporar ó lisonjear vuestro amor propio; y las faltas de vuestra conducta se ocultarán á los ojos de vuestros admiradores , bien así como se encubren las manchas del sol entre los

torrentes de su luz.

Las pretensiones mas irregulares , la ostentacion mas vana parecerán dictadas por el buen gusto , y no solo correspondientes á vuestra distinguida clase , sino tambien autorizadas por el uso y la costumbre. Adoptaránse ya por interes , ya por vanidad todos vuestros pensamientos , y se tomarán por norma y modelo vuestros antojos. Las frecuentes conversaciones que suscitarán sobre los objetos de que se apacienta vuestra vanidad , os familiarizarán con ella hasta hacerosla habitual ; y por último , vendreis á creer fácilmente de vosotros mismos lo que quieran que creais los que os rodean.

Aún aquellos que por la santidad de su estado deberian clamar por la verdad , os la disfrazarán por un falso miramiento que les prescribe el mundo ; y si la religion les

prohibe, como un crimen las falsas alabanzas, un respeto mundano y de costumbre les ordenará por lo ménos el silencio.

De esta suerte contribuirá todo á arraigar en vosotros las preocupaciones de vuestro estado, todo fomentará las inclinaciones de vuestro corazon, todo alimentará vuestro orgullo, y por último os enseñarán los que anden á vuestro lado, á tranquilizaros sobre los escrúpulos, que pudierais tener.

Tales son las principales causas y fuentes de aquella orgullosa confianza, hija de la *prosperidad*. Los diferentes vicios que la caracterizan, y acompañan, exigen tambien una atencion particular.

I.º Y en primer lugar observe- III. PARTE.
mos en general, amados míos, que este vicio del corazon impide el mas

deleytable uso que puede hacerse de la prosperidad. Porque ¿qual mejor destino puede darse á las riquezas, que el de emplearlas en alivio y socorro de los menesterosos? Decidnoslo, ricos bienhechores y compasivos; ¿no es superior á los mayores sacrificios el placer que gustasteis en hacer obras de caridad? Mas la sensibilidad del alma vana, reconcentrada toda en sí misma, se apaga enteramente para con los demas. Fuerza es conocer que uno es hombre, para amar á los hombres: de otro modo la compasion no halla lugar en el que se cree superior á las miserias de la vida, el orgullo sucede á la prosperidad, y tras él se sigue la helada indiferencia y la dureza.

2.º Tal vez os admirareis, amados míos, de que moteje semejante carácter de debilidad y de indolencia. Pero yo quiero me digais, que

es un hombre que no tiene un carácter fijo; á quien dan las circunstancias todo su impulso y movimiento; que es enteramente gobernado por la fortuna; para quien basta que un vicio sea comun en su estado, para que luego le contraiga; y que en suma solo demuestra ser hombre por su debilidad. Á un ser de esta clase no le guia ni alumbra la razon: el menor soplo de las pasiones apaga en él esta divina antorcha, y renunciando al privilegio mas noble de nuestra naturaleza, la racionalidad, se dexa, qual un muchacho falto de luces y experiencia, conducir y gobernar de las impresiones exteriores. Vano en la fortuna ¿cómo sufrirá sus reveses? Sus pies vacilantes con facilidad se deslizan, y en las circunstancias delicadas, es cierta y segura su caida.

¡Qué baxeza! ¡qué miseria! no

tener el menor conocimiento del verdadero valor de las cosas ; poner toda su estimacion y aprecio en bienes inconstantes y frívolos , que ni un ápice aumentan el mérito ; y olvidar la excelencia y utilidad de la cordura , la prudencia , la moderacion en los placeres ! ¡Qué errado y menospreciable cálculo ! ¡contarse á sí por nada , y fixar todo el valor y estimacion en las exterioridades y apariencias ; y tras esto en vez de saberlas mandar, sujetarlas la razon, y declararse esclavo suyo ! ¡Qué ! ¡de tal manera constituye á el hombre el estado en que se halla , que sin él no sea nada ! ¡hasta este punto habrá de envilecerse la nobleza y dignidad de nuestra naturaleza ! Porque no lo dudeis , hermanos míos : todo lo que ensoberbece á el hombre , le degrada ; porque así parece confesar que pueden algunos miserables bienes en-

salzar y ennoblecer el ser que le concedió naturaleza. Y ved aquí como esto es calumniar la humanidad, deshonrándose uno al mismo tiempo á sí mismo.

3.^o Á este carácter de baxeza se agrega un delito de ingratitude y de impiedad. Porque decidme , amados míos , ¿quál deberá vivir mas agradecido al Señor ; el pobre que aún á fuerza de sudor y trabajos apénas se proporciona lo necesario , ó el rico , á quien ni siquiera un suspiro cuesta la superfluo ? Y sin embargo, con mas frecuencia se le ve á aquel bendecir á Dios afectuosamente por el pan que le concede en prèmio de sus fatigas , y alabarle en medio de su frugal simplicidad.

Mas vosotros , ¡ay! quanto mas particularmente os distingue , mas le olvidais. Una cierta semilla de impiedad se envuelve por cierto en

vuestra indiferencia. En la felicidad independiente del cielo que os forxais , pareceis desafiar á aquel poder supremo que de un soplo puede sepultar en el polvo á el que sacó de él ; y haciendooos el objeto de las alabanzas y respetos que debian tributársele , no teneis mas Dios que vosotros mismos.

¡Qué extraña felicidad! ¡qué indigno abuso de los dones del cielo! ¡En medio de tantos y tan graves desórdenes os creéis felices ! Pero esta dicha , con que estais tan ufanos , será de muy corta duracion. Dios castigará á aquellos hombres ingratos y perversos, que le desconocen á causa del bien que les dispensa; *y el que se fia en sus riquezas , dicen las sagradas páginas, caerá por tierra: su gloria será seguida del oprobrio, y su prosperidad anterior solo servirá para hacer mayor su miseria. Ó*

Prov. xi , 28.

tal vez yo me engaño : ellos nadarán hasta el fin en la abundancia, y aún la verán crecer de dia en dia; pero a par con ella crecerá su deslumbramiento, no conocerán límites ningunos su vanidad y orgullo, acompañaránles hasta el sepulcro, y solo el dia de la eternidad les abrirá los ojos, y les pondrá delante sus locos desaciertos.

4.º Pero aún en el seno mismo de la prosperidad se hallan motivos para guardarse de la *falsa confianza* que ella infunde. Verdad es que os favorece con mano larga la fortuna, y que os sale todo á medida de vuestros deseos : pero ¿podeis lisongearos de que un estado tan dichoso, para cuya estabilidad es necesario un concurso muy particular de circunstancias favorables, haya de ser permanente? ¿ignorais acaso que los precipicios guarnecen las alturas, y que

una cercana desgracia es la única perspectiva de una prosperidad que ha llegado á su colmo?

Á mas de que os engañais miserablemente á vosotros mismos , y en vosotros halla vuestra quimérica confianza su primer censor. Y sino, conciliad con ella, si es que podeis, el estado harto frecuente de vuestra alma, y decidme á qué vienen, puesto que tan segura es vuestra situación, esa inquietud, esas agitaciones secretas , esos ojos animados de una vigilancia temerosa, esos oídos siempre dispuestos á acoger los rezelos y sospechas. En la complicación de resortes, cuya armonía es necesaria para vuestra felicidad, temblais al menor choque , de miedo que se rompan. Trastornos generales, peligros públicos , mudanzas y desgracias privadas, todo os alarma, todo os infunde miedos y temores, au-

mentándose día y noche vuestros cuidados para evitar mil golpes , á que de rechazo os figurais expuestos. De este modo probrais contra vosotros mismos que la *prosperidad* del hombre no es mas de un edificio ruinoso , un andamio poco seguro, que necesita de contínuos puntales, y que es un insensato el que pretende descansar en él con confianza.

5.º ; Con confianza ! Poco me falta para creerme yo mismo poseído de una ciega ilusion , segun lo admirable y extraña que me parece la vuestra. ¿En dónde se figura habitar el que se confia en su prosperidad? ¿de qué nuevo ser se ha revestido? ¿le alumbra otro Sol? ¿mora todavía en esta tierra? en una palabra , ¿ es hombre?... ¡Hombre ; y funda aquí abaxo la esperanza de una felicidad duradera!... ¡Hombre! ¡aquí abaxo! ¡en medio de ruinas!...

¡Desventurado! ¡Desde esta morada de lágrimas, como desde un trono superior á el de Dios, pretende anoadar sus decretos, revocar la sentencia pronunciada contra todos los objetos terrenos! Osa el orgullo, el mas vano de los sentimientos del hombre, que no es él mismo otra cosa que vanidad y polvo, osa digo, sobre este teatro de vicisitudes, de apariciones, de sombras, de chimeras prometerle la constancia, la duracion, la perpetuidad; y aún á vista de una catástrofe inevitable, decirle altanero: *en tí no habrá mudanza!*

¡*En tí no habrá mudanza!* ¡Qué! Dado caso que todo lo hubiese ordenado la Providencia en bien y dicha tuya, ¿la obligarian tus virtudes, á que por un milagro continuo lo perpetuasé así? Y mientras que experimenta al justo por los trabajos

y desgracias, ¿convertirá para tí este lugar de pruebas en una constante morada de felicidad?

¡En tí no habrá mudanza, oh insensato! miéntras que todo se conmueve y trastorna en derredor tuyo; que hasta la tierra, que te sostiene, tiembla sobre sus fundamentos; que no oyes por todas partes sino ruido de caídas, gemidos, y llantos de dolor; y que cada hora se huye de tu vista cargada con los despojos de la fortuna, de los placeres, y hasta de la misma vida de tus semejantes!

¡Tú estarás seguro de mudanzas!
 ¡Tú, frágil accidente de la naturaleza, vaso de polvo! ¡Tú, cuya vida es un sueño, cuya conservacion un milagro, y cuya destruccion una ley inviolable! Respeten en buen hora tu fortuna las vicisitudes humanas; mas ¿quién te asegura que la disfrutarás? Mil males te cercan, y el agui-

jon del dolor va á traspasar tu alma.
 ¿Qué te importa , pues , el que te
 acompañe la prosperidad , si está
 muerto tu corazon para el placer?
 ¿De qué te sirve que el edificio de
 tu fortuna esté seguro , si flaquean
 tus fuerzas , si tu propia ruina te
 amenaza? ¿Qué adelantas con que el
 universo se manifieste risueño para
 contigo , si vas á desaparecer de él
 para siempre ?

Rasga , pues , ó mundano , ras-
 ga esa venda que te ciega ; conoce
 ese embeleso vano , que te seduce.
 Naturaleza te hizo hombre , y por
 mas que pueda , no es dado á la for-
 tuna mudar en nada á la Naturaleza.

IV. PARTE.

Así qué , si la *prosperidad* tiene
 sus atractivos y dulzuras , tampoco
 faltan sus riesgos y peligros. Ella
 es como un mar sembrado de esco-
 llos , donde si se navega á velas ten-

didadas, son con la rapidéz de la travesía tanto mas temibles los naufragios. Por lo mismo, pues, no debeis entregaros á ella ciegameute y de todo punto. Una felicidad de que se abusa, se destruye á sí misma, en vez que con la moderacion se aumenta, y con la discrecion que la economiza, se hace su fruicion mas segura y gustosa.

Pero desconfiaos sobre todo del amor propio. Semejante á un Conquistador, procura continuamente engrandecerse, y sacude toda sujecion y rienda, quando se ve en la abundancia. Aclarad sus pretensiones, y atajareis sus progresos. Despojaos á menudo con la imaginacion del aparato deslumbrador que os seduce; y fixándose entónces naturalmente vuestros ojos sobre vosotros mismos, y manifestándoos lo que verdaderamente sois, os moverán á



la humanidad. Sí; la humildad. Ni me digais que esta es una virtud obscura, propia tan solo de una alma debil, apocada, é incapaz de otras. El orgullo, por cuyo medio pretende el hombre ensalzarse, es el que le envilece y humilla, y la humildad la que realmente le eleva y engrandece.

Esta, en efecto, amados míos, es la que representa á el hombre como es, y le pone en el justo lugar que le señaló Naturaleza; la que le hace un héroe continuo, dándole una victoria constante sobre su propio corazon, el mas poderoso de sus enemigos; la que atribuyendo á la Providencia toda la gloria de la felicidad del hombre, reserva solo á este la de mostrarse digno de ella; la que hace avergonzar á la Grandeza de los elogios que la tributan, dignos tan solamente del verdadero

mérito ; la que impide la envidia, corrige la desigualdad del estado y la fortuna , evita el que el fausto de la opulencia ofenda los ojos delicados de la pobreza , recuerda á el hombre su origen , le pone delante de los ojos el sepulcro , que á todos les espera , y haciéndole que se vea á sí mismo bien en claro y sin disfraz ninguno , le fuerza á exclamar: ¿qué es la prosperidad ? ¿qué es el hombre? ¿quién podrá en esta miseria natural , sea qual fuere, descender de quien descendiere , ocupe el puesto que ocupáre en el relámpago de la vida , quién podrá confiar en sus fuerzas , envanecerse , y llenarse de orgullo? ¡Ah! Conozcamos lo que somos, y no creamos engrandecernos, deslumbrándonos sobre nuestra miseria.

¡Padres y madres que vivís en la prosperidad! inspirad estos senti-

mientos de humildad á vuestros hijos. En su tierna edad es quando se forman las primeras impresiones del orgullo, que creciendo con los años, estragan todo el resto de sus dias. Bisoños en la carrera de la vida, aún no saben juzgar de nada: su amor propio naciente les expone á continuos extravíos, mil objetos engañosos les seducen, y todo, en suma, concurre y se reune para pervertirles. Sus corazones tiernos, incapaces de defenderse por sí propios, necesitan de vuestro socorro, y por lo mismo es necesario que les iluminéis y protexais; que les enseñéis á apreciar los objetos como deben, corrigiéndoles de los errores en que sobre esto incurran; que les mantengais por medio de una continua vigilancia en aquella amable sencillez tan propia de sus años, y de la que todo les mueve á apartarse; que nin-

guna ocasion perdais de hacerles conocer por su dependencia su debilidad; que por una atinada y frecuente observacion de sí propios les preserveis de la vanidad; y que mostrándoles los lazos, que tiende á la inocencia la prosperidad, les fortalezcáis contra las seducciones de la felicidad.

Pero alexad de ellos sobre todo la ponzoña de la lisonja, y cuidad de que no aumenten la tropa de los viles esclavos de la opinion. Repetidles á menudo que la estupidez ó el interes pueden incensar á la opulencia, pero que la virtud, sola la virtud que la emplea en el bien de los hombres, debe ser el digno objeto de sus homenages. ¡Qué mudanzas no causa en las fortunas el transcurso de los tiempos! Ese rico que os impone por su fausto, desciende de una familia indigente; y ese otro

pobre que excita vuestra conmisera-
cion y lástima , es hijo de padres
opulentos ; mas él seguramente lo es
mas que ellos , si practica la virtud.
Quando el mal tenga amarrado al
poderoso en su duro cepo , hacedles
observar que de nada le sirven to-
dos los tesoros ; y quando extendien-
do despues la muerte un tenebroso
velo sobre el brillante quadro de su
vida , le dexe por única habitacion
un estrecho sepulcro , por únicos
bienes sus virtudes y sus vicios , por
única perspectiva un por venir im-
penetrable y un Tribunal rectísimo
donde un Juez inexôrable le toma-
ra una estrecha cuenta , decidles en-
tonces con amargos suspiros , ved,
hijos , ved en lo que viene á parar
el hombre , y lo inútiles que le son
los bienes terrenos porque tanto afa-
naba , y en que tenia puesta toda su
confianza.

Pero aún mas que con vuestros discursos instruidles con vuestras acciones , y enseñadles con vuestro exemplo , á que siembren lo supérfluo , para recogerlo en los tiempos de escasez, y á que lo repartan ahora , para hallarse *ricos otro dia.*

Y miéntras que nosotros , debiles órganos del Señor , executamos la órden que nos da: *Denuncia á los poderosos que no pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas,* mirad ¡oh ricos , oh grandes del mundo , y vosotros todos á quienes colma la fortuna de bienes! no hagais vano nuestro ministerio : adherid á nuestras exhórtaciones fraternales ; cumplid con los deseos del Señor; formaos para lo venidero un *tesoro apoyado sobre fundamentos sólidos* , y sed ricos en buenas obras, *ricos en Dios.*

De este modo teniendo siempre

delante de vuestros ojos al Eterno, y caminando á la sombra de la roca de los siglos, podreis decir con seguridad: *To no tendré jamas mudanza. Aún quando se desplomen las montañas, y se hundan los collados, su benéfica mano no se apartará de mí.*

¡Y vosotros, á quienes hizo nacer el cielo en la pobreza! cesad de gemir por vuestra suerte, y no hagais mas amarga vuestra indigencia, contemplando con ojos envidiosos la prosperidad de vuestros hermanos. ¡Ah! ¡quán gravemente errais en ello! Si en medio del escaso número de talentos que os han sido confiados, teneis sin embargo que velar incessantemente, para quando el Eterno os diga; *da cuenta de tu administracion*, ¡qué terrible, ó gran Dios, será esta palabra, qué espantoso este llamamiento para el que haya recibido quantiosos talentos! Así qué, no mi-

reis para juzgar acertadamente de la felicidad á tal ó qual momento de la vida: contemplad toda la existencia del hombre, los dias de afliccion á par que los de gozo, la eternidad igualmente que el presente siglo, y decidnos en vista de todo, si es mas feliz el rico que vosotros.

El cielo colocó el abuso junto á los beneficios, y á el lado de las penas y esfuerzos las recompensas. SufoCAD pues la envidia, calmad vuestras quejas, y conoced que sois vosotros mismos los que os engañais. El Eterno es justo, y su balanza es igual para todos los estados. ¿Y á la verdad, no es propio del vuestro desterrar el orgullo, hacer ménos sensibles las aflicciones, y deshaceros del apego á la vida? Á las veces, yo lo confieso, son trabajosas vuestras pruebas; mas tambien son grandes vuestros auxilios, y magníficas vuestras esperanzas.

Sostened vuestro ánimo por medio de la Religion. Los años vuelan, acércase vuestro fin, y la muerte va abriendo ya las puertas de la eternidad. ¡Y qué es lo que veo en esta morada! ¡Ó reyno de la justicia! ¡ó restablecimiento deseado! Las distinciones temporales desaparecen, cesa la ilusión, se desvanece el embeleso. ¡Oh pecador, de qualquier estado que seas! allí te esperan un eterno oprobrio é insufribles tormentos en castigo de tus locos desórdenes, miéntras que vosotras, ¡ó humilde virtud, riqueza modesta, honrada pobreza! gozareis de los tesoros del cielo en compañía del Sér inefable y de sus escogidos. *Amen.*

S E R M O N XIII.
SOBRE LA FELICIDAD ANEXA

A LA PUREZA DE CORAZON.

*Bienaventurados los limpios de cora-
zon , porque ellos verán á Dios.*
Math. cap. v. vers. 8.

A tres clases se reducen todos los
placeres de que puede el hombre dis-
frutar ; placeres de los sentidos, pla-
ceres del espíritu, y placeres del co-
razon. Los primeros , que son los
mas groseros , los mas susceptibles
de abusos , no teniendo relaciones
mas que con su existencia física , no
contribuyen á su perfeccion , y de-
ben mas bien mirarse como ensayos
por cuyo medio se prepara á mas
elevados goces. Los segundos están

Exdado.

reservados para un corto número de personas , como que son efecto de la cultura del espíritu , de la meditación, de la admiracion reflexionada, y fruto de los talentos distinguidos y de los aplausos que excitan. Mas los terceros , indistintamente proporcionados y aseguibles para todos , nacen de la práctica de las virtudes , de la pureza del corazon, de la aprobacion de Dios y de la conciencia , y contribuyen á la perfeccion moral del hombre. Estos son verdaderamente placeres sin amargura, placeres perfectos, que labran nuestra felicidad y nuestra gloria; y así es como vemos á Jesucristo encarrer en nuestro texto á los que les disfrutaban , y dar á su felicidad el principio mas noble y mas cierto, diciéndonos: *Bienaventurados los limpios de corazon , porque ellos verán á Dios.*

Para corresponder en quanto está de nuestra parte á los designios del Salvador en estas notables palabras, exâminarémos (1.º) qual es la *limpieza de corazon*, de que es inseparable la felicidad, y quales son sus principales caractéres. Mostrarémos despues (2.º) que hay una estrecha conexiõn entre la *limpieza de corazon* y la *vista de Dios* prometida á los que poseen esta gloriosa qualidad. Y en fin concluirémos (3.º) que en esta *vista de Dios* se halla la fuente del verdadero bien, y que por lo mismo se llama justamente *bienaventurados á los limpios de corazon*.

Estas bienaventuranzas que proclamó el Salvador en su Sermon de la Montaña, nos presentan la religion en su mayor brillo. En ellas vemos reunido lo que tiene de mas perfecto la moral y de mas augusto sus motivos; lo que las meditacio-

nes mas profundas sobre Dios y el hombre nos descubren , y lo que la mas sana razon nos ordena : en una palabra, el principio y el fin de la Religion, y toda la ciencia de la felicidad. ¡Dichosos nosotros si acertamos á desempeñar con la dignidad que lo merece , el asunto que nos hemos propuesto; y aún mucho mas dichosos si logramos persuadirnos que en la *limpieza de corazon* es donde se halla la *felicidad suprema!* Amen.

I. PARTE.

Quanto ha salido de las manos del Criador , lleva el sello de sus perfecciones adorables. Su divino poder *creó al hombre recto* , dice la Escritura ; y de este modo , siendo justo en su origen é inclinado al bien su corazon, bastaba para conservarle puro, librarle de toda mácula, de toda afeccion , agena de los principios de rectitud que grabó Dios en

su alma con hondos é indelebles caracteres.

Puesto el hombre á cubierto de los extravíos de las pasiones que le envilecen , de los malos exemplos que fomentan sus desarreglos , y le estragan por su contagio funesto, de los discursos seductores que le perverten y alucinan , caminaria constantemente por la senda de la virtud y gustaria sus felices frutos , y su corazon seria puro , porque permaneceria tal como habia salido de las manos de su Criador, y nada abrigaria en sí de extraño á su rectitud natural , ni á sus inclinaciones primitivas.

Pero colocado entre una multitud de objetos que encienden su concupiscencia , sus desordenados apetitos , y sus pasiones tumultuosas, necesita para restablecerse en su primer estado de santidad y de pureza,

de una regla á que ajustar sus pensamientos, sus palabras, y acciones; de un Código de preceptos y de máximas que le dirija en su conducta; de una conciencia, en fin, que le advierta sus faltas y le haga volver de sus extravíos por medio de los remordimientos que siempre les acompañan y atormentan.

1.º Así que, la limpieza de corazón, amados fieles, consiste, en primer lugar, en no abrigar en sí ninguna inclinacion, ningun hábito contrario á la ley de Dios y á la voz de nuestra conciencia. Y siendo estas inclinaciones, estos hábitos del todo agenos de nuestra naturaleza, fácil nos es saber cuándo y por qué medios se insinuáron en nuestra alma; y así podremos hacer renacer en nosotros el antiguo estado de pureza natural, abrazando de nuevo aquellos principios de templanza, de

desinterés, de justicia, de moderación, de humanidad, por los quales á no abandonarlos, hubiéramos sido felices.

2.º No solo desarraigayga la *limpieza* de corazon los hábitos criminales, los principios viciosos que no nos es dado abrigar sin remordimientos ni rubor, sino que excluye aquellos vicios ménos graves, aquellas inclinaciones que entiviándonos en nuestros deberes, son el origen del mal, y se oponen igualmente á la *pureza* á que debemos aspirar.

Un corazon limpio de toda mala levadura jamas transige ni con sus obligaciones, ni con sus defectos, y extirpa hasta el fomes del vicio, vigilando continuamente sobre sí mismo hasta que sus inclinaciones, sus deseos, sus mas secretos pensamientos están perfectamente acordes con la virtud, y que aprueba en un todo

y justifica la conciencia su conducta.

No le basta al que se esmera en purificar su corazón, el no permitirse faltas leves, sino que le es forzoso además el que el amor del bien le domine, que una entera abnegación de sí mismo ennoblezca todos sus sentimientos, que anime su vida entera un espíritu de dulzura, de indulgencia, de bondad, y que resplandezca en caridad y en virtudes.

No consistiendo esta pureza de corazón en exterioridades, y siendo sí toda interior, el hombre que la goza, no aguardará para practicar sus virtudes á que se presenten ocasiones que puedan darlas brillo. Así que, será virtuoso en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las circunstancias: lo será en lo mas íntimo de su corazón, igualmente que á presencia de los hombres; en las ocasiones mas delicadas, á par que

en las mas imperiosas circunstancias. En una palabra, no hablará, no obrará, no pensará sino de un modo conforme á su pureza, siendo esta el único principio que determine todas sus acciones, por cuyo motivo solo es capáz su corazon de sentimientos nobles y de una conducta justificada.

Y para acabar de pintar esta *pureza*, menester es darla motivos adecuados á la belleza de su carácter. No la abrazaremos, pues, por consideraciones tomadas de los respetos humanos, ni de nuestro interes individual, ni aún de las recompensas y penas. Semejantes motivos, inciertos é insuficientes, presentan cierta baxeza poco digna de la *pureza*, que es la virtud en su perfeccion. El verdadero motivo de la *pureza* de corazon, tan *puro* como ella misma, es la armonia perfecta, y el embe-

leso celestial de la virtud ; el sentimiento interior que tiene el hombre de su *pureza* y de la correlacion que establece esta entre él y lo que hay de mas augusto en el universo , entre él y Dios , que es la *pureza* misma ; la certidumbre de que desempeña sus obligaciones, y de que contribuye en quanto le es dado , á la felicidad de los séres que le rodean; y por último , la satisfaccion interior que resulta de este perfecto estado de orden que reyna en su alma.

Estos motivos de la *pureza de corazon*, de la qual hacen parte ellos mismos , son los mas fuertes , los mas eficaces para crearla en nosotros y para mantenerla ; los únicos que obren sensiblemente sobre una alma que es una emanacion del Sér perfectamente puro; los únicos que nos aproximan á Dios y establecen entre él y nosotros aquella analogía

tan bien pintada en nuestro texto, y que hará el asunto de nuestra segunda parte : *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.*

No es necesario decirnos que el Sér, calificado de *invisible* por la misma Escritura, no puede ser perceptible para nuestra vista. Si existen cuerpos que nuestros ojos no alcanzan á ver, sin embargo de tenerles delante, y estar sintiendo sus efectos, con mucha mas razon el que es todo espíritu y cuya inmensidad llena todo el universo, debe ocultarse y encubrirse á nuestros sentidos groseros. II. PARTE.

Es, pues, la recompensa de que aquí se habla, una vision moral, un sentimiento íntimo de la presencia de Dios, del qual estamos tan penetrados como si fuese sensible esta

presencia. Los *limpios de corazón* gozan de la vista de Dios en quanto pueden permitírsele la naturaleza divina y la suya de hombres ; no admiten ningun principio , no tienen ningun habito que contraste con la idea de este Sér adorable ; y nada hay en su corazón ni en su espíritu que nó guarde armonía con esta manifestacion sublime.

Todo el universo, amados míos, lleva el sello de su adorable Creador, y *sus perfecciones invisibles se conocen claramente quando se contemplan sus obras*. Si para muchas gentes son mudas estas maravillas, si no descubren sus ojos ni vé su entendimiento estas *perfecciones* que parece se tocan con la mano, es porque están embebidos en sus intereses temporales , ó porque se obcecan voluntariamente sobre una verdad que les condena.

Joan. III , 19. *Los hombres, dice Jesucristo, gustan*

mas que de la luz, de las tinieblas, porque sus obras son malas. Que purifiquen, pues, sus corazones, y amarán mas la luz que las tinieblas, no teniendo entónces ningun motivo de cerrar los ojos á una verdad que en vano se quiere combatir miéntras que todo altamente lo proclama.

El corazon del hombre puro, léjos de rechazar esta verdad, la acoge con placer, como que se aviene y quadra perfectamente con sus deseos mas queridos, con sus votos mas secretos. Él se complace en ver á Dios por todas partes; es decir en las menores obras del universo, en toda la Naturaleza. Contéplale en los astros que giran sobre su cabeza, en la luz que le comunica el sol, en la mar que rueda sus olas, en el ayre que respira, en esa multitud de seres animados que pueblan el mundo,

en los vegetales que les nutren , en las estaciones que se suceden , en ese renuevo periódico de las mismas riquezas, en ese gran conjunto que de todas sus partes forma un todo maravillosamente encadenado , y con particularidad en el hombre , en la estructura admirable de su cuerpo, en su alma , su entendimiento , su sagacidad, en el sentimiento que tiene del bien y del mal, en su razon, y en su conciencia.

De este modo hallan sus delicias los hombres de *un corazon puro* en la contemplacion del Sér eterno; y despreciando en la sencillez de su corazon los vanos sofismas del vicio y el orgullo humano , creen en el testimonio de toda la naturaleza , de todos sus sentidos y de todo su ser, hallando en esta continúa *vista* del Criador que todo les ofrece , todo les pinta , todo les hace sensible , la

mas grata y lisonjera ocupacion de sus sentimientos y meditaciones.

Pero aún ofrece la *pureza de corazon* alguna cosa de mas particular. Ella coloca , digásmolo así ; al hombre que la posee , en el seno de Dios , y teniéndole á este por testigo fiel y perpétuo hasta de sus menores pasos, le admite por confidente de todos sus pensamientos , de todas sus acciones , y ved aquí el privilegio de la virtud por excelencia, de la perfecta *pureza*.

Y donde acaba para el comun de los mortales toda la felicidad que aquí pueden gustar , principia para el hombre *limpio de corazon* una vida moral de otro género enteramente diverso de la vida comun ; una vida que no tiene mas relaciones con los otros séres que las necesarias para tenerla mas íntima, mas estensa con el Santo de los Santos , el objeto de

las meditaciones sublimes de nuestra alma , que percibimos , que vislumbramos de algun modo por medios que se ocultan á los ojos del vulgo ; una vida toda espiritual , toda celestial , adecuada á nuestro origen y fin , que nos asemeja á las Inteligencias Superiores , y nos prepara maravillosamente á la nueva vida de que gozaremos quando hubiéremos apurado todas las delicias que podemos gustar en la tierra.

La *pureza del corazon* eleva, pues , las facultades del hombre , y le da de algun modo sentidos nuevos por cuyo medio está en comunicacion mas directa , mas particular, mas íntima con el Sér Supremo. Muy léjos se halla el hombre del fin para que fué criado , quando aún no ha conocido otros objetos que los que le ofrece esta vida, y no ha comunicado mas que con sus semejantes. Si

eternamente rodase en el mismo círculo de objetos sensibles ¿qué perfeccion le resultaría? ¿qué adelantamientos habrían hecho sus facultades para quando desaparezca de este mundo, y ponga fin la muerte á estas escenas de placeres sensuales y goces pasajeros?

Los hombres no se perfeccionan realmente, no dan á sus gustos, á sus afecciones una verdadera consistencia, sino quando se dedican y fijan en objetos que guardan armonía con aquella *pureza de corazon* que la mantienen y la aumentan. Entónces se hace Dios perceptible para ellos, y está, digámoslo así, visible para su corazon y para su espíritu, porque está con ellos y en ellos á todos los instantes de su vida, y ellos mantienen con él una correspondencia de sentimientos que por disposicion suya le representa como

existente en su pensamiento , así como por su inmensidad se halla en todas las partes del universo.

¿En qué cosa , pues , podrá el hombre , venturosamente dispuesto para alcanzar esta *pureza de corazón*, en qué cosa podrá , repito , fixarse en este mundo que sacie su amor á la perfeccion , y estimule y lleve siempre en aumento sus pasos hácia la santidad? ¿Halla acaso en él mas que objetos á propósito para estragarle; objetos que amancillarán á lo ménos esta *pureza* porque tanto debe mirar?

Así que , solo en Dios encontraremos un dechado , inimitable , es cierto , por su perfeccion ; pero dechado á que de algun modo podemos acercanos mas y mas , haciéndole el centro de nuestros pensamientos , y cotejando con él nuestros sentimientos y deseos para santificarlos

y hacerlos semejantes á los suyos. Y he aquí como la *pureza de corazon* nos abre de alguna suerte el cielo, y nos grangea la presencia del Dios que le habita, anticipándonos, digámoslo así, á la muerte, y haciéndonos gustar desde esta vida los frutos inmortales que nos esperan en la venidera.

El hombre que abriga la *pureza*, lleva consigo, al espirar, este precioso tesoro, y ve abrirse para él una nueva carrera que puede mirarse como el engrandecimiento de la que andaba en esta vida. Si la vista de Dios, si su comunicacion con nuestra alma, es en este mundo un sublime efecto de la *pureza de corazon*, ¿quánta intension y energía adquirirá este efecto, quanto mas cercana y clara para nosotros será esta *vista* del Sér perfectísimo, quando hubieren desaparecido con la muer-

te todos estos objetos interpuestos entre él y nosotros?

La vida futura es un estado de perfeccion y de gloria. Enriquecida entónces nuestra alma con nuevos medios para alcanzar la verdad, y con órganos mas delicados y perfectos, adquirirá mayor penetracion, mayor capacidad y estension; y su pureza por consiguiente mas y mas aumentada, será el origen de relaciones mas numerosas y mas vastas con el Santo de los Santos, que es la pureza por excelencia. Y he aquí principalmente lo que denotaba Jesus, por sus palabras: *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios*; en las que no solo hablaba de la vida presente, sino de la venidera; época venturosa en que la *vista* sucederá á la fe y á la esperanza.

Considerad, os ruego, amados

mios, que *pureza* de juicio, de vo-
 luntad, y de afecciones resplandece
 en el alma de nuestro Salvador; y
 ved al mismo tiempo qué union in-
 tima con Dios su padre; qué estrecha
 correspondencia con él, qué unidad
 de intenciones, de designios y con-
 ducta. Si pudiera dexarse percibir el
 Sér que es todo espíritu, veriamos la
 esencia divina en el alma de Jesus.
 Tan presente estaba siempre el padre
 á los ojos del hijo; y tanto se con-
 formaba el hijo en todo con la vo-
 luntad del padre. Y ved aquí una
 imagen bastante sensible de lo que
 experimentaremos en la eternidad.
 La *pureza* sobrenatural del alma su-
 blime de Jesus, nos representa la
 que nos adornará á nosotros, y su
 perfecta intimidad con Dios nos pin-
 ta las nuevas relaciones que tendré-
 mos con él.
 ¡Oh! ¡con cuántos motivos podia

predicar Jesus esta suprema bienaventuranza : *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios!* ;y qué fuerza no tienen en su boca estas palabras ! Él hablaba de lo que experimentaba en sí a cada instante, y como que era tan *limpio y puro*, veía á Dios, y gozaba de todas las dichas que dimanaban de esta sublime intuicion del Sér de los séres.

Así que, ningun obstáculo padecerá en la vida futura nuestra perfecta comunicacion con Dios ; y la *pureza* de nuestra alma en que nos habrémos esmerado en esta vida, aumentará nuestra inteligencia, y nos facilitará un acceso mas libre, mas seguro, y cierto con él. Mil objetos distraen al presente nuestro cuidado y atencion del principal en que debieran ocuparse todas nuestras afecciones, todas las potencias de nuestra alma ; y quantos desvelos

pongamos en purificar nuestro corazón, no bastan á quitarle todas sus imperfecciones, todas sus máculas. Pero en la morada celestial se borrarán todas estas imperfecciones, todas sus máculas involuntarias, desapareciendo de una naturaleza que libre entónces y desembarazada de todo lo que hoy tiene de grosero y terrenal, será por lo mismo mas elevada, mas análoga á la nueva carrera de esplendor y de felicidad que debemos emprender.

Entónces serán las comunicaciones con Dios mas estrechas, mas íntimas; su vista será mas clara, su presencia mas sensible. Todas las nubes que lanzan la obscuridad y las tinieblas en esta triste morada, se disiparán en la region celestial donde todo es luz, en el domicilio donde el mismo Dios será el eterno esplendor, el sol resplandeciente de

fuegos inmortales. ¡Y entónces, entónces sí que se hará palpable esta eterna verdad: *Bienaventurados los limpios de corazon*, porque ellos verán á Dios!

III. PARTE.

¡Oh! ¡con cuánta razon llamaba *bienaventurados* el Salvador del mundo á aquellos á quienes la vista de Dios y la aproximacion á su divina esencia, era prometida en premio de aquella santidad, aquella pureza de corazon que forma la perfeccion del hombre! Sí: *bienaventurados* son los *limpios de corazon*; *bienaventurados* son, porque ellos verán á Dios. ¡Y qué fácil es enlazar la felicidad del hombre con esta vista espiritual del padre de los Séres, como hemos enlazado esta con la *limpieza de corazon*! Y en verdad que estando todos destinados á pasar de este mundo á otro mejor, despues de habernos enriquecido en él con virtudes y bue-

nas obras , es claro que todo lo que se llama placer, ventajas exteriores, gusto , delicias , y todas las demas sensaciones que tienen su origen en la decoracion pasagera del mundo y la satisfaccion de nuestros órganos perecederos, no constituyen la verdadera felicidad. Todos estos son pasatiempos para distraernos, no para cautivar nuestro corazon.

La felicidad es una satisfaccion, una alegría del alma, perenne, constante, inmutable. ¿Y cómo se podrá conciliar semejante estado con lo que es la frivolidad , la inconstancia misma? Fuerza será , pues , que busquemos mas arriba el objeto de nuestras afecciones y deseos; y mas arriba es donde hallarémos la Omnipotencia, la suprema Sabiduría, la Santidad perfecta, la Inmutabilidad, la Eternidad , en una palabra , lo que no se encuentra acá abaxo , y nada

de lo que llena esta escena del mundo, ocupada toda por ilusiones y apariencias.

Y puesto que por un resultado de nuestra dependencia no está en nosotros mismos el origen de la felicidad, ¿no es una dicha infinitamente preciosa, el poder buscarla y hallarla en el Sér soberanamente bueno, soberanamente amable, en el qual no se halla *ni sombra de mudanza*, dice la Escritura, y cuyas perfecciones adorables pueden abrir un vasto campo á nuestras eternas meditaciones? ¡Ah! si un solo día pasado en sus tabernáculos le parecia al adorador de su Providencia, preferible á una vida entera pasada en las delicias del mundo, juzgad, fieles míos, qual será la felicidad del alma que se contempla siempre delante de sus ojos, que es el objeto particular de su proteccion, y que

Ep. Jac. I, 17.

goza de su presencia de un modo inefable. *¿Quién es el que subirá á la montaña del Eterno? ¿quién habitará en la morada de su santidad? El que conoce el fraude; el que tiene las manos limpias y el corazón puro.* Psal. xiv, 1-2.

Mas no es esta una felicidad meramente de contemplacion, de admiracion (aunque sola la contemplacion del Sér perfectísimo engrandezca y eleve nuestra alma, y baste para hacerla dichosa), sino una felicidad activa que se extiende á todas las situaciones de la vida, y con su celestial embeleso aumenta su deleyte si son prósperas, ó las vuelve llevaderas y aún dulces, quando son adversas.

Ora goce el hombre de prosperidad, ora le persiga, la desgracia, ó bien sea que experimente, como es regular, aquella alternativa de bienes y de males que es consiguien-

te á la existencia, ¿qué puede haber mas á propósito que esta presencia divina, que este sentimiento de un Dios que nos ve, que nos oye, que está continuamente con nosotros; que puede haber mas á propósito, repito, para mejorar nuestra situación, qualquiera que sea, para ennoblecirla, para santificar nuestra prosperidad, y hasta para hacernos provechosa la misma adversidad?

No pocas veces sucede que, aún en el seno de la mayor prosperidad, le angustia y atormenta al hombre su propio corazón descontento de sí mismo. ¿Y le es dado gozar de bien alguno, quando desaprueba los medios que empleó para adquirirle, quando el sentimiento de sus iniquidades le persigue, quando le acusa y condena su conciencia? No por cierto; pues que no le es posible olvidar que todas sus dichas y feli-

ciudades tienen un origen criminal, y que ellas mismas le están continuamente arguyendo de su indignidad.

Mas el hombre *puro* que levanta sus ojos al cielo, y halla que el Monarca que en él habita, aprueba su prosperidad, la disfruta con gozo y placer; y haciendo participantes de ella á sus semejantes, gusta una felicidad, *purificada*, santificada por el estado de su propio corazon, y tiene en ella todo el desapego y mérito que hace mas dulce su fruicion. ¡Ah! ¡y con cuánta verdad se le aplican á este tal nuestras palabras: *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios!*

Pero quando mas alivios y consuelos proporciona *la pureza de corazon*, y siente el alma de un modo mas eficaz la asistencia divina, es en el estado de adversidad; estado que si á primera vista parece incompati-

ble con los vigilantes cuidados del Sér Supremo y con la felicidad para que nos crió , es porque juzgamos de todo segun las apariencias , y no sabemos ni lo que nos conviene , ni lo que queremos.

Los hombres llaman adversidad á la pobreza, á la privacion de los bienes terrenos. ; Y cuánto mas soportable se haria esta adversidad, si tuviesen el *corazon puro* , sino se valiesen para salir de ella , de ningun medio ilícito! El primero de los bienes, el que hace la prosperidad del alma , ¿no es la *pureza de corazon* y la certidumbre de la aprobacion celestial?

Yo pregunto á todo el que tenga alguna idea de virtud , que conoce su inestimable precio , y se siente ayudado por la divina gracia, si querria permutar su estado de adversidad y de indigencia , enoble

cido por la *pureza de corazon* y alentado con la asistencia divina, por la mas brillante prosperidad atormentada por una conciencia agoviada de crímenes y faltas?

Así qué, es muy posible gustar la felicidad aun en medio de la adversidad y desafiar á la prosperidad misma, puesto que es posible regocijarse con la vista arrobadora de un Dios protector, al qual nos acerca la *pureza del alma*, y puesto que basta segun las sagradas Letras, la *rectitud* de corazon para estar circundado de luz y de gloria.

¿Y qué diré de las aflicciones inevitables en todos los estados de la vida, de la pérdida de las personas á quienes mas se ama? ¡Quánto no se templan nuestros pesares, qué consuelos no nos suministra la idea de un Dios, sin cuya voluntad *no* Mat. x, 29. cae muerto en tierra siquiera un paxarito!

Los que están sostenidos y alentados por la divina gracia, tienen un cierto modo de considerar estos tristes accidentes de la vida humana. El hombre de un corazón puro que arregla sus deseos por la voluntad del Altísimo, sigue con su pensamiento los objetos queridos que le roba la muerte, hasta en la carrera de felicidad que se les abre; y sus sentimientos son en vez de amargos, afectuosos, haciéndose cargo de que á él le espera una misma suerte, y de que se reunirá con ellos al fin de sus días en compañía de aquel Dios, cuya santa presencia le sostiene aquí abaxo, y le acogerá despues bondadoso en su seno.

¡Ah! ¡quánto mas grata se hace la existencia con estos sentimientos consoladores! El espíritu del mundano se vé á menudo atormentado por la memoria de la muerte; y esta

idea lúgubre estiende un velo tenebroso, una nube obscura sobre su vida, y sumerge en un caos sus pensamientos tristes y melancólicos. *Por mas que hace, no puede salir de las tinieblas, dice Job, y el pavor le embarga y sobrecoge.*

¡Por cuán desventurado se tendría el hombre de un *corazon puro* si le fuese forzoso vivir siempre en este mundo! Así, léjos de serle temible el sepulcro, le considera como un beneficio, y le contempla coronado de luz, resplandeciente de fuegos inmortales, siendo la muerte como un Ángel tutelar que le abre las puertas de la morada de los bienaventurados, donde el Eterno se manifiesta no por entre nubes ó velos, sino de claro en claro, inundándoles de inefables gozos con su santa presencia. Sí: *bienaventurados mil veces los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.*

Este, es aquel periodo de la existencia humana en que el conocimiento del Altísimo será mas perfecto, en que sus perfecciones infinitas resplandecerán á nuestra vista en todo su brillo; periodo por lo mismo de gloria, de goces sublimes, de felicidad suprema. ¿Y cómo podré yo pintaros este estado de cosas, faltándonos como nos falta un espíritu capaz de concebirle, un corazón capaz de sentirle, y palabras para expresararle? ¿Cómo hablaros de cosas que los ojos no han visto, no han escuchado los oídos, y aún no han entrado en el espíritu del hombre?

I. ad Cor. II, 9.

Pero concebimos á lo ménos, y conocemos claramente que se encuentra en la contemplacion del Sér perfectísimo un manantial inagotable de meditaciones, de delicias, y de felicidad: manantial inmenso, y que llenará por consiguiente toda la

extension de nuestras facultades, aunque fuesen mucho mas vastas, mucho mas perfectas: manantial infinito, y que prestará por lo mismo suficiente materia á nuestros descubrimientos, á nuestra admiracion por los siglos de los siglos.

¡Ah! si gozamos de un gran placer quando disfrutamos de la compañía, de la confianza de un Personage ilustre por sus hazañas ó sus luces, ¿no conocemos que nos serán necesarias potencias mas perfectas, órganos de una nueva especie, quando seamos admitidos en los secretos del Omnipotente, quando nos ponga á la vista todas las virtudes al presente ocultas, por cuyo medio se mueven y gobiernan las cosas creadas?

En este mundo le contemplamos en sus innumerables obras, monumentos todas de su poder y su

Sabiduría , y quanto conocemos no es mas de un átomo en comparacion de lo que existe : pero en el venidero contemplaremos en él mismo la infinidad de sus obras , y aquel poder productivo de quien todos los séres que encierra el universo y comprehende Dios en su inmensidad , no son sino una pequeña emanacion.

—o— ¡Oh Eterno , venero inagotable de vida , de esperanza , y de felicidad ! ¡ podemos pensar en tí , contemplar tus infinitas adorables perfecciones , sin penetrarnos de la mas digna admiracion , sin postrarnos á tus pies con el mas profundo reconocimiento ! Tú derramas la felicidad sobre los que se acercan á tí , bien así como el sol esparce sus rayos por toda la naturaleza . Á qualquiera que es digno de tí , bástale tu vista para ser anegado por todos los siglos en felicidad y en gloria .

Tu presencia sola llena nuestra alma de un júbilo indecible y de inefables delicias. ¡Oxalá cumplamos con la condicion prescrita al que anhela esta felicidad suprema! ¡Oxalá purifiquemos nuestra alma, y merezcamos gozar de tu adorable presencia. *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.*

La pureza de corazon, la vista APLICACION. de Dios, y la felicidad, son como acabais de ver, amados mios, una sola y misma cosa; y de consiguien- te el estado de pecado, el alexamien- to de Dios, y la extrema miseria tienen tan estrecha conexiõn, que nada puede separarlas. ¡Y qué! ¿du- darémos escõger entre un corazon puro que ama la virtud, y un cora- zon manchado de delitos? ¿entre un estado que nos grangea la presencia divina, y un estado que nos aleja

y separa para siempre de ella? ¿entre la felicidad debida á su favor , y la infelicidad que es consiguiente á su desgracia ?

Y sin embargo , ¡oh loca ceguedad! ¡ó extravío verdaderamente deplorable! ¡tal es la conducta del mayor número de los mortales que sirven á el mundo , á las pasiones desordenadas , á la intemperancia , á la injusticia , á la dureza , como si á ellas estuviesen prometidas las ventajas que trae consigo la virtud, verdadero premio de la *pureza de corazón* , que es la que constituye la felicidad verdadera , y permanente!

¡Cuán distantes están la mayor parte de los hombres de este fin sagrado! ¡Qué de trabaxo no se necesitaria para desarraigat los vicios que corrompen su corazón, y están como inherentes á su naturaleza! Y quando hubiesen llegado á lograr

esto, ¡quántas virtudes tendrán que hacer crecer en él, quántas buenas obras que executar, para llegar á la *pureza* de corazon á que el Evangelio ha destinado tan gloriosa suerte!

No enderezamos, pues, nuestro discurso á aquellos hombres que ni aún sospechan esta *pureza*, si solo á los que ya han entrado en el sendero que guia á la perfeccion; á los que han hecho esfuerzos para acercarse á ella. Á estos quisiéramos alentar en sus trabajos, animar en su empresa, sostener en su propósito, haciendo brillar á sus ojos la gloria inmortal del estado á que caminan, y mostrándoles la felicidad que está prometida á los que le emprenden y le acaban.

Bien así como hay diferentes grados de *pureza*, hay tambien una percepcion mas ó ménos viva del Sér Eterno, y grados mas ó ménos

elevados de felicidad y de gloria; y es fuerza por lo mismo crecer en virtudes y en *pureza*, y trabajar hasta que la obra esté perfecta.

¡Oh jóvenes! *purificaos*, y vuestra felicidad será segura. Aprovechaos del tiempo en que aún no se ha arraygado en vuestro corazón el pecado para sembrar en vuestra alma semillas de virtudes que prenderán, y os harán prosperar baxo su sombra. Preservad hasta el fin vuestra *pureza* de las sugestiones de las pasiones funestas, del contagio de los malos exemplos, y de la cizaña de los discursos seductores.

¡Hombres maduros! *purificaos*, y vuestra felicidad será segura. Emplead el vigor de vuestra edad en luchar contra el enemigo interior, y esforzaos á vencerle. Verdad es que teneis que atender á vuestros negocios temporales; mas no deben lle-

varos estos toda vuestra atencion; y sobre todo , cuidad de que en ellos ningun paso baxo ó criminal amancille vuestra *pureza*. Elevad vuestra alma: mostrad á vuestros semejantes con vuestro mismo exemplo , que á par de la salud eterna , se puede cuidar tambien de la conservacion y aumento de los bienes temporales; que la virtud es el medio mas adecuado para conseguir la prosperidad ; y si es forzoso escoger , no dudeis un momento en sacrificar vuestras ventajas terrenales para salvar vuestra *pureza*. Ricos en demasía seréis si sois *puros* y de nada os arguye, vuestra conciencia.

¡ Viejos! *purificaos*, y vuestra felicidad será segura. Vosotros no tenéis , es cierto , mas que un corto resto de vida que consagrar á esta obra ; pero este resto es mucho mas precioso. En una edad en que han

perdido su fuerza las pasiones , en que no tienen actividad las impresiones exteriores , en que se debe mas bien dar exemplo que tomarle, es tambien mas fácil hacer un detenido exâmen del corazon , y lavarle hasta de la mas mínima mácula , de modo que sea perfecta la *pureza*. Muy en breve aparecereis delante de Dios; y es fuerza que le presenteis un corazon *puro* como el mas precioso resultado de una vida larga , como un título á su vista gloriosa , como un preparativo para la *felicidad* eterna.

Y todos en fin , miéntras vivimos , *purifiquémonos* , y nuestra *felicidad* será segura. *Vigilemos continuamente para que nos halle el Señor irreprehensibles y sin mácula, en el dia de su venida, y de este modo merezcamos gozar por los siglos de los siglos de su divina presencia. Amen.*

S E R M O N X I V .

S O B R E L O S J U I C I O S T E M E R A R I O S .

*No juzgueis , para que no seais juz-
gados. Math. cap. vii, vers. 1.º*

Tal vez no hay defecto tan gene-
ral en los hombres , como el de eri-
girse en censores de la conducta
ajena. Todos anhelan por distinguir-
se unos de otros , y de aquí nace la
pretension á las luces , que en sentir
del amor propio siempre es fundada
y justa. Sin contar con la suficiencia
ó cortedad de su talento , ni atender
al poco ó ningun conocimiento que
tiene acerca del asunto de que se tra-
ta , pronuncia cada qual definitiva-
mente , y quiere que su juicio sirva
de regla á los demas. Un tono afir-

Exordio.

mativo , un cierto ayre de sabiduría en la materia oculta la ignorancia, y presta al error las apariencias de la verdad; y el que habla se esfuerza y ánima , esperando imponer así á los que le escuchan.

Si esta presuncion recae sobre objetos extraños á la moral , es mas bien que un vicio una vanidad ridícula , y mueve á risa , no á odio; pero hay ocasiones que dan mayor importancia á los juicios , quales son quando én ellos se compromete á la virtud , y se pasa de las acciones á los sugetos ofendiéndolos. *Juzgar* en este caso , y *juzgar mal* , es cometer un pecado gravísimo , y hacerse daño á sí propio , haciéndosele á el próximo; y esto es justamente lo que reprueba Jesucristo en aquellas palabras de su Sermon de la Montaña, que he escogido por tema de mi discurso : *No juzguéis para*

que no seais juzgados.

Para desempeñarle debidamente, me propongo (1.º) explicaros el precepto que nos impone el Evangelio ; *no juzgueis* : (2.º) desenvolvedros el motivo que señala ; *para que no seais juzgados* : (3.º) manifestaros por último algunos medios que os ayuden su cumplimiento.

DIVISION.

Divino Salvador del mundo, dispensador y fuente de todas las gracias , árbitro supremo de nuestros corazones , prepara los de mis oyentes , y presta fuego á mis palabras , para que explicándoles yo las tuyas, consiga que observen fielmente tu precepto , y dicte solo la caridad desde este día todos , todos sus juicios. Amen.

Por juzgar entendemos aquí pes- I. PARTE.
quisar con malignidad la conducta
de nuestro próximo, erigirse en cen-

sor de sus acciones ó discursos , y desaprobarlas ó condenarlas temerariamente y sin reserva.

Mas no por esto creamos que el precepto de *no juzgar* disminuya en lo mas mínimo la aversion natural que debemos tener á el mal. Puede el hombre aborrecer este, sin complacerse en descubrirle en la conducta de sus hermanos , y aún odiarle en ellos mismos, pero sin juzgarles. Ni ménos pensamos que nos esté prohibido seguir en sus acciones á los hombres , y por ellas formarnos una idea general de su carácter. Destinados por la naturaleza á vivir en sociedad , debemos conocer los miembros que la componen , á fin de dispensarles segun su respectivo mérito nuestra estimacion y confianza ; á mas de que en algunas ocasiones son tan manifiestos sus yerros, que seria vendarse los ojos , y re-

nunciar á toda razon no conocerlos.

Fundado en estos principios *juzga* el delito el Magistrado , y persigue á los culpables. De igual suerte en honor de la Religion, y para conservarla en su pureza , los Xefes de la Iglesia reprehenden el vicio , y oponen con su censura un saludable valladar al torrente de la corrupcion; y en semejante modo está obligado cada fiel á valerse para con los demas de las exhortaciones fraternales en tiempo y lugar oportunos, y con la prudencia que la caridad dicta, y nos enseña el Evangelio.

¿Quáles son pues los juicios de que debemos abstenernos? Bien conocéis, amados míos, que tiene cada hombre en la Sociedad sus diferentes miras, segun las quales obra y se gobierna, y que rarísima vez aparece tan evidentemente buena una conducta, aún que en verdad lo sea,

que no pueda considerarse baxo algun aspecto al parecer vicioso ; sin contar ademas con que suele haber en ella cosas reservadas , que explican las que se manifiestan. ¿ Y qué hace entónces un injusto Censor? Agarrase de lo que hay en una accion de equívoco, para juzgar de un modo disfavorable á su autor, y entre muchas explicaciones igualmente verosímiles prefiere la que presta mas á la malignidad , se vale para ello de apariencias falaces , y poniendo al parecer en claro el mal, impugna, ó debilita las razones que le desvanecen.

Á las veces sucede que se atribuyen los vicios de los hombres á ciertos males que no pueden ser sino efecto de una disposicion inescrutable de la Providencia, ó consecuencia necesaria del órden natural de las cosas. Así es que se tiene á me-

nudo por culpables á los que no son mas que desgraciados ; y que la pobreza , por exemplo , se achaca á la ociosidad , el descrédito al fraude ; los males del cuerpo á la intemperancia. Verdad es que suele ser muchas veces justa esta presuncion ; pero tambien lo es que si se la generaliza demasiado , puede exponernos á graves errores. Así los Discípulos de Jesucristo contra el parecer de su divino Maestro juzgáron culpables á los que perecieron en la ruina de la Torre de *Siloé*.

Luce XIII, 4

No dexa de ser tambien comun oir á muchas personas decidir del carácter de uno por una sola accion. Para ellas un solo deslíz supone la costumbre : un momento de viveza las pintará á un hombre colérico : bastaráles una palabra descompasada para tener al que la pronunció , por duro , vano , ó temerario. Un

cierto modo de obrar y de potarse con las gentes , que por lo comun no suele ser otra cosa que una preferencia inocente de gusto, un dicho no bien comprendido , un ademán , una mirada equívoca , el silencio , una sola palabra insignificante , sujetan á la censura , y hallan al instante personas prontas á explicarlo y decidirlo todo.

Ni basta una conocida probidad para poner á cubierto de estos *juicios temerarios* , ántes bien parece que se complace por lo mismo la malignidad en hacerla blanco de sus tiros. En vano se distingue Jesucristo por la santidad de sus costumbres, pues hasta sus virtudes mismas las desfiguran los perversos , y la mas noble pasión de su alma , su zelo por la conversion de los pecadores, le hace ser tenido por amigo del crimen, y compañero de los viciosos,

Es tambien un defecto bastante comun buscar á las acciones laudables un motivo que disminuya su mérito , y aún trocar en vicios las mismas virtudes; y aquellos con especialidad, cuya conducta es la censura de las malas costumbres, aquellos que por su estado deben dar á respetar la justicia y la piedad, aquellos, en una palabra , á quienes sus luces , sus talentos , sus virtudes ó dignidades elevan sobre los demas, son los mas expuestos á ver amancillado su mérito por falsas y malignas interpretaciones.

¿Es tierna la piedad y escrupulosa? Pues se la tendrá por debilidad de espíritu , y aún á las veces se la tachará de hipocresía. Una cierta severidad de razon es tomada por afectacion ó por falta de condescendencia : la ostentacion es dada por motivo de una caridad exemplar, y

hasta las virtudes mas heroicas y brillantes son atribuidas á un principio de vil interés.

Peró sobre todo, quando no se guarda ninguna regla, ni miramiento en los *juicios*, es quando está preocupado el espíritu de alguna pasion contraria á la caridad. El que tiene la desgracia de ser objeto de nuestro odio, nuestra envidia, ó nuestros zelos, ó de quien á primer aspecto hemos concebido una opinion poco ventajosa, rara vez halla en nosotros un juez equitativo, y aún el bien mismo que se dice de él, apenas merece nuestro crédito; y mas ántes que reformar nuestro dictámen, y arreglarle á la verdad, procuramos desechar esta quando nos desagrada, ú atemperarla á la preocupacion contraria de que estamos imbuidos.

Así los Fariseos preocupados contra Jesucristo cierran sus oidos á

la voz de su poder que le declaraba altamente por hijo de Dios; y quando para confundirles, se les presenta el ciego á quien dió vista, ¡cómo es posible, exclaman, que haga un malvado tales prodigios!

De esta suerte forma cada uno á su modo y en diversas ocasiones juicios ligeros é infundados, que por lo mismo pueden ser falsos. Juzgase de los caracteres, juzgase de las acciones y de sus motivos, y juzgase hasta de los pensamientos mas secretos.

Al cabo esto sería tolerable, si la caridad y la moderacion dictasen nuestros juicios, y en ellos guardásemos una comun regla. Pero el amor propio siempre pronto á disculparnos á nosotros mismos, nos pone en la mano otra balanza para juzgar á los demas, y desapareciendo entónces aquellas consideraciones

que tenemos para con nosotros , olvidamos todas las razones que ántes alegabamos para excusar nuestras faltas. Ni lo irresistible de la tentacion , ni lo imperioso de las circunstancias , ni la casi invencible inclinacion de la naturaleza son tenidas en nada : la virtud recobra en nuestra boca todos sus encantos, el vicio toda su deformidad : el hombre es considerado con suficientes fuerzas para abrazar aquella y huir de este: atribuyese una inviolable santidad á la regla de las costumbres; levántase la voz de la conciencia, cobran sus motivos un peso irresistible ; y entónces sucumbir, dicen , con tantas razones y tantos medios de vencer , es pecar porque se quiere , y hacerse infinitamente culpable.

Así juzgan con la mayor severidad no los mas perfectos del siglo,

sino los que mas debieran temer que se exâminase su conducta; y dando á defectos las mas veces ligeros, negras calificaciones, les ponen con arreglo á las penas que les señalan, en la clase de los pecados mas graves. Jueces injustos, cuyo rigor es superior á el de los preceptos de Dios, y que exâgeran su severidad para con los otros, miéntras que parecen con exceso indulgentes para consigo mismos.

¿Qué deberémos pues hacer nosotros? ¿y qué es lo que nos encarga Jesucristo? Escuchad: quiere que no decidamos que tal cosa es un mal, que este mal ha sido cometido, y que tal ó qual persona es culpable de él, sin tener ántes una plena certeza de ello, y que suspendamos quando esta nos falta, nuestro juicio, quedando entónces en una duda, que para un espíritu recto nada debe

tener de penoso. *Á nadie reprehendas*, nos dice el hijo de Sirach, *sin estar perfectamente enterado de lo que se le culpa: averigua primero, y corrige luego con justicia.*

Mas guardémonos sobre todo de escudarnos con las apariencias del mal para creer que realmente existe. Quán falaces sean estas, bastante nos lo acredita la experiencia, y el mismo Jesucristo nos da lecciones de desconfianza en este punto, diciéndonos: *no juzgueis segun las apariencias sino segun la equidad.*

Así qué, en lugar de aquella prontitud en juzgar mal las cosas que pueden ser mas inocentes, de aquel ahinco en descubrir sin motivo, sin necesidad, sin razon que nos autorice para ello, y únicamente por pura malignidad, las flaquezas de nuestro próximo, cubramoslas por el contrario con un velo de ca-

ridad ; ni busquemos á sus virtudes motivos secretos que las empañen, ántes bien interpretemos favorablemente sus intenciones ocultas, y excusemos con estas los aparentes defectos de sus acciones.

Quando se esparzan voces nocivas á su reputacion, como estas pueden no tener fundamento, y salir de bocas sospechosas, no arriesguemos el hacernos cómplices de estos malos jueces, adhiriendo desde luego á sus decisiones.

Sabida os será la historia de aquellas dos Ciudades, cuyo castigo exemplar nos refieren las Sagradas Letras. Sus crímenes habian llegado á colmo, y la noticia de ellos era pública y manifiesta. ¿Y qué hace el Eterno ántes de juzgarlas? Como sino le bastase su infinito saber, y quisiese cerciorarse mas y mas de los culpables, á quienes era fuerza cas-

Gen. XVIII, 21. tigar, yo baxaré, dice; veré si han obrado segun el rumor que ha llegado hasta mí, y sino es así, les perdonaré. ¡Y nosotros ignorantes mortales juzgamos sin piedad y sobre el mas leve indicio á nuestros propios hermanos!

Léjos pues de nosotros aquellas injustas presunciones que nos hacen dar oídos ántes que á el bien al mal. ¿Por qué no habrémos de escuchar con gusto el bien que se alega, para probar una verdad dudosa? Pero aún no satisfechos con esto busquemos en la conducta del acusado el modo de defenderle contra sus acusadores, y ya que no podamos sacarle enteramente inocente, esforcemonos al ménos á disculparle en lo posible.

Sobrados medios tenemos de hacerlo sin faltar á la verdad. El nacimiento, la educacion, las amista-

des, los negocios, la edad, unas pasiones fogosas, un astuto lazo, un deslumbramiento, una peligrosa ocasion, la demasiada libertad, la perfidia de los aduladores, el contagio del exemplo, y otras mil justas y caritativas reflexiones se nos presentan como un puerto feliz, donde poder salvar la reputacion de nuestro hermano. *No juzgueis*, nos dice Jesucristo: pasemos al motivo de este precepto; *para que no os juzguen*, que es nuestro segundo punto.

Si quisiéramos alegar algunas II. PARTE.
de las razones que debieran abstenenos de los *juicios* que reprueba nuestro divino Salvador, podriamos en primer lugar preguntaros si teneis aquella penetracion, aquel discernimiento, aquella perspicacia que desmenuza hasta los motivos é intenciones secretas que tanto importa

conocer para juzgar bien de las acciones. Os representariamos el menosprecio que recae sobre los que en sus precipitadas decisiones se burlan del vicio y la virtud, y despues de haber exclamado como los Bárbaros contra San Pablo : *este es un homicida*, se ven luego precisados á decir, *este es un Dios*. ¡Qué espíritu tan superficial y rastrero no se sospecha, al parecer con motivo, en los que gustan de buscar el mal, en la conducta de sus próximos, y se complacen en sus faltas! Os mostrariamos como aunque de poca gravedad en apariencia tienen sin embargo estos procedimientos todo el veneno de la maledicencia, y aún muchas veces el de la calumnia, cuya perversidad imitan. Fácil nos seria haceros ver porque grados cobra crédito una simple conjetura infundada pasando de boca en boca, y como el primero

que la formó, no solo tiende lazos á los que le escuchan, sino que es cómplice ademas de los desaciertos de los que la acogen, la creen, la extienden y divulgan. Os referiríamos las singulares virtudes con que á menudo reparan aquellos á quienes acusamos, los defectos que les reprehendemos; y tal vez veríamos con una confusion mezclada de ternura en los objetos mismos de nuestra amarga crítica personas que nos aman, que hablan siempre ventajosamente de nosotros, y que en torno contaban con nuestra amistad.

Y por último podríamos pintar los gravísimos males que han causado á el inocente vuestros *juicios*, las abrasadas lágrimas que le han hecho verter; y de otra parte la inhumanidad que hay en exâgerar los delitos de quien tiene la desgracia de haberlos cometido, y en

renovar ante los hombres faltas que tal vez ha borrado para con Dios con un sincero arrepentimiento. Pero limitémonos al motivo que nos presenta nuestro texto: esto es, que con la vara que midamos á nuestro próximo, serémos medidos. *No juzgueis, para que no seais juzgados.*

Si no es siempre observada fielmente la preciosa regla que nos ordena, *hagamos con los demas lo que queremos hagan con nosotros*, es por lo regular bastante comun que *obramos con ellos como obran con nosotros*. Bien sé que no es en todas las ocasiones ajustado á las leyes de la Religion este proceder; pero efecto de una propension natural en el hombre, tiene por desgracia mas fuerza que los preceptos de grandeza de alma y generosidad que nos enseña aquella. La experiencia acredita que con dificultad se perdona á los que

á nadie perdonan, y que están prontos todos á notar los defectos de los que no satisfechos con observar los de sus iguales, se complacen en agravarlos y sacarlos al público.

PUB. Si teneis siempre, digámoslo así, en la mano la regla para exâminar la conducta de vuestro próximo, vosotros mismos encontraréis tambien por todas partes gentes curiosas que observarán vuestros pasos y discursos: El público tendrá puestos los ojos sobre vuestra persona; y espíará igualmente con anhelo alguna falta que poder reprehender y publicar.

X No solo vuestros enemigos (pues ¿quién con semejante carácter no los tiene?) acecharán vuestra conducta, seguirán vuestros pasos hasta en los lugares en que juzgais estar mas á solas, para saber si solo obrais irreprehensiblemente quando os pueden

observar; no solo las personas que os parecen indiferentes, y que son sabedoras de vuestro humor satírico, prestarán atento oído á todos vuestros discursos, entrarán en mil por menores para vengar con sus descubrimientos á los sugetos cuyas costumbres habeis pesquisado, sino que vuestros conocidos, vuestros mas íntimos amigos, y hasta aquellos con cuya indulgencia y disimulo contabais por vuestros servicios, descontentos interiormente con ese vuestro defecto, que les ha irritado con frecuencia, exâminarán si os hallais verdaderamente con derecho y razon para juzgar á los demas; y moviéndoles una malignidad difícil de enfrenar, á hacer públicas sus observaciones, hallareis censores en los que creeriais no hallar sino parciales y amigos.

El hombre está siempre dispues-

to á sospechar mal de la conducta de los que veria con placer cometer desaciertos, y de ordinario mueven los *juicios temerarios* una curiosidad mal intencionada. Si conocen pues vuestro humor satírico y mordaz, ¿quién es el que de entre los muchos aspectos baxo los quales se presenta tal ó qual accion de vuestra vida, escogerá por verdadera la que os es mas favorable? ¡Quántas lenguas no habeis por el contrario armado contra vosotros con vuestra misma conducta! ¡qué multitud de dardos envenenados se disparan de todas partes para atravesaros!

Amase á aquellas almas benignas que con facilidad creen el bien, que en todo quisieran hallar, igualmente que á las personas, cuyos discursos respiran la caridad, de que está su alma poseída. La maledicencia las respeta, y caen embotadas á sus

pies las flechas que se las dispara. ¿Quién será el que no esté dispuesto á tomar en buena parte las acciones y discursos del que obra de este mismo modo respecto de los demas? ¿quál, sino un malvado, se complacerá en juzgar culpable á el que ni sospechar siquiera sabe el mal? ¿Se le querrá hacer un crimen de sus debilidades, quando siempre se enterneció su corazon con las de sus hermanos? Así quando delante de él se refiere alguna accion laudable, la oye lleno de gozo, y se complace en ella; y de este modo su bondad, su indulgencia excitan á el reconocimiento, abogando en su favor en el interior de todos los corazones los mismos sentimientos que él inspira.

¿Y no dan motivo los que tan prontos están á juzgar mal, para creer que no tendrian por su parte mucha dificultad en cometerle, y

que si en su corazon no hallan la apología de las acciones ajenas , es porque tal vez no merecen que se les haga la suya en igual caso?

Semejantes caractéres son ademas temibles ; y como del temor al ódio que todo lo denigra , sea tan fácil el paso , sucede que hallándose cada qual expuesto á los juicios infundados que de los demas oye hacer , todos se indignan contra el que los forma , y le zahieren para vengarse de antemano del mal que podrá hacerles.

Es propio del hombre que conoce su debilidad ser indulgente para con sus semejantes. Mas el que ve con sentimiento las perfecciones de estos , ¿no parece que quiere pasar por único modelo de virtudes ? ¿Quién de nosotros no esperará hallar en un riguroso Censor el dechado de todas las buenas qualidades

que este tal echa en todos de menos? Semejante modo de proceder autoriza para que se exija mucho de su autor , y hace por otra parte que haya mayor repugnancia en reconocer su superioridad. ¡Desventurada de su reputacion, si no presenta en el exâmen virtudes singulares! Aunque sea mas perfecto que los demas, se le juzgará inferior á ellos: se le buscarán sus títulos , y solo se hallarán sus pretensiones; y en fin poniendo sus discursos en contradiccion con su conducta , no se verá en él sino la incompetencia que juzga , y la vanidad que se desmiente.

¡Y qué! ¿es este aquel hombre, dirán entónces , celebrando y publicando sus menores faltas , tan descontentadizo que nada hallaba bueno? Al ver su prontitud en sospechar el mal, se diria que no cabia

en él sin injusticia la menor presunción. El placer maligno que gustaba en descubrir y abultar los deslizes de los demas , ¿no parecia abonarnos lo ajustado de su conducta? Mas vedle, vedle sin embargo manchado tambien con los mismos defectos que tanto afeaba , y por los que tanto zaheria á su próximo.

Así triunfa la malignidad del público de las faltas de los que le juzgan. Mófaseles de cien y cien modos , ayudando á ello cada uno con su dosis de vituperio é irrisión. Al primer defecto que se les nota , se les pide cuenta de los cargos que hacian á los otros , y á cada uno de los sucesivos se les renuevan las mismas acusaciones, hallándose siempre mas manos enemigas que añadan nuevo peso á la carga que les oprime , que manos compasivas y officiosas para aligerársela.

Mas lo que aumenta la humillacion que sufren con la dureza de estos tratamientos, es el testimonio de su propia conciencia, que les acusa de haberles merecido. Así es que ni aún se atreven á quejarse de ellos, conociendo que son idénticos con los que han affigido á sus próximos, y sintiendo confirmado por un *juicio* interno el que contra ellos mismos han pronunciado aquellos, sufocan su dolor en medio de una inevitable confusion.

Pero *si nuestro corazon nos condena*, dicen las sagradas páginas, *Dios que todas las cosas conoce, es superior á nuestro corazon*. Así qué, sobre todo juicio humano, y aún sobre nuestra misma conciencia hay un supremo Tribunal; y venturoso del que en el día terrible de las retribuciones haya sabido interesar en su favor la compasion de su Juez.

Ep. Jac. II, 13. *Mas el que haya juzgado sin miseri-*

cordia , será en él juzgado sin misericordia.

¡Sin misericordia! ¡Quién puede pensar en esto sin espanto! Quando encienda el Eterno su antorcha, segun la expresion de un Profeta , y escudriñe nuestro corazon , ¡qué multitud de pecados no descubrirá en sus retirados escondrijos! ¡y qué males nos atormentarán , si consigo lleva cada uno de ellos su merecida pena! Sí , amados mios : ménos temible seria la tiente caldeada introducida en una herida , que una mirada severa del Gran Juez irritado. Sin su infinita clemencia apénas merecerá el justo su gracia: ¡qué será pues del pecador , cuya alma probará con el fuego activo de su justicia!

¡Oh cristiano ! yo supongo en buen hora que tu hermano ha pecado ; pero escucha una sola palabra; palabra que ha salido de la boca de

Joan VIII, 7. nuestro Salvador : y es que exâmines tu propio corazon , y si le hallas libre de todo pecado , *le juzgues entônces , y le tires el primero la piedra.*

Mas nosotros todos , carísimos oyentes , que no tenemos tan pura la conciencia ; nosotros que gemimos penetrados del dolor de nuestras culpas ; nosotros en quienes la idea de los juicios de Dios infunde tan justo temor , y que conocemos la necesidad de su misericordia para merecer su gracia , cerremos , cerremos á lo ménos esta puerta de condenacion , y observemos el precepto de Jesucristo : *No juzgueis para que no seais juzgados ;* para cuyo mejor cumplimiento os ofrecerémos algunos consejos saludables ; tercera y última parte de nuestro discurso.

esfera de los objetos que tienen particulares relaciones con nosotros , y refundamos en ellos toda nuestra atencion. Tal es el primer medio conducente para abstenernos de juzgar á los demas. ¿De cuántos pensamientos malignos , de cuántos discursos mordaces no es causa fatal esta indiscreta curiosidad? ¿y qué aspecto tan amable y nuevo tomaria la Sociedad, si primer observador de sí mismo , no pensase cada uno de sus miembros sino en cumplir exâctamente con sus obligaciones? *El mucho hablar*, dice el Sabio, *no está exênto de pecados*, y así *el que contiene su lengua*, es prudente: y en otro lugar, *el que guarda su boca*, guarda su alma, pero *el que es considerado para hablar*, tendrá muchos males que sufrir.

En lugar pues de aquellas personalidades chocantes, del vituperio,

de la ironia con que zaherimos á nuestros semejantes, ¡qué de reflexiones instructivas no podríamos hacer en pró del bien comun! Os lo repito, hermanos míos: sigamos el prudente consejo del hijo de Sirach:

Eccles. xix, 8 *Ni al amigo ni al enemigo hables de la vida de tu próximo.* ¿Qué derecho en efecto tenemos sobre este? ¿Quién nos ha confiado su custodia? Ora persevere, ora cayga, dice S. Pablo, á nadie le incumbe sino á su Señor; y así puesto que cada uno, prosigue, debe solo dar cuenta de si propio, no nos juzguemos los unos á los otros, y si guardémonos de dar á nuestros hermanos motivo de escándalo.

Ad Rom. xiv, 3^a

Ib. xiii.

2^a 2.º Un segundo medio para precautelarnos contra esta costumbre de juzgar; es el reflexionar á menudo sobre las flaquezas propias, y formarse de esta suerte un carácter de circunspeccion y de humil-

dad. El orgullo que nos cierra los ojos sobre nuestros defectos, nos abre para los de los otros ; y nada nos enseña tan bien á ser indulgentes con los demas como una vigilante severidad con nosotros mismos. Entrándose cada uno dentro de su propio corazon , siente quantas dificultades tiene que vencer para obrar bien ; y siendo por desgracia testigo muchas veces de su propia derrota, bien así como de las numerosas distracciones que hacen olvidar el cumplimiento de las obligaciones , aprehende á compadecerse de los que delinquen en vez de acusarles , y á perdonar á sus semejantes unas debilidades que les son comunes con ellos.

¿Y cuál es el delito que condenariamos , si fuese forzoso para hacerlo ? no haberle cometido, ¿y por qué le condenamos en los demas,

Ad Rom. II, 1.

quando hemos incurrido nosotros en él? *Qualesquiera pues que seais, ó vosotros, dice San Pablo, que condenais á vuestros hermanos, sois inexcusables, porque condenándoles, os condenais á vosotros mismos, puesto que haceis las mismas cosas.*

2. Reg. XII, 5.

¡Quántas sentencias en efecto pronunciamos contra nuestros próximos, las cuales, sin pensarlo, nos comprehenden á nosotros mismos!

En verdad que el que hizo tal cosa, decía David, es digno de muerte. Pues tú eres ese hombre, le replica el Profeta Nathan. Despierta, pues, ¡ó conciencia, juez nuestro incorruptible! recobra tu divino oficio, haz con nosotros las funciones del hombre de Dios! Quando nos exâspere- mos contra los defectos de nuestros hermanos, dinos que nosotros somos ese hombre vano, injusto, avaro, maldiciente, sensual, irreligio-

so, á quien reprehendemos ; y traspase repentinamente nuestra alma tu poderosa voz , clamándonos : *tú eres ese hombre.* ¿ Á quién no hará reportarse y ser mas contenido en sus juicios tan saludable idea? Ella sola es bastante á repelerlos hasta lo mas íntimo de nuestros corazones, y á hacer helar en los mismos labios las palabras.

El último medio es la caridad. ¿ Querrá el fiel poseído de ella quitar temerario á el cielo el derecho de juzgar á los hombres, para arriesgarse á confundir en sus ciegas decisiones con la virtud el crimen? No obra así ciertamente la caridad : *la caridad , que jamas piensa en el mal ; que no se regocija con la injusticia sino con la verdad ; y que tiende un velo sobre todas las faltas , como se expresa el Sabio.* 1. Cor. XIII, 5.
Prov. x, 12.
 Enséñame , pues , ó hombre

duro y sin entrañas , lo que nunca me fué posible comprender. ¿Qué bienes resultan á tu alma , quando has sorprendido en el delito á tu próximo ; quando le has convencido del mal ? ¿No es hermano tuyo ese hombre ? ¿No tiene sobradas culpas , sin que le acuses de las que ó no ha cometido , ó están en el silencio envueltas ? ¿No son bastante enormes sus pecados , sin que se los agraves mas ? ¡Ay ! en breve le llamará Dios á cuenta al desventurado , y cargada su alma con sus delitos y flaquezas se hallará ante este Supremo Juez , y sufrirá sus tremendos juicios. ¡Cruel ! ¡y no te conmueve su suertel ! ¡y en vez de sembrar algunas flores por su árido camino para hacersele mas soportable , te anticipas á la justicia divina , y te deleytas con el bárbaro placer de abrir tu propio abismo , en que

corre ciego á sumergirse !
 ¡Oh cristianos! bastante hemos obedecido á las pasiones injustas , y tiempo es ya de que demos oídos á la voz de la Religion y la naturaleza. Una y otra nos dicen que todos los hombres componen una misma familia , y son por consiguiente iguales y hermanos nuestros. Amémoslos , pues , como á miembros de un mismo cuerpo, y *llevemos los unos, segun el consejo del Apóstol, las cargas de los otros.* De esta union mútua resultará una tierna comunicacion de intereses ; las virtudes de nuestros próximos harán nuestra gloria , y nosotros apartarémos la vista de sus faltas , para ahorrarnos á nosotros propios la confusion y la vergüenza.

Y en fin , terminé mi discurso con esta reflexion general. Supuesto que debemos evitar el servir á nues-

I. ad Thes. v,
22.

Ad Rom. xii,
19.

I. Cor. iv, 5.

tros hermanos de ocasion para des-
lizarse á el mal , guardémonos no
solo de él , sino *hasta de sus aparien-
cias*, procurando fomentar en nues-
tras almas un santo horror á él ; y
si á pesar de esto somos el blanco
de los malvados , dexemos al Eter-
no el cuidado de juzgarles. *Á el solo
le pertenece la venganza ; y por lo
mismo no nos anticipemos á juzgar,
hasta que venga el Señor , y poniendo
en claro las cosas escondidas en las ti-
nieblas , descubra los consejos de los
corazones. Tributado le sea el honor
y la gloria , y ensalzado su santo
nombre por los siglos de los siglos.
Amen.*

SERMON XV.

SOBRE NUESTRA DEPENDENCIA DE DIOS
ASÍ EN LA VIDA COMO EN LA MUERTE.

*Ninguno de nosotros para sí vive, y
ninguno para sí muere: Porque si
vivimos, para el Señor vivimos; y
si morimos, para el Señor morimos;
y así que vivamos, que muramos,
del Señor somos. Ep. ad Rom.
cap. xiv, vers. 7-8.*

Visible era á los ojos de todos el imperio de Dios sobre el Pueblo Hebreo. El mismo *Jehovah* exerciendo las funciones de Rey temporal y dando extraordinarias señales de su poderío; todo *Israël* guiado, si así puede decirse, de la luz de los relámpagos, é instruido por el es-

EXORDIO.

Para daros un perfecto conocimiento de estas palabras, despues de manifestar la ocasion y el sentido en que fuéron pronunciadas, estableceremos (1.º) la verdad general que contienen ; y deducirémos (2.º) de ella algunas saludables máximas para nuestra conducta.

No se trata aquí, fieles míos, de algunas consideraciones particulares que interesen solo á una cierta clase de personas ; esta es una verdad universal, aplicable á todos mis oyentes ; y así qualesquiera que seais ; oh cristianos ! de vosotros habla S. Pablo, y á vosotros os dirige las palabras que acabais de oír. ¡ Dios mio ! prepara los corazones de mi auditorio , é inflama mis palabras para que fortificadas por tu gracia, triunfen de las pasiones humanas, y nos sometan á tu obediencia. *Amen.*

— 36 —

truendo de los truenos; milagros continuos executados por todas partes; la tierra convertida al parecer en trono del Eterno; mil acontecimientos, en suma, que justificaban aquella gloriosa promesa hecha á Moyses; *yo os escogeré por mi pueblo, y vosotros conoceréis que soy el Eterno vuestro Dios*; todo esto debia infundir á esta Nacion un sentimiento profundo de respeto y sujecion á su Supremo Monarca.

Ex. vi, 7.

Pero aunque no tan sensible á los ojos de la carne el imperio de Dios sobre nosotros, no lo es ménos á los del espíritu. De qualquier modo que nos considerémos, hallamos verificada en el mas alto grado la proposicion de nuestro texto, y todo nos predica esta verdad: *Ninguno de nosotros para sí vive, y ninguno para sí muere; y así que vivamos que muramos, del Señor somos.*

EXPLICACION.

San Pablo dirigía las palabras que os he referido, á los Judíos convertidos nuevamente al cristianismo. Observadores los unos todavía de algunos puntos de la ley, eran escrupulosos sobre el uso de ciertas viandas, miéntras que los otros que habian comprehendido mejor el espíritu del Eyangelio, creian poder usar indiferentemente de todos los manjares que se les presentaban. En esta diversidad de prácticas, despues de haberlos encomendado que obra-se cada uno segun la persuasion de su corazon, les aconseja San Pablo, entre otras cosas, que olvidándose de la diferencia de sus opiniones, se traten como hermanos con mansedumbre y dulzura. Y en apoyo de la virtud de la caridad, y la indulgencia, por desgracia tan á menudo descuidada, tenemos las palabras de nuestro texto, por las quales de-

clara el Apóstol que debemos recíprocamente tolerarnos , y que á él solo pertenece el juzgar los hombres , porque de él solo somos.

En dos periodos pueden dividirse la exístencia del hombre ; el primero que comprehende su vida caduca y mortal en este mundo : y el segundo la inmortal en el otro. El nacimiento y la muerte son los dos términos de su exístencia presente ; y al paso que pone fin aquella á nuestros dias , nos abre , digámoslo así , una nueva vida que dura por toda la eternidad. En uno y otro periodo pertenecemos , fieles míos , á Dios. I. PARTE.

Ninguno de nosotros para sí vive, y así si vivimos , del Señor somos. La reunion misteriosa de dos substancias diferentes constituye la criatura que llamamos hombre , á la qual

Gen. I, 27.

por su excelencia dan las Sagradas Letras el nombre de *imagen de Dios*. ¿Pero de dónde trae su origen la materia que la compone? ¿qué es el espíritu que la vivifica? ¿de dónde nace la armonía y union que entre ellas reyna? Ha pocos años que no existiamos, y algunos siglos que aún no habia salido de la nada este mundo y quanto en él hay. ¡*Oh Eterno!*

Is. LXIV, 8.

tú eres nuestro padre. Nosotros somos el barro que amasaron tus manos. En

Act. XVII, 28.

él y por él tenemos la vida, el movimiento y el sér. Ninguno de nosotros para sí vive; y así, si vivimos, del Señor somos.

Pero tal es nuestra miseria y dependencia, que nada otra cosa traemos con nosotros á este mundo sino una vida delicada de que cuidar, y necesidades que satisfacer. Y he aquí qual seria nuestra indigencia y la causa próxima de nuestra

muerte, sino atendiese próspera á nuestra debilidad la misma mano que aquí nos colocó, dispensándonos en abundancia mil especies de manjares que nos nutren y fortifican, vestidos que cubren nuestra desnudez, el fuego que nos presta un grato calor, la luz que nos alumbra y regocija. Y ¿quién ha establecido esta mútua correspondencia entre las facultades de que nos hallamos dotados, y los objetos que están fuera de nosotros? ¿entre los numerosos deseos de nuestros sentidos, y estos medios tan á propósito para satisfacerlos? ¿Quién nos colocó en este universo como en medio de un manantial inmenso, formado para renovar á cada instante nuestros placeres, y hacer grata nuestra existencia? El Eterno es quien hizo todas estas cosas. Por él se renuevan las estaciones, se suceden los días y

las noches, alumbrá el sol y calienta, riegan la tierra las lluvias, manan las fuentes, se reverdecen los campos, espigan las mieses, crecen las plantas, maduran los frutos, y se multiplican los animales. Los vientos, las aguas, la tierra, el fuego, todo es un dón de la Providencia. Su poder invisible lo penetra todo, lo ánima todo. ¡Señor! decía David, *tú eres mi Dios fuerte. El universo y quanto en él se encierra, la tierra y los que la habitan, todo te pertenece. Nosotros somos tu Pueblo, y el rebaño de tu pasto. Ninguno de nosotros para sí vive; y así si vivimos, del Señor somos.*

Sin embargo, aunque ninguno de estos bienes nos pertenezca verdaderamente y hasta nuestra misma existencia sea prestada; quién sabe, si gozamos de ellos á medida de nuestros deseos, hasta qué punto es

capaz de obcecarnos la ilusion? Tal vez llegaríamos á creernos sus dueños naturales, y á exclamar orgullosos como antiguamente la soberbia Babilonia: *Sola soy yo sobre la tierra.*

Pero considerémos en sí mismas Is. XLVII, 10. las ventajas mas apreciadas en el mundo, tales como una salud robusta, las distinciones humanas, una brillante prosperidad, y hallarémos que beneficios del todo gratuitos de la voluntad de un Dios supremo, son otras tantas pruebas de nuestra dependencia, otras tantas voces que nos claman: *Ninguno de nosotros para sí vive.*

La salud es el bien mas apreciable de la vida, sin el qual son inútiles todas las dichas. Mas sin embargo, quanto nos ha sido dado para conservarla, puede así mismo destruirla; y no hay ni un solo ins-

tante en que pueda contarse por segura. La menor descomposicion en una máquina , que solo se conserva por milagro , puede atacar el principio de su movimiento y convertir en llantos y dolores la alegría.

Las distinciones son obra de los hombres, es decir que participan de su fragilidad y su inconstancia. Privilegio todas del favor, quanto puede trastornar este, las expone á dar en tierra; y la envidia anda siempre en su acecho para morderlas y darlas , si puede , por el pie. ¡Quántas veces no se ha visto al favorito de la fortuna medir la altura de las dichas á que ella le elevára , por la enormidad de su caída!

¿Quién no conoce la inconstancia de la prosperidad? Una casualidad imprevista trastorna la fortuna del hombre de negocios. Un solo proyecto desgraciado muda el esta-

do de una familia opulenta. Nuestras mieses son assoladas por las intemperies, nuestros campos talados por calamidades destructoras, y la guerra estiende hasta nuestros hogares sus devastaciones. Los bienes desaparecen sin aguardar las órdenes del que se dice su Señor y dueño, y en un momento se desvanecen con ellos sus proyectos y sus esperanzas.

¡ Quán fácil sería reflexionando así sobre todas las ventajas de la vida humana, dar á conocer su fragilidad, y sacar de todas partes nuevas pruebas de esta verdad: *Ninguno de nosotros para sí vive!*

Pero *ninguno para sí muere*, fieles míos; y así, *si morimos, del Señor somos*. Y en verdad que aquella irrevocable sentencia pronunciada contra todos los hijos de Adán, *tú morirás*, es prueba harto evidente

de que no pertenecen á sí mismos.

Si el deseo de vivir prolongase nuestra vida ; si las riquezas , los títulos , las dignidades , los talentos , las virtudes , exceptuasen de la ley comun , alguno sin duda se libraria de la muerte , pues que vemos muchos en el mundo que poseen estas qualidades : pero *todos morimos*, dice una viuda desconsolada al Rey David , y *nuestra vida se desliza como el agua*. Por demas nos queremos alucinar y apartar de nosotros esta triste verdad ; por demas nos embelesamos con los sueños de la vida como para alargar su término fatal ; pues que insensiblemente se va acercando el tiempo en que cesa la ilusion , en que se desvanecen nuestros sueños , en que llega el momento que no es seguido de otro igual momento. Hasta los poderosos del mundo que al parecer des-

precian los fracasos de la vida, acaban siendo víctimas de la inexorable muerte, que corta desalmada el hilo de sus días, convirtiendo en temor y pusilanimidad su loca confianza y soberbia altanera. De este modo ¡ó gran Dios! confundes en el polvo la vanidad y el orgullo; y el que te rehusaba necio el acatamiento en la elevacion, te glorifica á lo ménos en su caída.

Mas no por eso atribuyamos esto á una desgraciada fatalidad de nuestra naturaleza, y creamos que termina nuestra vida en el sepulcro. El que sabe que *fué el hombre dotado de un alma viviente*, como dice Moysés; el que ha leído aquellas palabras que nos dirige Dios por boca de Isaías, *yo soy quien he creado el soplo de vida que le anima*; el que ha visto en Ezequiel el juramento que hace de ejercer su justicia en la vida futura, y por basa de su pro-

mesa asentar esta verdad terrible, *todas las almas son mias, la del padre igualmente, que la del niño; la que hubiere pecado, morirá*, ¿qué puede inferir de la muerte del hombre, sino que llama entónces Dios á sí su soplo de vida, y que nuestra existencia, bien que cese de ser sensible para los humanos, no por eso es ménos cierta ni segura?

Pero si la muerte rompe todo vínculo terreno, hay uno que ella estrecha mas, que es el de la criatura con su Hacedor, y entónces con especialidad es el hombre todo de Dios.

En la vida presente el curso natural de las cosas por no invertirse jamas, alucina y distrae á los mortales de la causa que las dirige. La multitud de cuerpos colocados entre el Criador y los hombres, dexa á estos á una inmensa distancia de aquel; mas quando desaparezca este

mundo material, quando dexe nuestra alma gloriosa la envoltura grosera que la cubre, cercana entónces, digámoslo así, á su padre celestial, adquirirá estrechas relaciones con él, y por una union mas íntima, ganará con usuras el tiempo que ha pasado separada de su compañía.

En la vida presente donde las apariencias nos seducen, y casi de todo juzga el hombre por sus sentidos, teme el momento que debe mudar su modo de existir, juzga estar abandonado de su Dios, y á veces dice como Job en la perplexidad de su alma: *¿si muere el hombre, resucitará?* Pero despues de la muerte, no tiene otra muerte que temer: el reyno que vé principiarse, es el reyno del mismo Dios; y el imperio en que entra, un imperio de toda la eternidad.

En la vida presente *caminamos con la fé y no con la vista.* No obs-

tante de que las perfecciones de Dios brillan en el universo y hasta en la menor de sus obras, los designios de su Providencia son á menudo incomprendibles, y podemos decir con razon que es un Dios oculto: este es el tiempo de las pruebas, y no el reyno de la justicia. Pero ¿qué orden, qué restablecimiento maravilloso, qué sábia economía nos espera en la vida futura? Allí será verdaderamente magnífico el Eterno, y se mostrará señor de todos. En el actual estado derramaba indistintamente sobre nosotros los bienes y los males; pero en el venidero tiene reservadas las angustias, el desconsuelo, los remordimientos para castigar al culpable; y la laureola, la gloria celestial, los bienes eternos para recompensar la virtud.

Estos razonamientos pueden aplicarse á todos los hombres sin excepcion alguna, y así como nosotros,

todos con mucha verdad deben decir: *ora vivamos, ora muramos, del Señor somos.*

¿Pero corresponderíamos con vuestros deseos, si á estas consideraciones generales, no añadiésemos las que nos son particulares? ¿Corresponderíamos con la solemnidad de este dia que eleva á objetos mas altos nuestros sentimientos? ¿Corresponderíamos con las intenciones del Apóstol que despues de las palabras de nuestro texto continúa diciendo: *Por esto ha muerto y resucitado Jesu-*

Ad Rom. xiv,

cristo, á fin de que reyne tanto sobre los vivos, como sobre los muertos?

De este modo á los derechos de Dios sobre los hombres como su Criador, se añaden los de su Redentor.

Bien lo sabeis, amados míos. Dueño absoluto del hombre, no ha querido sujetarle Dios por la fuerza, sino atraerle por el amor. Por

lo mismo hizo dexacion en nuestras manos de una parte de su autoridad sobre nosotros , haciéndonos libres para que le amasemos por eleccion , y fuesemos de este modo mas felices.

Los cielos y la tierra se admiran de un prodigio sin igual. Olvida el hombre á Dios , y Dios le llama. Ultraja la criatura al Autor de su Sér , y este baxa á ella no como un juez irritado , sino como un padre generoso y tierno que se anticipa á reconciliarse con un hijo culpable. El hombre se abisma en el crimen , y Dios le rescata de la muerte, dándole así un segundo nacimiento.

Pero para juzgar del beneficio de nuestra redencion , es fuerza considerar el modo prodigioso con que se obra. Menester era para ella un Sér perfectamente santo, de una naturaleza privilegiada y de un gran

valor á los ojos de Dios ; un Sér que pudiese á un mismo tiempo arrancarnos del vicio y grangearnos la vida eterna ; y no hallándose ni entre los hombres ni entre los Ángeles un Sér de esta clase , destina para esta augusta mision , á su Hijo único , á su bien amado , el qual abrazando gustoso sus proyectos de misericordia , dexa los cielos , la gloria , la felicidad suprema , se reviste de un cuerpo para comerciar con los hombres , cuerpo sujeto á las enfermedades de nuestra naturaleza , al dolor , á la tristeza , á la muerte ; y se expone á la perfidia de los hombres , á sus ultrages , á sus insultos , y á su menosprecio cruel.

¿Os hablaré de todos los milagros que ha obrado en la naturaleza? No : no son estos los que mas me admiran y enternecen , sino sus prodigios de caridad ; las angustias

explendor de la gloria de Dios, reducido al mas baxo y lastimoso estado á que puede llegar un mortal: ved al justo, al tierno amigo de los hombres, ultrajado por ellos mismos, clavado en un infame leño, y espirando en él, despues de otros innumerables sufrimientos.

Estremecese con tal iniquidad toda la naturaleza, tiembla la tierra, estremecese el sol, abrense las piedras. Y nosotros ¡oh cristianos! á quienes dotó el cielo de un corazon sensible, nosotros ¿no nos conmovémos con este lastimo espectáculo? Nosotros para quienes se cumple este sangriento *misterio de piedad* ¿no conocerémos su infinito precio, su fin y abundantes frutos?

Escuchad sobre esto á un grande Apóstol: oidle penetrado de los sufrimientos y de la Cruz de nuestro Salvador exclamar: *Si uno ha*

1. ad Tim. III, 16.

2. ad Cor. 14.

muertos, y por consiguiente los que viven, ya no viven para sí, sino para el que ha muerto y resucitado por ellos.

De este modo se verifica plenamente la proposicion de nuestro texto : *Ninguno de nosotros para sí vive, y ninguno para sí muere ; porque si vivimos , para el Señor vivimos , y si morimos para el Señor morimos ; y así que vivamos que muramos , del Señor somos.* Pasemos ahora á proponer algunas consideraciones á que da margen esta verdad.

II. PARTE.

I.º Y en primer lugar , hermanos míos, hallamos en ella el mas noble título de que puede el hombre alabarse : título ante el qual desaparece toda la gloria terrenal. Es propio de la medianía engreirse con pequeñas distinciones y honores, así como del que hereda de sus ilustres antepasados bienes mas eminentes é

incontestables, abandonar aquellas y menospreciarlas. Por lo mismo pues ¡ó cristianos! ya no debe haber entre nosotros aquellas vanas prerrogativas en que se funda el orgullo del hombre para menospreciar á sus semejantes: Todos somos hijos de Dios, y el que se contenta con este título y le merece, vale sin duda mas que el necio desvanecido con todos los otros.

2.º Pero ademas se infiere de esto que son enteramente nulos los mas especiosos pretextos de nuestra vanidad: Porque si de Dios hemos recibido la existencia, y todos los instantes nos la está conservando, ¿con qué título nos apropiamos lo que poseemos? ¿y qué somos, qué tenemos que no nos venga de su mano, y no se refiera á él? Con efecto, amados míos, á Dios pertenece la gloria de quanto se halla de distinguido y estimable entre los

hombres. Suya es la capacidad del hombre de negocios; suyo el entusiasmo del Escritor admirado, el genio inventivo del Filósofo, la profundidad del Teólogo, las grandes miras del Legislador, puesto que de este manantial inmenso de perfecciones se derivan todas las buenas

1. ad Cor. xxix,
31.

dotes. *Que ninguna carne, pues, se glorifique ante él; y que el que se glorifique, se glorifique en el Señor. Ved aquí la única, la verdadera gloria.*

3.º ¡Y qué luz no derraman sobre el destino del hombre estas bellas palabras, *si morimos, del Señor somos!* Baxo dos aspectos bien diversos se nos presenta en la tierra esta orgullosa criatura; en el estado de vigor y de salud, quando desplegando sus fuerzas, sus talentos, sus gracias, es toda sentimiento, toda acción, brillando en su frente su saber, y en sus vivos ojos la llama celestial que les anima; y en el de languidez

y desfallecimiento en que perdiendo por grados toda su energía y entorpeciéndose sus facultades , viene al cabo á convertirse su cuerpo en una masa inerte y horrible , llena de fetidez y corrupcion. Llorad este destino de los humanos, ó vosotros, cuyos pensamientos nunca ensalzó la Religion ; pero enxuga , ó cristiano, tus lágrimas , templa tu pesar. El Dios de la vida ¿no es tambien el Dios de la muerte? Así que , él no abandonará la obra querida de sus manos , y su fidelidad eterna es la prenda segura de nuestra inmortalidad.

4.º ¡Oh , de qué gran consuelo es para el hombre de bien la íntima persuasion de *que pertenecemos á Dios!* ¿Hay prosperidad que no reciba mas valor, ni adversidad que no se haga mas soportable con tan lisonjera idea? Esta tierra es un continuo teatro de crueles vicisitudes, donde nos

aflige la desgracia con sus reveses, las enfermedades nos molestan, nos hacen cruda guerra las pasiones; pero sobre todo, ¡oh día lamentable! ¡día tremendo! la desalmada muerte nos sorprende, nos arrebatada, nos roba á los objetos mas queridos, y rompe así los mas estrechos lazos. ¡Y cuán dulce es entonces tener un Dios en quien esperar! ¡qué consuelo no llorar á una el aniquilamiento y la pérdida de lo que mas se ama! ¡qué alma no siente restaurarse sus fuerzas, diciéndose á sí misma: yo me volveré á unir en la eternidad con el tierno objeto de mis lágrimas, y el Dios, testigo de mis penas, me recompensará ampliamente en su celestial morada!

5.º Pero á vosotros con especialidad ¡ó pobres y afligidos, porcion interesante de la humanidad! á vosotros se os presentan en esta verdad abundantes consuelos. En

vano se acumulan sobre vuestras cabezas males de toda especie; en vano se junta con vuestra miseria el menosprecio injusto de los hombres para aumentar sus horrores, y se declara al parecer contra vosotros toda la tierra, pues que *vosotros sois del Señor, y solo del Señor*. Sometéos, pues, á sus eternos decretos, y confiad en su bondad.

¿Y por qué habriais de ser desconfiados? ¿Quándo veis al cielo obscurecerse, amenazar la tempestad, confundirse los elementos, pensais acaso que haya abandonado Dios las riendas de la Naturaleza? No por cierto, sino que decís: en breve se restablecerá el orden; se sosegarán los elementos, y el cielo quedará mas puro y despejado. Pues esperad os digo yo tambien, y al salir del sepulcro vereis como se os aparece una luz resplandeciente, y se restablece todo en su concertado

lugar. Esperad : esta es una prueba que debe solo durar un tiempo limitado , y pasado éste , la fé se convertirá en vision , y á los combates seguirá un glorioso triunfo.

6.º Pero la consecuencia mas importante de esta verdad *nosotros somos del Señor* , es un entero rendimiento y sujecion á sus voluntades. La naturaleza toda le obedece ; los astros siguen en sus orbitas la línea que les demarcó ; la mar guarda los límites que la impuso ; y los animales siguen el instinto que les dió por guía. Así qué , obedecer á Dios es la primera obligacion del hombre , aún considerándole solo como mera criatura sin inteligencia ni razon. Pero dotado de una alma libre , reconocida y sensible , debe tributar un homenaje mas puro , mas completo , mas excelente que las demas criaturas , á un Dios que es su Criador , su Conservador y Redentor.

Y supuesto que es tan corta la vida , amados míos , tan apocado nuestro sentimiento , tan escasa la medida de los deberes con que podemos cumplir para corresponder á tantos beneficios como empeñan nuestro agradecimiento, correspondamos al ménos con todo nuestro corazon. Sea un vivo deseo de agradar á Dios el único fin de todas nuestras acciones , y su amor el primer motivo que nos inspire. ¡Qué ocupacion mas lisonjera! Entre servir á Dios ó al mundo , no se da medio alguno: ¡qual eleccion, pues, será la mas digna de nuestro corazon !

Mas si por el contrario, en vez de mirar como una estrecha obligacion nuestra dependencia, la olvidamos para creernos árbitros y señores de nosotros mismos , si nos dexamos dominar de pasiones impetuosas , rebeldes entónces á Dios

nuestro padre celestial, ingratos para con este divino bienhechor, deshonoramos nuestro origen, renunciamos á nuestros privilegios; y es fuerza que el mismo Dios nos niegue, ó por mejor decir, nos reconocerá, pero será para agovernarnos en el día de la ira con todo el peso de su indignación y de su cólera.

Is. li. ¡Desventurado, pues, del que olvidándose de su destino, consume sus días en la iniquidad! Por demas espera sepultar un día con su existencia sus maldades, pues que el mismo golpe que le derriba, le pone baxo la mano del Dios que ha de juzgárselas. ¡Pero feliz, y cien veces feliz el que nunca pierde de vista al Eterno, y pone en él toda su confianza! Sus días son serénos y tranquilos; y su muerte no es sino un tránsito á una vida eterna y bien aventurada, que es la que á todos os deseo. *Amen.*

ÍNDICE

DE LOS SERMONES DEL TOMO II.



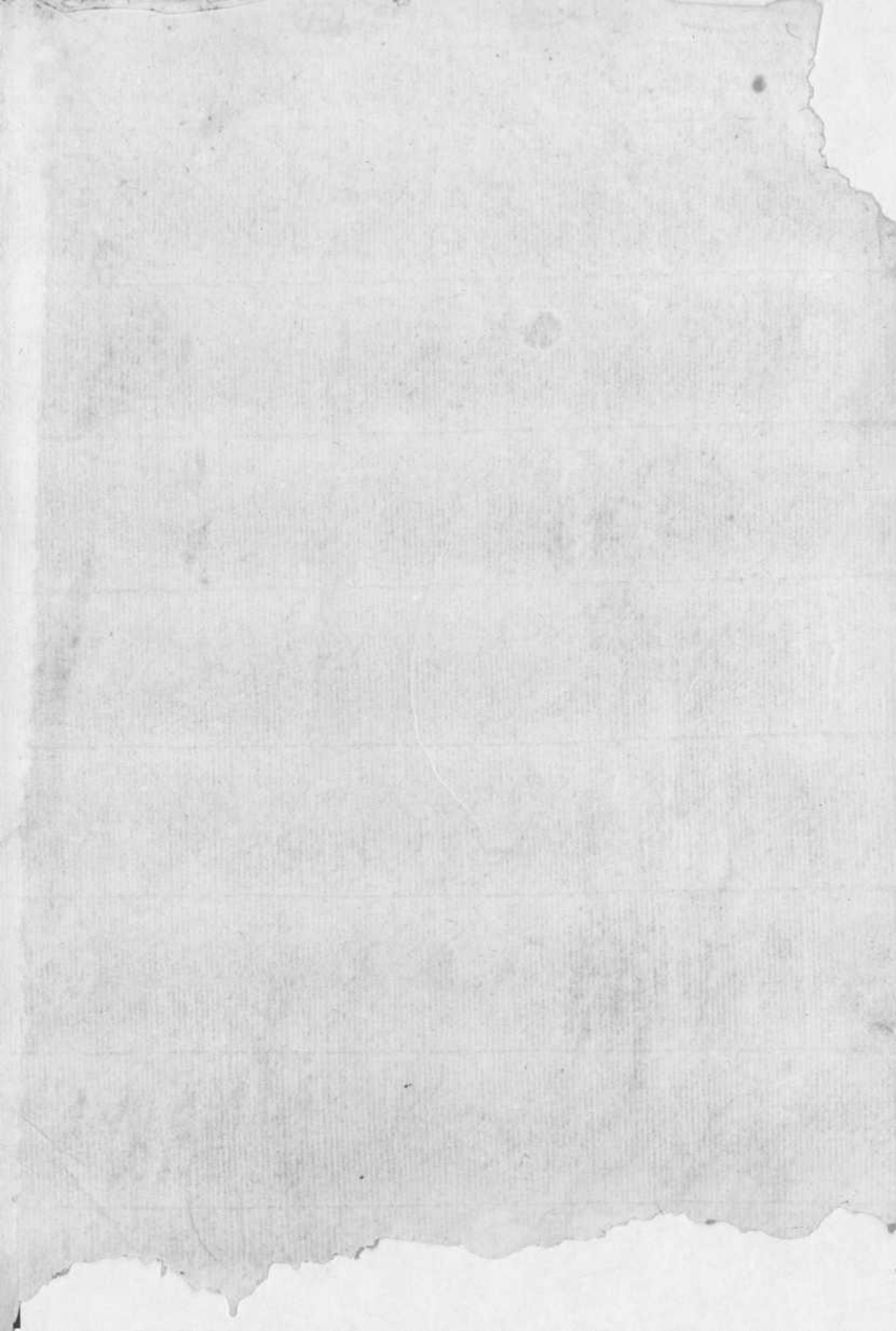
SERMON VIII. <i>Sobre la eficacia de la palabra divina.</i>	pág. 1.
IX. <i>Sobre la felicidad del justo á la hora de la muerte.</i>	50.
X. <i>Sobre la baxeza y dignidad del hombre.</i>	89.
XI. <i>Sobre el amor de Dios manifestado en nuestra Redencion.</i>	128.
XII. <i>Sobre la falsa confianza que infunde la prosperidad.</i>	165.
XIII. <i>Sobre la felicidad anexa á la pureza de corazon.</i>	201.
XIV. <i>Sobre los juicios temerarios.</i>	243.
XV. <i>Sobre nuestra dependencia de Dios así en la vida como en la muerte.</i>	281.



ERRATAS DEL TOMO II.

Pág.	Lín.	Dice,	Lease.
2...	3.	considerate.	considerarte.
19...	22.	aficion.	aficción.
24...	11.	futuro una tan.	futuro tan.
27...	1.	cia a Dios.	cia Dios.
57...	10.	13. Sobran los interrogantes	
64...	21.	prosternaré.	postraré.
71...	14.	hombre de un.	hombre un.
76...	2.	su.	sus
84...	18.	tendamoslas.	tendamosla.
88...	10.	en.	de.
94...	13.	fixó.	fixo.
111...	8.	le.	la.
127...	17.	templemosla.	pletemosla.
128...	7.	nifestadas.	nifesta-tos.
....	11.	realizarlas.	realizarlos.
137...	5.	el de.	el dedo de.
152...	18.	exercese.	exercense.
171...	5.	pasaré.	pararé.
197...	1.	humanidad.	humildad.
215...	5.	digamoslo así.	digamoslo así.
216...	13.	del.	de.
245...	9.	ayuden.	faciliten.
250...	1.	potarse.	portarse.
222...	l. ult.	a.	en.
225...	22	cerlo? no haberle comedido,	cerlo, no haberle come-
285...	5.	pueden.	puede
301...	11.	estremecese.	obscurecese.







7a

M 186

SERMONES
DE
MR REYBAZ.

TOMO II.
